

Quince experiencias para aprender ciudadanía ... y una más

Quince experiencias
para aprender ciudadanía
... y una más

Quince experiencias para aprender ciudadanía ... y una más

Ministerio de
Educación Nacional
República de Colombia



Libertad y Orden





© 2004
Fundación Empresarios por la Educación
para el Ministerio de Educación Nacional

Cecilia María Vélez White
Ministra de Educación Nacional

Juana Inés Díaz Tafur
Viceministra de Educación
Preescolar, Básica y Media

Javier Botero Álvarez
Viceministro de Educación Superior

Sonia Cristina Prieto Zartha
Directora de Calidad de
Educación Preescolar, Básica y Media

Mónica López Castro
Subdirectora de Mejoramiento

Yirama Castaño Güiza
Jefe Oficina Asesora de Comunicaciones

Rosario Jaramillo
Directora Programa Competencias Ciudadanas

Asesores
Adriana Cepeda
Andrés Ramírez
Carolina Meza
Eduardo Escallón
Henry González
María Paulina Fajardo
Omar Andramunio

Dirección del proyecto

Guillermo Carvajalino Sánchez
Director Ejecutivo
Fundación Empresarios por la Educación

Lucía Llanes
Coordinadora de Programas Nacionales
Fundación Empresarios por la Educación

Esperanza Ramírez
Coordinadora de Programas Regionales
Fundación Empresarios por la Educación

Asesoría general
Comunicaciones Vivas
Para Empresarios por la Educación

Fundación Empresarios por la Educación
Carrera 7 No. 74-56 oficina 303
Teléfono: (57 1) 313 1700
Bogotá D.C., Colombia

info@fundacionexe.org.co
www.fundacionexe.org.co

Edición y coordinación editorial

Bernardo González
Formato Comunicación Diseño Ltda.

Periodistas

Fernando Chaves
Hollmann Morales
Myriam Amparo Ramírez
Andrés Ramírez
Gustavo Reyes
Carlos Mauricio Vega

Fotógrafos

Julián Lineros
Alfonso Reina
Joana Toro

Diseño y producción editorial

Formato Comunicación Diseño Ltda.

Impresión

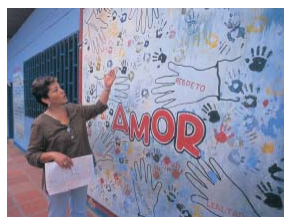
Grupo OP Gráficas

ISBN: 958 - 33-6758-3

Primera edición

Impreso en Colombia
Octubre de 2004

C O N T E N I D O



11
Aprender para la convivencia

15
Emprendedores sociales:
Comunidades educativas que
construyen ciudadanía

25
Medellín
El juego de la convivencia

30
Dosquebradas, Risaralda
Inseguridad peatonal,
en la mira de los jóvenes

35
Magdalena
Los trece apóstoles de Algarrobo

42
Santa Marta
El Niño de la Esperanza

47
Inírida, Guainía
La maloca del arte

53
Galapa, Atlántico
El efecto del afecto

58
Pasto
El Principito contra el mundo

63
Bogotá
Hacia una cultura legal ... y bacana

68
Inírida, Guainía
Un colegio hace la radio de Guainía

74
Quibdó
El camino de la solidaridad

78
San Andrés
Los ciudadanos del paraíso

83
Quindío
Los estudiantes son los maestros

88
Turbaná, Bolívar
**Los niños que derrotaron
la corrupción**

93
Tumaco, Nariño
**Los multiplicadores de paz,
ejemplo del mundo**

98
El Carito, Córdoba
El tejido del futuro

104
Caquetá
El otro alcalde de Florencia



Este libro fue posible gracias al auspicio de

Fundación Terpel

Grupo Bolívar

Organización Corona S. A.

Plan internacional

Agradecimiento especial

Comité Directivo del Programa
de Competencias Ciudadanas

Jorge Orlando Melo

Guillermo Hoyos

Antanas Mockus

Ángel Altisent

Guillermo Carvajalino

María del Rosario Guerra

Alberto Espinosa

Eduardo Villar

Gustavo Pulecio

Eugenio Marulanda

Martha Liliana Herrera

María Margarita Zuleta

Enrique Chaux

José Bernardo Toro

Aprender para la convivencia

Estamos convencidos de que la educación es uno de los caminos que hará posible la paz. En consecuencia nos hemos propuesto adelantar una Revolución Educativa, con un reto doble: asegurar que para el 2006 podamos dejar estructurado en el país un sistema que garantice en el tiempo que todos los niños puedan acceder a la educación; y, paralelamente, asegurar que el paso por la escuela garantice el desarrollo de habilidades y capacidades que permitan a todos los colombianos seguir aprendiendo, progresar, mejorar su calidad de vida y aportar para que el país pueda desarrollarse en el mundo contemporáneo utilizando todo su potencial.



Para el mejoramiento de la calidad de la educación, hemos venido trabajando en conjunto con maestros, catedráticos, académicos y profesionales de las más diversas disciplinas, en la formulación de unos estándares básicos que comprendan, además de las habilidades comunicativas, matemáticas, científicas y las competencias para ejercer los derechos y deberes de un buen ciudadano. Formar para la ciudadanía es una necesidad indiscutible en cualquier nación, pero en las circunstancias actuales de Colombia se constituye en un desafío inaplazable que convoca a toda la sociedad. Sin lugar a dudas, el hogar y la escuela son lugares privilegiados para desarrollar esta tarea, porque allí el ejercicio de convivir con los demás se pone en práctica todos los días.

Así, durante 2003 y 2004 se formularon, definieron y divulgaron a nivel nacional, los estándares básicos de competencias ciudadanas, principios orientadores y herramientas básicas, que pretenden servir de guía tanto a los maestros como a los padres de familia sobre ese conjunto de principios con el fin de que todos podamos sumarnos al proyecto con metas claras y compartidas.

Igualmente, en conjunto con el Icfes, se aplicaron las pruebas de competencias ciudadanas a la mayor parte de todos los colegios públicos y privados, de grados quinto y noveno. Los resultados se hicieron llegar a cada una de las instituciones con el objetivo de formular acciones encaminadas a fortalecer y mejorar los diferentes procesos relacionados con la convivencia, la participación democrática y la valoración de las diferencias.

El proceso busca generar el compromiso de las instituciones educativas, con el fin de que se orienten a lograr que todos los estudiantes, independientemente de sus condiciones personales, sociales y culturales, aprendan lo que tienen que aprender, en el momento en que lo deben aprender y desarrollen los valores y las competencias necesarias para la participación ciudadana.

Para apoyar este proceso de mejoramiento estamos identificando experiencias exitosas de manera que otras instituciones puedan replicarlas, o complementar y enriquecer sus propios planes. Por ello, durante el primer semestre de 2004 se realizaron en todo el país talleres departamentales y municipales de difusión y socialización de los estándares, en los cuales fueron presentadas valiosas experiencias de colegios y escuelas en todo el país.

Dieciseis de ellas son recogidas en esta obra y se constituyen en la materialización de una alianza estratégica con la Fundación Empresarios por la Educación, que vio en estas experiencias una veta de inmenso valor que debe ser conocida por los colombianos y un aporte importante para el Foro Nacional de Competencias Ciudadanas, que reunirá a la comunidad académica, expertos nacionales e internacionales y a maestros y estudiantes, que desde todos los rincones del país vienen a presentar y compartir sus logros, experiencias, modelos y proyectos pedagógicos.

Vale resaltar que las experiencias que serán presentadas en el Foro Nacional son el resultado de un ejercicio democrático, impulsado por las Secretarías de Educación departamentales y municipales, que en conjunto con las comunidades educativas, realizaron durante el año foros departamentales y municipales, donde se presentaron, analizaron y seleccionaron las mejores experiencias de los colegios y las escuelas de sus regiones en formación para la ciudadanía, con el fin de compartirlas a nivel nacional durante el Foro que se realizará a finales del mes de octubre y que, sin duda, servirán de modelo, para la construcción de los proyectos educativos institucionales y el diseño de los planes de mejoramiento del 2005.



Es indiscutible que desde realidades y con metodologías diversas, muchos maestros colombianos están desarrollando este tema y nos han dado muestra de su creatividad y del compromiso que los acompaña. Sus modelos y proyectos pedagógicos, en muchos casos, trascienden las paredes de la escuela y han llevado a sus estudiantes a asumir responsabilidades y adelantar acciones para transformar la realidad de sus comunidades, superando los problemas y construyendo soluciones reales, con base en sus conocimientos y el desarrollo de habilidades ciudadanas.

Desde el Ministerio de Educación agradecemos de manera especial a la Fundación Empresarios por la Educación por sumarse al proyecto de formación ciudadana y convertirse en aliado de primera línea de la Revolución Educativa. Igualmente, damos las gracias a las instituciones y empresas que patrocinaron este libro de crónicas y relatos: Plan Internacional, Grupo Bolívar, Fundación Terpel y Organización Corona. Gracias a su entusiasmo un grupo de periodistas y fotógrafos recorrió algunos de los colegios en los que se viene trabajando de manera más consciente la formación ciudadana y ahora dan fe desde las páginas de este libro con sus palabras e imágenes. Sus crónicas son el testimonio y el reflejo de los enormes esfuerzos y del talento de los maestros en zonas rurales apartadas y de extrema pobreza, en regiones de conflicto, en ciudades y en colegios, en los cuales se han generado procesos, proyectos y metodologías que permiten creer en la posibilidad de la formación de una nueva generación de colombianos que supere las dificultades y las barreras del conflicto y la violencia.

Trabajar en el desarrollo de competencias ciudadanas es tomar la decisión de hacer la democracia en el país, de formar unos ciudadanos comprometidos, respetuosos de la diferencia y defensores del bien común. Unos ciudadanos que desde sus casas, escuelas, colegios y universidades extiendan lazos de solidaridad, abran espacios de participación y generen normas de sana convivencia. Unos ciudadanos seguros de sí mismos y confiados en los otros. Unos ciudadanos capaces de analizar y aportar en procesos colectivos. Unos ciudadanos que prefieran el acuerdo y el pacto, antes que las armas, para resolver conflictos. Unos ciudadanos capaces de vivir felices en la Colombia y el mundo de este siglo.

Cecilia María Vélez White
Ministra de Educación Nacional.

Emprendedores sociales:

Comunidades educativas que construyen ciudadanía

El Programa de Competencias Ciudadanas está basado en la creencia de que la educación es uno de los caminos para transformar, tanto en lo individual como en lo colectivo, las diversas condiciones que hoy nos impiden construir un país justo y en paz.

De manera particular, las competencias ciudadanas se convierten en herramientas con las que las personas pueden establecer relaciones de un modo mejor. El proporcionar esa conciencia y los medios para hacerlo es invitar a la gente a relacionarse de manera diferente y por consiguiente a producir un cambio en la cultura o, mejor, a producir una cultura distinta.

Como parte de ese programa se ofrecieron al país los estándares en competencias ciudadanas, o sea las pruebas que permitieran comprender cómo pensaban, sentían y se imaginaban al país político los estudiantes, y los talleres de socialización con los principios que sirvieron de base para desarrollar dichos estándares y pruebas.

Sin embargo, se encontró que los conceptos “estándar” y “competencia” despiertan mucho recelo entre quienes asumen la acepción más tradicional de los términos, a la vez que “ciudadanía”, e incluso “democracia”, invitan al escepticismo entre los que les adjudican su sola dimensión política.

Si bien el término estándar se asocia a las normas técnicas de calidad en los bienes de uso, este concepto se puede llevar –aunque no sin dificultad, pero a lo mejor con gran provecho– a la educación.



En este sentido, definimos “estándares” como criterios claros y públicos que permiten conocer lo que deben aprender los niños, niñas y jóvenes, al establecer el punto de referencia de lo que están en capacidad de *saber* y *saber hacer* en contexto, en cada una de las áreas y niveles

de la educación. Así, se puede poner en discusión qué debe ser lo fundamental y lo básico a lo que deben tener acceso todos los niños y niñas del país y, sobre esos mínimos acordados, construir los proyectos educativos de cada institución escolar.

De igual forma, la palabra “competencia” se presta a confusión con la idea de disputa o contienda, que implica oposición o rivalidad. Pero lo cierto es que no son ni lo uno ni lo otro, pues la competencia se relaciona con la idoneidad y la aptitud, como cuando se domina una técnica, una disciplina o un arte. Se puede decir que las competencias son un conjunto de conocimientos, actitudes, disposiciones y habilidades (cognitivas, socioafectivas y comunicativas), que se relacionan entre sí para facilitar el desempeño flexible y con sentido de una actividad en contextos relativamente nuevos y retadores. De esta forma, las competencias antes que ser para competir, necesitan de cooperación.

Entendidos así, estándares y competencias, nos permiten afirmar que la ciudadanía se puede enseñar y evaluar para construir una sociedad mejor. Sin embargo, esto requiere de una ampliación de lo que se entiende por “ciudadanía”. Para el efecto es necesario pasar de una ciudadanía como un estatus que se adquiere a determinada edad –y que conlleva una serie de derechos y deberes como el de elegir y ser elegido– a una idea que se construye en el ejercicio de la misma ciudadanía con los demás y en diferentes contextos. Todo lo anterior invita a un cambio de una pedagogía de lo ciudadano cuya prioridad era la memorización de conocimientos –en particular los referentes a las instituciones políticas– a una aproximación pedagógica que, sin olvidarse de los conocimientos, privilegia las experiencias que mejoran las relaciones personales y la construcción activa y conjunta de conocimiento.

Esta construcción implica la reflexión sobre las prácticas en las que se analizan las motivaciones para la acción y las consecuencias de las decisiones, las emociones involucradas y las habilidades comunicativas comprendidas en el ejercicio de la convivencia, la participación responsable en procesos democráticos, y el respeto y valoración de la pluralidad y las diferencias. De esta manera, la idea de ciudadano entendido como la persona sujeta a una autoridad política está dando paso a una más amplia en la que se entiende a los ciudadanos como personas participativas que viven en sociedad y se relacionan no sólo con otros sino con el Estado en una variedad de situaciones en las que mutuamente se afectan, controlan y buscan acuerdos. Este es el concepto de democracia en construcción en el que se sustenta la idea de Competencias Ciudadanas.



De esta forma, el énfasis en las relaciones entre las personas, y de las personas con el Estado –y con la naturaleza– cuyo efecto es la producción de cultura, determina la cohesión entre la convivencia, la participación y la pluralidad. De igual manera, ese énfasis y esta cohesión le otorgan un papel capital al desarrollo moral, entendido como el avance cognitivo y emocional que permite a cada persona tomar decisiones más autónomas y realizar acciones que reflejen una mayor preocupación por los demás y por el bien común. Estas decisiones y acciones se deben basar en un diálogo y una comunicación permanente que permita encontrar balances justos y maneras de hacer compatibles los diversos intereses involucrados.

Así, la convivencia y la participación que se buscan requieren de una manera más amplia de entender el pluralismo. Esto quiere decir que además de permitir la coexistencia, se necesita que el pluralismo fomente la cooperación. Con esto no sólo se logra que las personas puedan respetar sus diferencias sino que el vivir en comunidad debe llevar a los ciudadanos a ir más allá de sus diferencias étnicas, de clase o de género, para operar conjuntamente en el logro del bien común o del interés público. Pero esto no es suficiente. Desde la ética del cuidado se invita a ampliar el concepto de desarrollo moral y a aumentar el espectro de alcance del pluralismo de manera que incluya la exploración conjunta y el disfrute compartido.

La exploración conjunta incluye escuchar y prestar atención receptiva al otro de manera que quien lo hace suspenda sus propios proyectos, propósitos y sus expectativas establecidas a priori, para aprehender al otro en sus propios términos. Esto permite cambiar la percepción a la vez que continúan las diferencias, gracias a una nueva forma de entendimiento que para ser óptimo ha de ser recíproco. No es suficiente que unos y otros se escuchen a través de las barreras sociales, económicas, culturales, raciales y étnicas. Es necesario abrir las mentes y los corazones para ser receptivos, pues es a través de las propias creencias que las personas oyen y ven a los demás. Luego si lo que se quiere es ser verdaderamente receptivos hay que dejar las creencias de lado, lo que implica a la persona dejar ser sí misma por un momento. No es sencillo, pero es la única manera de aprender lo que se siente ser otro y es la única manera de comenzar un diálogo.

En la medida en que las personas se preocupan por justificar y defender la superioridad de sus propias creencias caen en el temor de ver derrotados sus argumentos y sus posiciones.

Si lo que se desea es explorar de manera conjunta formas de hacer compatibles los diversos intereses involucrados, la ética del cuidado



insiste en que es necesario cambiar el foco de atención en la preocupación por la justificación moral a un interés por cómo se pueden crear y mantener mejores relaciones entre todas las personas. Esto último sería la solución al verdadero problema moral. Es decir, una construcción pluralista de mejores relaciones basadas en el entendimiento recíproco, que puede conducir a la búsqueda de verdades complejas por medio de la indagación compartida.

Pero las relaciones pueden avanzar más allá de la exploración conjunta y llegar a propiciar acercamientos transformadores en las personas. Para esto último se necesita algo que Ann Diller¹ llama el pluralismo del disfrute compartido. Ella insiste en que el conocimiento moral consiste en un conocimiento específico acerca de una persona en particular, pero ese conocimiento no es suficiente si no se ha preocupado por entender lo que de verdad le importa a esa persona en particular. Usualmente eso que le importa es lo que la hace feliz.

En contraste con las grandes configuraciones políticas como las naciones-Estado, las instituciones educativas son pequeñas unidades de comunidad donde diferentes personas se encuentran cara a cara todos los días. En consecuencia, las instituciones educativas son espacios privilegiados para ejercer el desarrollo de la convivencia, la participación y el pluralismo.

Hoy se puede apreciar una movilización de la educación colombiana hacia una mayor contribución a la formación de ciudadanos. Se identificaron más de 195 y se seleccionaron para esta publicación 16 experiencias en competencias ciudadanas. Maestros, padres y alumnos han reconocido habilidades, conocimientos prácticos y aspectos de la formación que ameritan un esfuerzo prioritario si de lo que se trata es de construir ciudadanía.

Fiel a las mismas propuestas de tales competencias, el equipo que planeó los talleres de socialización de los estándares partió de la idea que ya venía desarrollando el Ministerio desde hacía varios años de compartir saberes con las personas de las regiones a las que se visitaba y así se invitó a los municipios y capitales departamentales a presentar experiencias significativas que llevaran un tiempo desarrollando las competencias. Con esto, se reconocía el hecho de que si bien la propuesta del Ministerio aparecía como algo novedoso, también había la certeza de que muchas maestras y maestros de

¹ Basada a su vez en las ideas de Carol Gilligan, Nel Noddings y otras.



Colombia ya habían identificado las mismas causas de los problemas de convivencia, de la falta de participación democrática y de la ausencia de respeto y valoración de las diferencias, y habían empezado sus propias iniciativas pedagógicas para desarrollar en sus comunidades educativas las habilidades y apropiarse de los conocimientos necesarios para solucionarlas.

Lo anterior representaba todo un movimiento a favor del “uso público de la razón”, que como es sabido entraña la libertad de pensar y de expresarse para poder discutir, libertad que, como se ha señalado, a su vez demanda habilidades como la de comprender al otro, saberse poner en su lugar y coordinar las dos perspectivas, o la de construir y evaluar argumentos. Esa movilización procura también la propagación de actitudes como la empatía con quienes sufren, por causa nuestra o no. Así, aceptar los retos de la discusión pública y ser solidario –sobre todo– con el desconocido, como lo demuestran las experiencias, son rasgos de quien se construye como ciudadano.

Al convocar esas experiencias a los talleres se quería dejar en claro que una de las mejores formas para avanzar en los procesos es aprender de otros y que en todos los rincones del territorio había personas de las cuales podríamos sacar alguna enseñanza. Era una forma de comenzar a sensibilizar a las secretarías, las directivas, los docentes y estudiantes para la preparación del Foro Nacional Educativo de octubre 25 y 26 de 2004, el cual reunirá cerca de 190 experiencias, expertos nacionales e internacionales y personas relacionadas con la educación de todo el país.

Tanto esas experiencias como las que componen esta obra, que apenas comienzan a sembrar estrategias para el desarrollo de competencias ciudadanas, saldrán fortalecidas del foro para continuar su camino de mejoramiento.

Aquí hallará el lector experiencias donde se aumenta la capacidad de resolver problemas y superar desacuerdos vía arte, protección del medio ambiente o mediante instancias colectivas de solución pacífica de conflictos. Verá que a veces la escuela se proyecta sobre las familias. Que a veces lo que moviliza a un grupo de estudiantes es un proyecto de interés ciudadano externo. Que a veces se trata de innovaciones pedagógicas.

La propuesta de competencias ciudadanas tiene algo muy específico, que a su vez es quizás lo más poderoso: la idea de formar com-

petencias. No es hablar de valores. No es hacer carteleras que digan que dialogar es lo mejor, ni es cantar canciones sobre lo bueno de compartir. Es desarrollar habilidades que se puedan poner en práctica en situaciones reales, es apoyar a los estudiantes para que sean más capaces de enfrentar las situaciones complejas de la vida cotidiana en sociedad. Casi todos los colegios en Colombia trabajan en temas de convivencia o de ciudadanía, pero realmente son muy pocos los que en este momento están trabajando en formación desde las competencias ciudadanas.

La coincidencia de varios factores hace a estas experiencias pioneras en el esfuerzo de construir ciudadanía desde la escuela. Todas ellas parten de un problema preciso y real que, o bien se identifica en la institución, o bien pertenece a la localidad o la comunidad. Así, encontrará a los que quieren generar reflexión sobre su desarrollo regional y su identidad, o quienes transforman su manual de convivencia para generar procesos que conduzcan a la verdadera convivencia y se pase del discurso correcto a las acciones. Están también los que le han encontrado nuevos sentidos al aprendizaje por medio de la recuperación de los valores, del idioma y otros aspectos de la cultura propia y ajena para valorarse y valorar a los otros, incluso por fuera de Colombia. O quienes ven la necesidad de involucrar a las autoridades para solucionar un problema elemental de convivencia como lo es la regulación del tránsito automotor, o enseñar a expresar las emociones y los sentimientos, o a ponerse en el lugar del otro para generar empatía y acciones de solidaridad, o incluir a los menores en el gobierno y en el aprendizaje de la toma de decisiones para el bien común en una comunidad de verdad pluriétnica y multicultural conformada por toda clase de inmigrantes.

También se puede aprender de quienes exploraron pedagogías incluyentes basadas en una aplicación seria del aspecto lúdico del aprendizaje para transformar la violencia en creación. En ese sentido el lector verá la experiencia de una rectora que rescata una institución literalmente sentenciada a muerte en medio de los actores armados y que por medio de la exigencia con amor logró motivar a toda una comunidad para trabajar por la convivencia pacífica y la excelencia académica. Como si lo anterior fuera poco, una maestra de educación física elabora un programa de desarrollo en los valores, para darles esperanza real a los hijos e hijas de familias directamente afectadas por la violencia armada. O el caso de los jóvenes que a partir de una investigación en sociales terminan derrotando a la corrupción en su municipio. Así como éstas hay varias más que de la misma manera responden a necesidades verdaderas y logran

aportar soluciones concretas. Es lamentable tener que señalar que en ambos casos de participación juvenil fue necesario que el problema creciera hasta generar muertes para que las autoridades y los medios oyeran las iniciativas que, de haber sido escuchadas a tiempo, las habrían evitado.

Otro aspecto que se infiere del común de las experiencias es que ninguna de ellas llegó a lo que logró trabajando sola. Todas y cada una de las personas que identificaron problemas y vislumbraron soluciones buscaron ayuda. Y la ayuda vino de muy diversas partes: de amigos y colegas, de personas con experiencia o, casi siempre, de instituciones que están dispuestas a dar el apoyo y a hacer seguimiento a las iniciativas.

Todas estas iniciativas van generando un proceso que le permite al sector educativo ayudarle al país en la armonización de ley, moral y cultura. Gran parte de las agresiones y las acciones delincuenciales se deben al divorcio entre ellas. Lo que dice la ley no es conocido o, siéndolo, cede ante lo aceptado en alguno de los ambientes culturales que influyen sobre la niña o el niño. La conciencia se debate entonces en el dilema sin saber qué hacer. Transformar con conocimiento oportuno y con actitudes adecuadas esa aceptación cultural de la ilegalidad y aprender a respaldar culturalmente el cumplimiento de los deberes legales son dos necesidades inaplazables.

Ello significa que muchos jóvenes pueden ahora conocer mejor el Estado Social de Derecho y sus garantías, y saber que no hay delito sin daño y sin víctima. Saber a tiempo de los horrores de la justicia privada y entender que donde no hay respeto a las leyes cunde la llamada “ley de la selva” bajo cuyo imperio nadie logra tranquilidad, ni siquiera los que transitoriamente son los más fuertes.

En esta perspectiva, sobresale un proyecto que involucra más de una cincuentena de colegios, varias secretarías de educación y hasta una ONG internacional llamada Centro Nacional de Información Estratégica (NSCI) basada en Washington. Esta ONG se ha interesado en recoger y divulgar iniciativas como la aplicada en Palermo, Italia (donde el alcalde Leoluca Orlando puso en marcha una estrategia para transformar la ciudad que se encontraba totalmente penetrada por la cultura mafiosa), y en otras ciudades o regiones como Hong Kong y Baja California, en México, también gravemente afectadas por la influencia de organizaciones criminales. En cursos de noveno grado, no sólo en Bogotá y en Medellín, sino en otras ocho ciudades se enseña el currículo de la Cultura de la

Legalidad, con apoyo de un libro, una película y de maestros que van entrenando a nuevos maestros.

Estas iniciativas han ayudado a los jóvenes a rechazar o, por lo menos, a empezar a cuestionar el modo de vida asociado al delito y a reconocer como indebidas acciones que aceptaban como normales. Ahí, hasta reponer un libro perdido con un libro pirata se vuelve tema de discusión, oportunidad para el aprendizaje. Obviamente los conflictos morales son más intensos cuando es el sustento familiar el que proviene de actividades ilegales. “El currículo no pretende juzgar sino formar”, responde un educador que ayuda a reconocer las desventajas de la ilegalidad. Un joven responde mostrando que el camino apenas se ha iniciado: “yo he sido casposito, terrible, pero hay que pensar más en el futuro. Trato de llevarme por una vía que no tenga tanta vaina, que pueda seguir sin peligro”.

Salirse de la ilegalidad es a veces tan costoso que mucho darían las personas a cambio de no haber entrado nunca en ella. La educación legal y la formación en la “cultura de la legalidad” son como la educación sexual: no se pueden aplazar para cuando los jóvenes hayan empezado a aprender a sus propias costas.

Aprender el significado y la importancia de la norma y los beneficios de vivir de manera legal; conocer los derechos y la manera de respetarlos y hacerlos respetar; comprender las formas de construir comunidad mediante la aceptación de los demás antes que por la imposición de las creencias propias; partir del entendimiento de las necesidades para lograr el bien común, son varias de las enseñanzas que encontrará el lector en este libro. Todas ellas son invitaciones a construir la cultura a partir de una dialéctica incluyente. Esta es quizás una de las mejores enseñanzas que nos transmiten nuestras heroínas y nuestros héroes anónimos, quienes con esfuerzo y constancia constituyen un nuevo agente de desarrollo que nuestras sociedades deben rescatar y poner en primer plano. Este libro es una pequeña muestra de todo lo que tenemos que aprender de estos emprendedores sociales que construyen, con sus actos cotidianos, ciudadanía.

Antanas Mockus Sivickas
Eduardo Escallón Largacha
Rosario Jaramillo Franco



Quince experiencias
para aprender ciudadanía
... y una más



En Medellín

El juego de la convivencia



San Lorenzo de Aburrá es una escuela en medio de la violencia, de la rudeza de Manrique, un barrio legendario de Medellín en donde un grupo de profesoras ha optado por el juego para bajarle a la agresividad y crecer en la tolerancia.

Trece días después de que Patricia Arango Lopera llegara a dirigir la escuela San Lorenzo de Aburrá, el 6 de octubre de 1998, se suspendieron las clases ‘por amenazas al personal docente’. Allí se respiraba un aire denso y los maestros hacían lo que podían para lidiar con la violencia, que era el modo de vida de los alumnos, sus padres y todo el entorno.

Al lugar se llega serpenteando por estrechas calles colgadas de las faldas de las montañas que miran a la ciudad; calles atestadas de gente donde las casas se agolpan una encima de la otra sin espacio alguno. Allí los pa-

Las rejas son un recuerdo de épocas más violentas en las que debían protegerse de un entorno muy agresivo.

dres de familia son comerciantes informales, vendedoras de dulces, cuidadores de carros, trabajadoras sexuales, coteros, albañiles, empleadas domésticas y rebuscadores.

Frente a la puerta de la escuela encontramos un personaje de sombrero, zapatos de charol, lleno de anillos baratos y coloreados en todos los dedos, que intentaba entrar por todos los medios. No valía para nada la explicación del exaltado celador. Y el asunto hubiera terminado en trifulca de no ser por una mujer menuda y morena, de unos 35 años y voz decidida: le explicó de manera pausada, pero con toda autoridad, que él no podía ir de curso en curso



ofreciendo a los niños los servicios de su escuela de karate. Y santo remedio.

Esa mujer es Patricia, licenciada en español y literatura, con once años de experiencia docente. Lo primero que nos comentó es que la edificación está toda entre rejas porque en una época había combates alrededor, y en ocasiones las clases se tenían

que dictar en el piso para que una bala perdida no fuera a herir a nadie.

Sobre la arena

El proyecto, *La fantasía de aprender jugando*, fue el resultado de un diplomado en Prevención Temprana de la Agresión que tomaron ella y cuatro maestras



MEDELLÍN, ANTIOQUIA

La capital de Antioquia es la segunda ciudad de Colombia, con 2.100.000 habitantes. Cuenta con la primera industria textil de Suramérica y es la segunda base industrial de Colombia en sectores distintos (desde automóviles hasta dientes artificiales). Desde allí se controla el grueso de la producción minera, buena parte de la exportación de café, banano, flores y otros productos primarios. En las décadas de 1980 y 90 fue base de la más importante alianza narcotraficante de la historia, *el Cartel de Medellín*, del que heredó una marcada situación de violencia.



INSTITUCIÓN EDUCATIVA SAN LORENZO DE ABURRÁ

Ubicada en la comuna nororiental, en el sector de Santa Inés del barrio Manrique, este año cumplió 27 años. Tiene 602 alumnos, divididos en dos jornadas; 14 maestros y un promedio de 40 alumnos por clase, de los cuales 450 almuerzan en la escuela y 150 reciben un vaso de leche y un bocadillo.

COMPETENCIAS

Grados: 8°-9°. Grupo: Convivencia y paz. Tipo de competencia: emocional. Estándar de competencia básica: "Utilizo mecanismos constructivos para encauzar mi rabia y enfrentar mis conflictos. (Ideas: detenerme y pensar; desahogarme haciendo ejercicio o hablar con alguien)".



más y su puesta en práctica la pudimos ver en cualquier salón. En el de 1° primaria, la profesora Alba Ruth se las arregla con su imaginación y un tablero pintado en la pared para que cada clase encaje en el método que hoy sigue la escuela.

—Duván* ¿será mucha molestia si te sientas?

Es la tercera vez que se dirige a este niño de seis años, que además acaba de rayar la cartilla de un compañero. Alba Rut nos explica que Duván vive con los abuelos, su mamá sólo va a la casa a amenazarlo y cuando viene al colegio siempre llega con alguna exigencia. La forma de neutralizar su agresividad es asignándole responsabilidades. El cambio se ha ido notando desde que empezaron el programa, y su atención ha mejorado mucho.

Al salir del salón nos encontramos de nuevo con Patricia en el patio, esta vez explicándole a la mamá de Juan Carlos*, de 7 años, que el niño no puede traer un cuchillo en la maleta, así sea inofensivo, porque este tipo de herramienta trae mensajes negativos.

Paso a paso

Cuando la directora llegó a la institución encontró un caos enorme. Allí todos trataban de sobrevivir sin ningún vestigio de autoridad. Lo primero que hizo fue bajar los niveles de inconformidad de los profesores y luego se enfrentó a la agresividad de los padres, que no estaban acostumbrados a la mediación en los conflictos.

Pensó que todo lo que había imaginado, si persistía, lo conseguiría con la ayuda de sus colegas, u otros podían hacerlo realidad; y entonces enfocó sus esfuerzos hacia la formación del profesorado. En el segundo semestre de 2003, con sus compañeras de diplomado, presentaron el proyecto *La fantasía de aprender jugando*, que arrancó a comienzos de 2004.

La médula de esta propuesta es hacer de la escuela un espacio más agradable para que los niños disfruten del proceso de aprendizaje y de lo que aprenden. Tomaron algo del antiguo modelo pedagógico de la institución, que tenía énfasis en los valores, e hicieron un híbrido con algo de la escuela activa de María Montessori —que se enfoca principalmente en la educación de los sentidos— y con nuevos modelos basados en el juego sin competencia.

Lo primero que hicieron fue romper con el estilo tradicional de las clases y volverlas más prácticas, más creativas. Con cada juego tradicional, con cada elemento o material didáctico, los maestros se dieron a la tarea de crear procesos de aprendizaje placenteros. Al principio hubo reticencia, rechazo.



La propuesta pedagógica de esta institución es lograr el aprendizaje a través del juego



Los maestros se dieron a la tarea de crear procesos de aprendizaje placenteros

Proceso lento

Ante las reservas Patricia optó por analizar a cada profesor, observar a los alumnos, a los padres de familia, al entorno donde vivían las familias y de esa manera entendió por qué inicialmente no fue asimilada su propuesta, lo que le sirvió para ajustarla.

Este nuevo modelo pedagógico no hace otra cosa que incluir el juego para enseñar a los niños y niñas matemáticas, ciencias y humanidades de manera lúdica, de tal suerte que aprendan divirtiéndose y se diviertan aprendiendo. Pero el juego fue asumido por todos como educación

física, no lo entendían como una forma de implementar el conocimiento, dice la directora. Y en efecto, preguntamos a varios niños sobre el sistema de estudio de este año y no entendían el concepto del juego como pedagogía.

Sin embargo, Gloria Helena Castellón, la más joven de las docentes y quien más entendió el método, cuenta que, por ejemplo, en clase de matemáticas los estudiantes tienen un mínimo de cuatro juegos para ir aprendiendo los números.

Menos violencia, más felicidad

En la institución hay profesores hasta con 25 años en la do-

ciencia, que reconocen estar desactualizados pero dispuestos a aprender con este nuevo método. Todos pretenden canalizar la energía de niños con altos niveles de agresividad, creándoles un mundo atractivo y para ello se han inventado gran variedad de juegos que los hagan comprender más y mejor y reduzcan sus niveles de violencia.

Si no tienen los materiales bonitos de otras instituciones con mayores recursos, los motivan para que los creen y en el proceso van aprendiendo de números, de materiales, de biología, de español... para que todo sea un juego. Un dictado no lo hace la profesora, sino los mismos alumnos describiendo una lámina mientras los otros van copiando. Así desarrollan la

imaginación, el sentido de ubicación, el oído.

También tienen niños y niñas con problemas psicológicos y hasta mentales. “Sin embargo, aunque académicamente no avanzan de forma paralela a los demás, sí aprenden a convivir con otros, a jugar, a ser solidarios, a respetar el espacio del otro y a prepararse para vivir en sociedad”, dice Leticia Giraldo, maestra de 2º grado.

La atención de los padres ha sido más difícil de atraer. Los maestros y maestras quieren hacerlos entender que una de las principales fuentes del aprendizaje de los niños es el ejemplo que reciben de ellos, sus modelos, sus primeros maestros. Para que intervengan en forma adecuada en situaciones de conflicto es preciso darles herramientas para la mediación y esto se logra con los talleres que organizan en el colegio y en los cuales participan cada día más.

Así lo confirma la madre de uno de los niños más problemáticos. Nos comentó que asistió a varias charlas y le gustaron, aunque jamás pudo lograr que su esposo fuera. Sin embargo, gracias a su insistencia en el daño que produce la violencia, él ha bajado sus niveles de agresión.

Sus hijos también se están portando mejor y ya no pelean tanto entre ellos. La señora, que no quiso darnos su nombre, dice que el cambio ya se siente en su barrio y cree que ahora los niños son más felices y van con más alegría a la escuela.

El padre Gabriel Ángel Gómez, de la iglesia que queda justo detrás de la escuela, tiene una percepción similar. Asegura que ha bajado el nivel de agresión de los menores gracias a programas como el de esta institución o el de la Red de escuelas de música, que además ha involucrado a las familias. En su opinión, lo que parece un pequeño proyecto de escuela es la base sobre la que se está gestando una nueva generación.

La médula de esta propuesta es hacer de la escuela un espacio más agradable para que los niños disfruten del proceso de aprendizaje y de lo que aprenden.

Esto aflora en el manual de convivencia de Andrea Viango, de 9 años, quien escribió: “que me enseñen, que me corrijan cuando sea necesario, que me dejen jugar y recrear, que tengan en cuenta nuestra opinión”. O en el de Lina Marcela Atehortúa, de 11 años, que termina con una frase prometedora: ‘prohibido decir que no soy capaz’.



* Los nombres han sido cambiados para proteger a los menores.

En Dosquebradas

Inseguridad peatonal, en la mira de los jóvenes



Treinta y dos alumnos de la Institución Educativa Empresarial obtuvieron el Primer Premio en el concurso nacional Proyecto Ciudadano con una propuesta de control de la inseguridad peatonal para su municipio que ya está multiplicándose en otras ciudades.



Nada permite presentir que en este edificio de fachada desapa- cible, con apariencia de estar en obra negra, sin jardines, flores ni césped, ebulan cerca de mil cerebros que se preparan para salir a hacer empresa y generar empleo, pero que no descuidan su entusiasmo por la solidaridad ciudadana.

La Institución Educativa Emp- resarial está ubicada en la zona industrial de Dosquebradas, a unas diez cuadras del viaducto César Gaviria Trujillo, que co- munica a esta localidad con Pe- reira. Da a una avenida polvo- riente con constante flujo de tráfico, pesado en su mayoría. Para pasar la calle construyeron un puente peatonal de mal gus- to que antes usaban poco los alumnos por salir atolondrados a entregarse al goce del balón, la novia o el almuerzo.

Hasta hace cerca de año y me- dio nadie allí tenía conciencia de lo que implicaba ser atropella- do por un carro, una moto o una bicicleta. Pero la Fundación Pre- sencia, una Ong con sede en Bogotá, contactó a la Fundación Universitaria para la Cultura, de Risaralda, para que escogiera algunos planteles del departa- mento donde pudieran conta- giar los espíritus de entusiasmo por un proyecto ciudadano.

Citaron a varios rectores, esco- gieron a cuatro docentes, los capacitaron durante tres días, les

dijeron que habría un concurso municipal, que los dos o tres primeros participarían en otro a nivel departamental y que el ganador iría al nacional, y los instaron a que consultaran con las comunidades qué proyecto ciudadano podrían presentar, que fuera de beneficio general.

Entre estos cuatro docentes esta- ba Alba Miryam Agudelo, licen- ciada en Desarrollo Comunita- rio y profesora de la Institución Educativa Empresarial, quien siempre había deseado trabajar en grupos dedicados a mejorar la calidad de vida de sus paisanos.

A investigar se dijo

Alba Miryam, llena de entusias- mo, llegó al otro día al colegio y convocó voluntarios para el pro- yecto. Se ofrecieron cincuenta muchachos y muchachas, de los cuales quedaron 32.

Lo que Alba Miryam no sabía era que la mayoría de los que se pos- tularon no lo hacían por entu- siasmo y solidaridad, sino por curiosidad, por ‘locha’ y por ‘ca- par clase’, como lo admite María Isabel Pérez, de 16 años. Atracti- va e hiperactiva, María Isabel aclara con picardía que, con los días, empezaron a darse cuenta de la importancia del asunto y lo tomaron con seriedad.

La metodología de trabajo con- sistió en mandar a los alumnos



DOSQUEBRADAS, RISARALDA

Es un municipio vecino de Pereira, la capital departamental. Tiene 180 mil habitantes y su base económica es la industria y en menor grado sus habi- tantes trabajan en el cultivo de café. Alberga dieciseis instituciones educa- tivas urbanas de primaria y bachillera- to, y cinco asociaciones rurales que cubren en promedio cuatro veredas cada una. Hay en total 983 docentes y 32 mil estudiantes.

INSTITUCIÓN EDUCATIVA EMPRESARIAL

Mixta, de estratos 1 y 2, tiene 1.100 alum- nos, 35 profesores, tres directivos y ocho empleados administrativos.

COMPETENCIAS

Grados: 8º-9º. Grupo: Participación y responsabilidad democrática. Tipo de competencia: conocimiento y cogniti- va. Estándar de competencia básica: “Conozco y uso estrategias creativas para generar opciones frente a deci- siones colectivas”.





Los alumnos de la Institución Educativa Empresarial encontraron que una de sus principales amenazas era la inseguridad en las vías, y se decidieron a conjurarla.

a diferentes barrios, de todos los estratos, a investigar sus problemáticas, indagar los porqués y sustentarlos. Y el recurso que utilizaron fue elemental: la entrevista directa. Paraban a la gente en la calle, entraban a establecimientos públicos (tiendas, peluquerías, supermercados, droguerías), y les preguntaban qué hacía falta corregir o conseguir para el barrio, e iban anotando en una libreta las respuestas,

para luego tabularlas y presentar al grupo las de mayor ocurrencia.

Después crearon grupos de trabajo para escoger la propuesta que desarrollarían. Había de todo: que allí falta un CAI, que allá no hay agua, que más allá falta un parque. En el trabajo de definir una propuesta se dieron cuenta de que cada uno pensaba en su barrio, no en el conjunto de la localidad, hasta que notaron que la inseguridad peatonal era mencionada en cuatro barrios y eso le prendió la luz a Alba Miryam.

Todos en la cama

Alba Lucía Jaramillo, de 16 años y estudiante de 10º, fue a la segunda reunión para no tener que ir a física, y resultó en uno de los frentes que se organizaron para adelantar el trabajo. Cuenta que el primero se puso a estudiar la delimitación del pueblo, cuántas personas eran afectadas y qué pasaba en las instituciones públicas y privadas; el segundo buscó propuestas públicas sobre la inseguridad vial y averiguó con qué presupuesto contaban; el tercero indagó sobre qué propuestas de política pública se estaban manejando y el cuarto se puso a la tarea de desarrollar un plan de acción.

Con el lema de *Todos en la cama* salieron dichosos a visitar al

personero municipal, al alcalde, al secretario de tránsito y transporte, al Invías, a Planeación. Llegaron con aires triunfales a las oficinas, se presentaron, los invitaron a sentarse y allí, sentados, pasaron horas a la espera, sin que nadie los atendiera.

Héctor Gildardo Sastre, también de 10^o pero de 14 años, recuerda que decidieron estudiar más la problemática y enterarse de todo para tener más argumentos que presentar a las autoridades. En la medida en que conocieron las leyes municipales, departamentales y nacionales que los protegían, interactuaron más y se dieron cuenta de que el compromiso con la ciudad no peleaba con la asistencia a clases.

En un segundo intento llevaron cartas de presentación para que los atendieran, pero tampoco fueron recibidos. Sin embargo en esos días, comienzos de 2003, surgió el detonante que no esperaban: fue atropellado Javier Andrés Calderón Quiceno, de 18 años, por una camioneta que le produjo la muerte y huyó. Corrieron al periódico La Tarde, de Pereira, el más leído en la región, donde los escucharon de inmediato.

Ya tenían todo muy bien digerido, cuenta Natalia Velasco, de grado 11. Conocían la problemática de la inseguridad peatonal, sabían que en parte se de-



bía a la falta de pavimentación en algunos sectores, a la ausencia de semaforización en zonas de mucho tránsito humano, a la carencia de andenes, a la falta o deterioro de la señalización, y a la falta de reductores de velocidad.

Todo esto se lo contaron a un redactor del periódico, de manera radical. Los directivos de La Tarde quedaron impresionados y al día siguiente fue noticia principal.

Encuentros cercanos de tercer tipo

Ahí sí fue Troya. Las autoridades dijeron que se trataba de un equívoco, pues las puertas estaban abiertas para toda la comunidad. El secretario de tránsito y transporte mandó a un funcionario para que hablara con

El equipo de investigadores que impulsó el proyecto sólo fue escuchado luego de que atropellaran a uno de sus compañeros.

los muchachos. Hubo intercambio de ideas, exposición de motivos, reclamos, quejas y discusiones.

María Isabel, con su tono imperativo de rebelde con causa, dice que uno de los mayores logros del equipo fue demostrar que tenían derecho a expresarse. Lo que no habían sido capaces de hacer las autoridades del caso lo habían hecho ellos, solos, con la coordinación a distancia de la profesora.

Escribieron los resultados de las investigaciones, presentaron el proyecto formal a todos los estudiantes, a los docentes, a los padres de familia, enviaron copias a todas las instancias del

gobierno municipal incluyendo al Concejo, y con el corazón galopando de entusiasmo lo presentaron al concurso municipal. Ganaron. Lo llevaron al concurso departamental y ganaron, se fueron al concurso nacional y también ganaron.

Simultáneamente dieron a conocer el proyecto a los colegios La Badea, Luis Carlos González, Paulo VI y La Salle, pidiéndoles que fueran agentes multiplicadores. Héctor Gildardo dice que nunca pensaron en ganar nada, y está convencido de que el empeño colectivo dio lugar a que el proyecto creciera como una enredadera, aumentando beneficios.

Con el premio departamental les dieron una biblioteca de más de cinco mil ejemplares, el secretario de tránsito y transporte mandó a unos policías cívicos, en zancos, para que ayudaran a controlar el tráfico y participaran en la campaña de alfabetización sobre la inseguridad peatonal.

El premio nacional les representó no sólo la dotación de un gimnasio muy completo, avaluado en casi cien millones de pesos y donado por Smurfit Cartón de Colombia S. A., sino un viaje de todos a Cali, financiado por esta misma compañía, donde expusieron el proyecto. También fue la ocasión para presentarlo a muchos colegios

e instituciones de Risaralda y Quindío, incluyendo alcaldías y juntas de acción comunal.

La Secretaría de Tránsito y Transporte, gracias al interés de los muchachos, reseñalizó Dosquebradas, puso más semáforos y pronto colocará reductores de velocidad en zonas clave. La Secretaría de Obras Públicas está pavimentando vías y tiene previsto construir andenes en zonas de alto riesgo para los peatones. También se está pensando en más puentes peatonales, pero todo va muy lento por falta de presupuesto.

Smurfit Cartón de Colombia S. A., al ver la dimensión del proyecto, les patrocinó un video que ya ha sido presentado a centenares de comunidades, y los alumnos que están a punto de irse a la universidad están dando conferencias a los muchachos de grados 6º, 7º y 8º.

Nadie sabe para quién trabaja

Cuando ganaron el premio nacional y los medios les dieron espacio, surgieron voces de candidatos a la Alcaldía, al Concejo municipal y a las presidencias de las juntas de acción comunal, adueñándose de ese proyecto, por lo cual una vez más, enfurecidos, acudieron a las emisoras a poner las cosas en su lugar. Hoy, risueños, dicen que a la hora de

En el trabajo de definir una propuesta se dieron cuenta de que cada uno pensaba en su barrio, no en el conjunto de la localidad, hasta que notaron que la inseguridad peatonal era mencionada en cuatro barrios

la verdad eso no importa, que lo importante es que trabajaron en eso y siguen manteniendo su proyección.

Se sienten bien de haberse podido acercar a gente que antes veían muy lejana. El actual secretario de tránsito, José Albeiro Cárdenas, dice que fue válida la llamada de atención de los muchachos, que su labor dentro de los colegios ha sido muy importante y que gracias a ellos están empezando campañas pedagógicas, primero capacitando a los docentes para luego expandirse a otros grupos. Asegura que este proyecto de inseguridad peatonal les llamó la atención, los preocupó y los obligó a profundizar

Cuando nos despedíamos de él le dijo a su secretaria que le consiguiera el texto completo del Proyecto de Inseguridad Peonatal, de los alumnos de la Institución Educativa Empresarial, para darlo a conocer en el Encuentro de Secretarios de Tránsito y Transporte del Eje Cafetero, que se celebraría por esos días en Medellín.

En Magdalena

Los trece apóstoles de Algarrobo

En una zona del Bajo Magdalena donde campeaba la violencia, una maestra y su grupo de colegas lograron en diez años transformar el caos en orden y crear en su colegio de 900 alumnos un modelo de convivencia, resolución pacífica de conflictos y amor por la región.

¿El secreto? La búsqueda de las raíces de una comunidad tradicionalmente desgarrada, y la aplicación de un modelo de excelencia académica basada en la recuperación del amor propio a través de la disciplina, la constancia y la búsqueda de calidad. Su éxito ha influido la vida de las familias y ha transformado al municipio mismo.



La bala pudo haber venido de cualquier parte. De un estudiante resentido, de algún frente guerrillero intolerante, de un paramilitar extraviado. Ciertos terratenientes creían que el colegio era semillero de subversión. Y algunos alumnos y uno que otro profesor creían que el rector era demasiado intransigente y autoritario.

El 18 de agosto de 1989, el mismo día en que mataron a Galán, fue asesinado en la puerta de su

casa en Algarrobo, Magdalena, el profesor Gilberto Santana. En medio de la ola de violencia que envolvía a la región en esa época, su muerte habría podido pasar inadvertida. No se trataba, sin embargo, de un profesor cualquiera: era el rector del colegio más importante de la zona.

Pero es que no era una institución fácil. En los años 80, el Colegio Departamental Rafael Nuñez de Algarrobo era foco de conflicto: un microcosmos de lo



▶▶ **ALGARROBO, MAGDALENA**

Este municipio del departamento del Magdalena queda a 40 kilómetros al sur de Fundación, en la vía hacia Bosconia – El Copey. Contiguo a las estribaciones suroccidentales de la Sierra de Santa Marta, tiene alrededor de 5.000 habitantes. Su base económica agroindustria de banano y palma y el comercio en pequeña escala.

INSTITUCIÓN EDUCATIVA COLEGIO DEPARTAMENTAL RAFAEL NÚÑEZ

Tiene 900 alumnos en varias jornadas y sedes.

COMPETENCIAS

Grados: 10°-11°. Grupo: Convivencia y paz. Tipo de competencia: integradora. Estándar de competencia básica: "Contribuyo a que los conflictos entre personas y entre grupos se manejen de manera pacífica y constructiva mediante la aplicación de estrategias basadas en el diálogo y la negociación"

que sucedía en la región y en el país. Los alumnos negociaban las notas con los docentes a punta de puñal; los candados de las aulas amanecían untados de excremento para que no hubiera clase; los alumnos asistían cuando les daba la gana y lucían desaliñados e indiferentes. Era el reino de los *caratapadas*, delincuentes juveniles que terminaron muertos muy jóvenes. Ninguno de ellos le veía utilidad a terminar el bachillerato porque sus padres los presionaban para que comenzaran a trabajar, o para que emigraran definitivamente de la zona. El gremio de profesores le huía al colegio, y los agroindustriales de la zona lo aborrecían.

Con la muerte de Santana vino el caos. Durante cuatro años no hubo rector ni profesorado estable. La salida obvia era clausurar el colegio. Llegó entonces uno de esos momentos decisivos en la vida de las instituciones y de las personas.

Poco antes de hacer efectivo el cierre del colegio, la secretaria de Educación del Magdalena decidió darle una última oportunidad ofreciéndole la rectoría a una maestra de Fundación que administraba un colegio de monjas desde hacía veinte años: aparentemente la persona más inadecuada para hacerle frente a semejante caos, pero con dos notas a favor: un currículum académico impresionante y las más al-

tas recomendaciones por su calidad humana.

Hasta ese día de 1994 en el que le ofrecieron la rectoría, para Miriam Escorcía de Pallares el nombre de Algarrobo no era sino la referencia de un pueblo situado a una hora en bus hacia el sur de su natal Fundación. Pero su marido, un experto en titulación de tierras del Incora que conoce palmo a palmo la antigua zona bananera desde el fondo de la Ciénaga hasta El Copey, sabía que ella podía quedar, como había quedado Santana, atrapada y visible en medio de la lucha territorial que mantenían en esa región los paramilitares y las Farc.

–No aceptes– le dijo, sin mucha convicción, a sabiendas de que nada podía encender más la mística de su mujer que un reto como aquel.

Era como si Miriam hubiera pasado toda su vida, sin saberlo, preparándose para sacar aquel colegio del fondo de la cloaca y convertirlo en una institución pionera. Un colegio donde los mayores valores son el respeto por el otro, la escucha, la tolerancia y la negociación.

¿Cómo lo hizo?

Miriam no creció en la abundancia. Su padre trabajaba como matarife en Fundación y la

mandó a estudiar en el colegio de La Sagrada Familia de las monjas terciarias, un edificio alto y lóbrego contiguo a la plaza y a la catedral. Allí habría de pasar casi treinta años de su vida, primero como alumna, y luego como profesora y administradora. Para ayudar a pagarse sus estudios, comenzó a trabajar desde muy temprano en la contabilidad del colegio y mecanografiando todas las cartas. Al graduarse del colegio se convirtió en su secretaria, y andando el tiempo, en mano derecha de las monjas. Ya casada y con hijos, decidió romper la camisa de fuerza del empirismo: se graduó como normalista, estudiando en la sede de Fundación de la Universidad de San Buenaventura, y más tarde emprendió un posgrado en administración educativa que tenía lugar los domingos en la Universidad del Magdalena. El

proceso comenzó a sus 25 años y terminó casi a los 45. En el entretanto Miriam sacó adelante cuatro hijos, su casa y su patrimonio.

Para poder estudiar, trabajar y ser mamá en medio de la pobreza, desde muy temprano negoció con su marido y sus hijos mayores el reparto de las tareas hogareñas. En esta casa costosa hubo que bajarse de las tradiciones machistas de la región, y los hombres tuvieron que lavar ropas, planchar, cocinar y lavar los pañales.

Conciliación, negociación, disciplina, respeto por el otro, aceptación de las diferencias, humildad y apertura de mentes para hacer las tareas más prosaicas al lado de las más elevadas: ese ha sido el ejercicio de la familia Pallares Escorcia a lo largo de cuarenta años.

La disciplina de Miriam era férrea. Para alcanzar sus grados sin perder su empleo, dormía sólo cuatro horas. Aún lo hace. Luego de ocho horas de trabajo, estudiaba de seis a nueve de la noche. Sagradamente, reservaba para la lectura de las diez a las doce. Entre doce y cuatro de la mañana, dormía, como hoy lo hace. Y a las cuatro se levanta, para cumplir con su parte de las tareas del hogar y poder coger, a las cinco de la mañana, el primer bus que la lleve hasta Algarrobo.

Cuando aceptó la rectoría Miriam ignoraba (tal vez aún no lo sabe), que ese esquema de vida, trasladado a la vida cotidiana del colegio departamental de Algarrobo, lo sacaría de la agonía hacia la resurrección.

Los secretos de Miriam

Para lograr paz, convivencia y excelencia académica en el colegio de Algarrobo Miriam aplicó varias fórmulas secretas: la primera, que ni ella misma conoce: trasladarle su personalidad, mezcla de tolerancia y rigor, al colegio.

La segunda, motivar al profesorado de manera que se vuelva



En la biblioteca del Rafael Núñez conviven el estudio y la democracia: allí sesionan el consejo estudiantil y los comités de mediación de conflicto.

Las alumnas del Rafael Núñez llevan a sus hogares la lección de tolerancia que el colegio les deja.

estable y eficiente en términos de formación integral de los alumnos.

La tercera, transmitir a la comunidad los logros de convivencia y paz del colegio, a través de las familias de los alumnos.

La cuarta, proveerle un arraigo a esas familias de la región, dándoles una historia, su propia historia: la historia de Algarrobo y de sus raíces.

Y la quinta, a partir de las anteriores, obtener apoyo académico de entidades como el Convenio Andrés Bello y apoyo económico de los agroindustriales de la palma y del banano, y hasta de los empresarios férreos y mineros que cruzan por la entrada de Algarrobo con su tren carbonero.

El bachillerato en el colegio de Algarrobo se ha dividido en agropecuario y comercial. A la entrada de las sencillas instalaciones del colegio, donde uno no entiende cómo pueden caber 900 alumnos en tres jornadas, lo primero que ve es un tractor donado por la Comunidad Europea para que los alumnos aprendan a trabajar las sembraderas del colegio. Detrás de las aulas hay un estanque de cría de peces limpiado y trabajado



por los alumnos. Más allá, detrás de una nueva batería de baños, una marranera aséptica y ejemplar, y un huerto en donde lánguidamente lucha contra una infancia difícil un arbolito escuálido: el único algarrobo que queda en Algarrobo, sembrado por Miriam Escorcía y por sus sucesores, el profesor Vizcaino, el profesor Obdúber y el profesor Altamar. El PEI del colegio pretende darle un sentido vocacional al bachillerato: darle un futuro en su tierra al muchacho que se gradúa. Y también una posibilidad real de que llegue a la universidad.

Miriam Escorcía está tratando de demostrar que no se necesita ser rico para alcanzar una oportunidad universitaria en la

vida. Su lema es “vamos a ganarle la guerra a la guerra”. Lo dice con fuerza, y luego, sonriendo, agrega: “el que vive sueña, el que sueña vive”.

Siguiendo el marco de la Ley General de Educación el colegio celebra de manera acuciosa las elecciones para escoger personeros y representantes al consejo escolar. Estas elecciones son eventos solemnes, de los cuales se levantan actas rigurosísimas. El respeto por los valores democráticos comienza aquí. Además los representantes de cada curso al Consejo organizan los comités de negociación de conflictos. Se trata de crear un espacio de mediación y diálogo para plantear y dirimir allí cualquier diferencia que haya entre alumnos,

o entre alumnos y profesores, o entre los mismos profesores.

Ellos hablan

En el amplio salón de la biblioteca asisto a una reunión del Consejo Estudiantil preparada especialmente para mí. Observo la variedad étnica de este colegio, donde está lo más hermoso de aquello que Orlando Fals Borda, parafraseando a Vasconcelos, llamó “la raza cósmica”: un mestizaje extremo de negro, indio, español, ario y turco que da todas las tonalidades posibles de piel, de ojos, de pelo, mezcladas con sonrisas y caras de optimismo y confianza.

Me habla Liz Mineyi Novoa, vivaz muchachita de unos trece años, de ojos negrísimos y enormes, como los de la actriz en cuyo honor fue bautizada. Y me habla Selena Montenegro, representante del consejo estudiantil ante los profesores. Y me habla Rosaura Rebolledo, una muchacha alta y canela de inteligencia luminosa, que domina el tema de la tolerancia y de la escucha del otro, de la convivencia con las diferencias, de la coexistencia entre contradicciones, de la productividad de las antítesis. Me hablan de conservación ambiental, de recuperación del bosque, del cuidado de las fuentes de agua, de quedarse en el municipio trabajando como ingeniero de sistemas,

como contabilista, como técnico en piscicultura. Carlos Donado me habla de que quiere quedarse como artista plástico. Semanas después, en El Carito, un pueblo cercano a Lórica, Córdoba, conoceré a Alfredo Rodríguez, artista monteriano que tras sus años de formación se fue a vivir con su esposa allá y hace murales y esculturas y maneja la Casa de la Cultura en donde se recuperan las tradiciones zenúes. Y comprendo entonces cuál puede ser el papel de Carlos como artista en un pueblo como Algarrobo.

También me habla Nerlys Mozo, una pelirroja blanca, como sus ancestros santandereanos, pero con los ojos rasgados y los pómulos caribes de la gente de las ciénagas. Me habla de discriminación racial: de prejuicios de gente de pieles distintas entre muchachitos de menos de quince años. Y de cómo resolverlos. Y de cómo vigilar a los profesores para que no lleguen tarde o se salten parte de los programas.

Me hablan de respeto, de solidaridad, de autoestima. De responsabilidad sexual, de goce, de igualdad de género, de compañía en la aventura de la vida.

Pero las vidas de algunos no son tan felices ni tan equilibradas como aparentan. En muchos casos las familias están desgarradas, los padres separados o no se ocupan de sus muchachos.



Alcanzar metas como la Universidad es cuestión de voluntad antes que de plata, les enseña el Rafael Núñez a sus alumnos.

Muchos viven donde parientes o amigos que se convierten en sus acudientes. Contrasta el hecho de que los muchachos muestren paz, equilibrio y búsqueda de metas claras con el caos que en algunos casos aparece en su vida. El colegio tiene un muestreo amplio del origen social de sus alumnos, desde hijos de comerciantes o empresarios del pueblo, como el caso del hijo del alcalde, que a la vez maneja una pequeña compañía de buses, hasta hijos de gente muy humilde, que a veces no tiene cómo mandar a los niños desayunados al colegio. Para ellos Miriam Escorcía ha instituido un programa de café con

Su lema es “vamos a ganarle la guerra a la guerra”. Lo dice con fuerza, y luego, sonriendo, agrega: “el que vive sueña, el que sueña vive”.

leche y bollitos hacia las nueve de la mañana, sacando los recursos de donde no los hay para que no se desmayen en la clase de las diez de la mañana.

Me hablan de comités de pintura, de coros, de obras de teatro en donde la comunidad ve reflejada su diaria realidad a través del arte. Y del Foro Feria, un espacio para la exposición de todo el trabajo científico y artístico del año, donde cada curso y cada grupo muestra sus proyectos. Y de escuelas de paz

para la región: la idea es exportar el modelo de negociación de conflictos a través del diálogo a colegios de municipios vecinos con problemáticas similares. De desvalorizar la violencia como una opción.

Más tarde hablo con algunos padres de familia. El colegio les ha organizado una Escuela de Padres que funciona algunas tardes de la semana. Me cuentan que el modelo de valores del colegio definitivamente ha influido en la vida de las familias del pueblo. Hay menos violencia intrafamiliar, más conciliación, más conciencia del valor de las relaciones, menos represión, y un respeto por la educación como una meta mayúscula. En una clase social donde anteriormente no se planteaba siquiera la posibilidad de seguir estudios superiores, se discute la manera

de alcanzar la universidad como algo difícil, pero posible.

Desde luego, no todo es color de rosa. El modelo de hombre que tiene varios hogares, o hijos con varias mujeres, que a su vez lo buscan como macho proveedor, sigue siendo común, pero hay conciencia de sus poco convenientes efectos. Algunos padres recuerdan la época de caos de los años 90 y sostienen firmemente que los comportamientos promiscuos o violentos de los alumnos de entonces, su falta de compromiso con su propio futuro y con el del pueblo y la región provenían de modelos familiares. Me cuentan un ejemplo, el de un padre de familia que se oponía a un noviazgo de su hija y llegó al extremo de prohibirle ir al colegio y quemarle el uniforme. La muchacha terminó viviendo con una tía y el papá se vio obligado, seis meses después, a comparecer ante Miriam Escorcía para disculparse por su conducta. El colegio ha creado un efecto inverso a ese fenómeno; ha hecho que la violencia haya perdido toda su aura de poder y su falso prestigio y se haya convertido en una nota negativa para todo el que la ejerce.

Por fuera del colegio, en las polvorientas calles de Algarrobo,



Tractor donado al colegio por la Comunidad Europea con destino a clases del bachillerato agrícola.



encuentro algunos exalumnos de la época del asesinato de Santana y los años que le siguieron. Me habla Roy David Díaz, un muchacho que fue muy agresivo a los trece años y estuvo a punto de ser expulsado. Hoy día trabaja como comerciante y ayuda al colegio en algunas labores. Recuerda la época en que el pueblo sufrió la plaga de los *caratapadas*, enmascarados que hacían toda clase de fechorías, desde robarse una fotocopidora hasta golpear a alguien por cuenta de otro. Evoca la época oscura en que la juventud del colegio vivía un ambiente de agresividad en donde el poder se ganaba por la violencia y se conservaba por la ley del silencio. “*Los caratapadas*”, dice, “le hicieron mucho daño a este pueblo”. Sin embargo, la vida misma se encargó de de-

cantarlos. “Uno sabía quienes eran: eran los más violentos. Pero muchos de ellos ya no están”. Le pregunto qué quiere decir, y me dice que están muertos. Muchos siguieron el camino de las armas: se metieron al paramilitarismo o a la delincuencia común, o a la guerrilla. A los más revoltosos las mismas autodefensas los mataron.

Me cuentan que hasta hace no mucho tiempo se vivieron algunas noches negras en Algarrobo, cuando grupos de paramilitares sacaron gente de sus casas para ejecutarla. Afortunadamente esas noches no volvieron. Ahora las energías negativas se canalizan de otra manera. Me cuentan de Deilis Vizcaíno, un muchacho revoltoso y difícil, un genio para el fútbol. La rectora lo encontró comerciando con

Los maestros de Algarrobo, sólo visitan sus hogares los fines de semana porque están a tres y más horas de distancia del colegio.

unos naipes pornográficos. En vez de sancionarlo, Miriam Escorcía le pidió el favor de que se pusiera a estudiar sobre la sexualidad humana y diera unas conferencias de educación sexual en los cursos inferiores usando el naipé como ayuda pedagógica. Perplejo, el muchacho obedeció, y dictó las conferencias.

A partir de entonces cambió: se volvió reflexivo y anduvo ensimismado un tiempo. Finalmente se dedicó al deporte. Hoy está en las divisiones inferiores del Unión Magdalena y todos sus excompañeros esperan verlo debutar en el fútbol profesional.



En Santa Marta

EL NIÑO de la Esperanza

Con su programa “El niño de la esperanza”, Marta Pinzón convirtió la clase de educación física del Colegio Fátima de la Policía en Santa Marta, en una clase de valores éticos que terminó transformándose en un programa fundamental para un grupo de alumnos golpeado por la guerra y por las condiciones de servicio de sus padres.

En febrero de 1992 se corría la media maratón de los Juegos Nacionales de Barranquilla. En la categoría femenina punteaba de manera aplastante una atleta menuda, rubia y ojiazul, oriunda de Boyacá: Marta Pinzón. Fue como en el cuento de la liebre y la tortuga: llegó a acumular más de tres minutos de ventaja y decidió parar a hacer pipí.

Marta Pinzón, la atleta filósofa, medita y hace yoga frente al Morro de Santa Marta.

Error craso en un atleta de alto rendimiento como ella, que además había estudiado educación física en la universidad. La parada la descompensó, y aunque volvió a arrancar con ventaja sobre sus seguidoras, no pudo mantener el ritmo y perdió la medalla de oro: llegó tercera.

Esa fue una amarga lección que Marta no olvidará por el resto de su vida: disciplinarse, prepararse y no sobreestimarse. Pero el atletismo le había dado muchas más ventajas. Hija de un policía boyacense, Marta Pinzón se ganó la vida con sus piernas desde muy temprana edad. Se formó como atleta profesional y recorrió el país varias veces, corriendo las distancias de fondo y semifondo de los festivales atléticos de muchas ciudades. Ganar o quedar en los primeros puestos era fundamental, pues con el dinero de los premios pagaba sus estudios de educación física.

Un camino inesperado

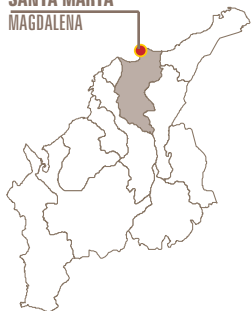
Hacia 1999 sufrió una fuerte crisis personal. Se había rutinizado en su trabajo de profesora de educación física en el colegio de Fátima, de la Policía en Santa Marta. Casada con un ingeniero de transportes que trabaja con Fenoco y amorosa madre de Dani y María Esperanza, su vida transcurría en la rutina normal de trabajo y familia propia de la clase media colombiana. Marta había escogido la educación física como profesión porque odiaba los libros. Odiaba estudiar, escribir y trabajar intelectualmente. Su pasado de atleta de alto rendimiento le facilitaba mucho su labor, y su relación de toda la vida con la Policía la hacía sentir arropada dentro de una especie de familia adicional.

Sin embargo, Marta se sentía incompleta. Como persona sensible, de inclinaciones artísticas que no pudo desarrollar en su juventud, sentía que su espíritu le exigía algo más que levantarse, ir a trabajar y cuidar de sus hijos. Además, la situación de los

niños del colegio también la torturaba. Hijos de policías generalmente destacados en servicio por períodos de quince días, sufren mucho por la lejanía de sus padres. Sólo el 20 por ciento de los 600 alumnos del colegio disfrutaban de su padre en casa. Otro 20 por ciento es hijo de padres separados. También un alto número de niños tiene a su padre inválido, mutilado o muerto por acciones del servicio: hay 34 huérfanos. En muchos niños de estas instituciones se agazapan la ira, la tristeza, la frustración y la desesperanza. Esos sentimientos gravitan sobre todo el grupo escolar. Marta comenzó a ver una conexión entre su clase de educación física y la mística deportiva con el alivio a esas tensiones morales de sus alumnos.

Fue entonces cuando recayó sobre ella una exigencia que agravó su crisis. El rector del colegio de Fátima de entonces, teniente Freddy Muñoz, le ordenó de manera perentoria presentar un plan académico fundado en valores para aportar al PEI de la institución. Si Marta

SANTA MARTA MAGDALENA



SANTA MARTA, MAGDALENA

La capital del departamento de Magdalena está enclavada en una región especializada en el cultivo del plátano, el algodón y el tabaco, así como en la cría de ganado; desarrolla un comercio de exportación en torno al plátano, café y cuero. La actividad industrial se basa en la pesca (pescado fresco y conservas), la elaboración de cerveza y la manufactura de materiales de construcción (ladrillos y azulejos). Su población en 1997 era de 343.038 habitantes.

COLEGIO NUESTRA SEÑORA DE FÁTIMA

Esta es una Institución orientada a educar los hijos de los miembros de la Policía Nacional de Colombia. Tiene desde preescolar a 11 grado, con cerca de 700 alumnos.

COMPETENCIAS

Grados: 8°-9°. Grupo: Convivencia y paz, tipo de competencia: emocional. Estándar de competencia básica: "Identifico y supero emociones, como el resentimiento y el odio, para poder perdonar y reconciliarme con quienes he tenido conflictos."

no vinculaba teórica y estructuralmente su clase de educación física a todo el marco académico, irremediablemente perdería su empleo.

El teniente sabía lo que hacía. Puso a Marta en una situación límite y consiguió que ella sacara lo mejor de sí misma. Marta cayó de rodillas frente a sus imágenes favoritas, las del Divino Niño y su madre, y les preguntó por qué la castigaban poniéndola a estudiar y a escribir a sus casi cuarenta años. Iluminada por los sermones de un cura de la parroquia de su barrio, en Santa Marta, comenzó a reflexionar sobre sistemas de valores y su aplicación a los jóvenes de su colegio. La conexión entre valores deportivos y valores éticos se le hizo repentinamente clara, lúcida, como en una aparición mística que ella atribuye a una suerte de milagro.

El Niño de la Esperanza

Marta se embarazó de una idea y tuvo entonces su tercer hijo, un hijo de cartulina, de crayola y de lámina de espuma de colores: el Niño de la Esperanza. Su hijo tiene muchas caras y ya no es su hijo: es hijo de todo el colegio de Fátima. Alumnos y

alumnas lo han adoptado y en cada salón de clase, junto al tablero, hay una versión diferente de este infante de dos dimensiones que representa los valores de cada uno de los alumnos.

El Niño de la Esperanza es un muñeco vestido con la sudadera del colegio. Pero cada una de las prendas tiene un valor ético específico: las medias de la humildad, los pantalones de la esperanza, el cinturón de la fe, la camisa de la tolerancia, la cachucha de la sabiduría. En sus clases de Educación Física, al tiempo con sus ejercicios, Marta comenzó a transmitir esos valores a los niños mediante un ejercicio muy sencillo: hacer el muñeco en cartulina o espuma y vestirlo como si fuera un juguete. Los niños pegan al cuaderno un par de medias de bebé

o de muñeca, recortan pantalones de espumita, cosen camisetitas de mentiras. El Niño de la Esperanza habita sus cuadernos, los cuartos de sus casas, su colegio, su propio cuerpo. Y cuando se ponen sus propias medias y sus propios pantalones para hacer gimnasia con sus compañeros, se están poniendo la humildad, la esperanza, la fe, el esfuerzo, el amor.

El programa tuvo tanto éxito entre los niños que el colegio tuvo que adoptarlo para que funcionara en todas las clases. Atraviesa toda la actividad académica y recreativa de la institución. Fue Eberto Julio Pallares, un antiguo amigo de su padre que es educador en Carmen de Bolívar, quien leyó las primeras cuartillas que redactó Marta sobre el Niño de la Esperanza,



Los alumnos del Colegio de Fátima de la Policía de Santa Marta alivian las tensiones provenientes del oficio de sus padres gracias al Niño de la Esperanza.



La conexión entre valores deportivos y valores éticos se le hizo repentinamente clara, lúcida, como en una aparición mística que ella atribuye a una suerte de milagro.

vio su potencialidad y le tachó, le corrigió y la orientó sobre cómo debía presentar el documento pedagógico que el teniente Freddy le exigía. Trabajando en coordinación con Amarilis Vence, profesora de ascendencia wayuú que es coordinadora académica del colegio, y con Viviana Guzmán, la psi-

El Niño de la Esperanza habita los cuadernos, las ropas y las almas de los niños de carne y hueso del Colegio de Fátima.

corientadora, Marta presentó el Niño de la Esperanza en el marco de un foro regional del Ministerio de Educación, en donde se destacó por su creatividad y entusiasmo.

Ahora Marta Pinzón encontró el amor a los libros y la pasión por la lectura. Investiga sobre su tema día y noche, y ha desarrollado todo un esquema teórico sobre la paz del país y el Niño de la Esperanza. Busca textos de filósofos que van desde Kant hasta Santo Tomás para sustentar su teoría sobre la importancia de la felicidad, y sostiene sin pudor que el pensamiento es el peor de nuestros enemigos, sin saber que la idea de silenciar la mente para obtener la paz viene de las prácticas del budismo zen. El muñeco está ahora coronado por el Esfero del Amor, porque Marta sostiene que a través de la expresión de los sentimientos en la escritura se puede fijar y comunicar el amor entre los niños. Además ha desarrollado una nueva herramienta, la radiografía del Niño de la Esperanza, para medir algo que en apariencia no tiene cómo: el crecimiento en valores.

Al atardecer de un miércoles luminoso, lleno de púrpuras y li-

las sobre el cielo del Morro y de Punta Betín, acompaño a Marta a su diario trote por la playa de la Bahía. A lo lejos se ven fondeados los barcos bananeros, los novios amartelados por el maledón, los niños haciendo cabriolas en el mar, los pescadores tirando línea desde la punta de los tajamares. Con la misma pasión con la que hace todo, Marta me enseña ejercicios básicos de yoga que la han acompañado durante años. Habla como ametralladora, de teorías educativas, de lemas del Niño de la Esperanza, de reflexiones religiosas. Es un ser lleno de cariño y de energía para dar. Observo la transformación que el Niño de La Esperanza ha traído no sólo a los niños del colegio, sino a los propios hijos de Marta, que absorben el caudal de enseñanzas que fluye de ella sin que se dé cuenta. Me habla de las muchas envidias de su gremio, de las suspicacias que despierta su trabajo entre quienes tienen más preparación teórica o académica que ella o quienes han desarrollado proyectos con mayor sustento científico pero menos éxito entre los niños. Me habla también de libertad, de amplitud de miras y de espíritu, de tolerancia, y sobre todo de esperanza. Esas envidias con las que lucha día tras día escudada en su Niño de la Esperanza la afectan, pero no la tocan. Indudablemente Marta es un ser libre, una gaviota que vuela sobre la bahía.



Alejandra Barrero

Es una adolescente de trece años nacida en Bucaramanga. Vive en Santa Marta porque antes de que sus padres se separaran, su papá estaba destacado como policía en esta ciudad. Ahora está destinado a un pueblo del páramo entre Boyacá y Santander. Alejandra no lo ve sino cada seis meses, cuando tiene vacaciones y el dinero para viajar hasta donde él está de servicio. Allá lo espera durante las horas muertas de las guardias, y los días y las semanas antes de los permisos, para tener un poco de papá antes de acabar de crecer. Mientras cuenta todo eso, debajo de un árbol de pivijay en el patio del recreo, se le van llenando los ojos de lágrimas poco a poco. Alejandra es una niña extremadamente escéptica, desencantada de la vida. Sufre mucho por la ausencia de su padre, y se consiente el sufrimiento. Le hago ver que ella tiene su padre en buena salud; lo puede llamar por teléfono, verlo de vez en cuando, quererlo, sentir su amor, así sea en la distancia. Antes de acabar la frase otra niña de doce años, Estefany Paola Restrepo, me cuenta que su padre quedó inválido a los 25 años por el estallido de una granada, cuando Estefany aún estaba en el vientre de su mamá. El agente Néstor Restrepo es ahora, a los 38 panadero. Maneja sus hornos, sus bultos de harina, sus bandejas, sus vitrinas y hasta sus ventas desde su silla de ruedas, solo, sin más ayuda que la de su hija cuando llega del colegio. Y aunque padre y madre viven en la misma casa, cada uno en un piso, desde hace muchos años no son ya pareja.

Al grupo se une Alexa Morales, una joven morena y hermosa, alegre como una castañuela, que me muestra su cuaderno de educación física, con todos los apuntes de clase que les dicta Marta Pinzón, y una sección especial dedicada al Niño de la Esperanza. Al lado de los calcetines de la humildad, pegados delicadamente al cuaderno con escarcha de colores y colbón, está la foto de un Policía de Carreteras con su gran moto, elegante en su camisa verde clara y sus botas, con sus gafas oscuras y su sonrisa de agente de película. “Es mi papá”; dice. “Dónde está”, le pregunto. “Está muerto. Se mató en la moto hace dos meses”, me dice. Antes de que pueda pestañear, estoy llorando y todas las niñas conmigo. Es un llanto quedo, como resignado. Cuando pasa, les pregunto qué sienten por el Niño de la Esperanza.

“Lo amamos”, me dice con una sonrisa húmeda Alejandra.

Etnoeducación en Guainía

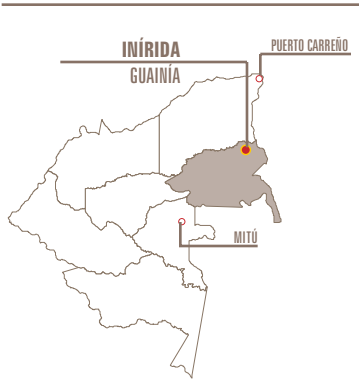
La maloca del arte



Una artesana de la comunidad indígena de Coco Viejo le mostró a Claudia cómo trabajar la cerámica para enseñarla a sus alumnos.

La profesora Claudia Chequemarca concluyó un día que no tenía sentido que sus estudiantes siguieran coloreando aviones supersónicos. “A mí para qué me interesa que el niño sepa dibujar un edificio si aquí no hay edificios”. Y entonces decidió que, en adelante, iban a tejer en chiquichiqui y a moldear en barro.

* El significado de los términos en curripaco puede consultarse en la página 108.



INÍRIDA, GUAINÍA

Capital del departamento del Guainía, con 30 mil habitantes aproximadamente, más cierta población fluctuante por actividades militares y comerciales. Su base económica principal es el comercio (la mayoría informal: ventas de comidas, mercancía pequeña y mototaxis), agricultura en conucos (parcelas), pesca artesanal y ornamental, siembra y raspado de la hoja de coca. Tiene problemas de desempleo, siembra de coca, presencia de guerrilla, conflictos étnicos y actividades económicas ilegales (explotación de oro, comercio informal, contrabando de combustible). Tiene cinco colegios oficiales.

COLEGIO LOS LIBERTADORES

Establecimiento público departamental (hasta grado 9º) con 570 alumnos. Los estratos predominantes de sus alumnos son 1 y 2, con mucha población indígena.

COMPETENCIAS

Grados: 4º-5º. Grupo: Pluralidad, identidad y valoración de las diferencias. Tipo de competencia: cognitiva. Estándar de competencia básica: "Identifico mi origen cultural y reconozco y respeto las semejanzas y diferencias con el origen cultural de otra gente".

Xiomara deposita el verde profundo de sus ojos adolescentes en la cortina que está tejiendo con bambú, seje y manaca. Sus labios le siguen el ritmo a la música que viene de una grabadora, al otro lado de la maloca, donde Christian raspa con paciencia el fondo de una vasija de barro, buscando la esbeltez exacta de la cerámica curripaca. Otros niños y niñas, de todos los tamaños, todos sin zapatos, están sentados en el suelo, tejiendo, bruñendo, pintando, soñando. La hora del recreo se agota, así que Xiomara piensa volver en la tarde, después de clases. "Me gusta la artística, me fascina, es relajante. Dejo de ir a divertirme con mis amigos por venir a terminar esta cortina".

El sitio se ha convertido en el espacio preferido de los estudiantes, porque desde este año es el salón de artes y el epicentro del proyecto artístico, étnico y ambiental "Al rescate de nuestra cultura", a través del cual los estudiantes del colegio Los Libertadores le han encontrado nuevos sentidos al aprendizaje, a la vez que recuperan los valores y las tradiciones de etnias como la curripaca, la puinave, la piapoca, la guahíba y la cubea, a las que pertenece buena parte de los escolares, como Lily Andrea. "Es muy importante conocer nuestra cultura indígena. No se nos puede olvidar y nadie nos la puede quitar".

Seje, mañoco y lengua

Briceño Garrido, de nueve años, explica en curripaco por qué le gusta venir al aula de preescolar, anexa al colegio, en la comunidad indígena de Guamal, a pocos kilómetros del casco urbano. Un estudiante de noveno traduce al castellano. Sus compañeros colonos atienden extasiados. Nada parecido a lo que sucedía hace ocho años cuando se abrió el colegio y los niños venidos de las comunidades del río, de las riberas del Inírida, el Guainía, el Guaviare o el Isana, se avergonzaban porque el profesor Efraín Bautista los saludaba en su dialecto. Otros ni siquiera reconocían que eran indígenas.

Con juegos, dramatizaciones y teatro, les enseñó sus propias lenguas y empezó a devolverles el amor por su cultura, un proceso que continuó después el profesor Romelio Valencia. Él les ha mostrado la importancia de los resguardos y la legislación indígena, les ha enseñado danzas y costumbres milenarias, los ha puesto a experimentar con la medicina ancestral y a elaborar instrumentos musicales pero, sobre todo, les ha enseñado a sentirse orgullosos de ser indígenas y cabucos (mestizos).

La rectora del colegio, Luz Janeth Cárdenas, tiene un balance muy satisfactorio. "Los niños indígenas de nuestro colegio se

sienten valiosos, se sienten importantes. Esa vergüenza étnica que tenían hace ocho o diez años, ya no la tienen. Y se ha logrado cambiar la agresividad que había hace unos años”.

Como era necesario proyectar el trabajo a la sociedad, el colegio creó el Festival Etnocultural, que reúne cada 12 de octubre a las comunidades indígenas y colonas del departamento, con participación de los colegios de Inírida y algunos niños venidos de los internados del río y de la población venezolana San Fernando de Atabapo. Allí es posible saborear un moqueado curripaco y uno puinave, comparar el duro casabe guainiano con el almidonado del Vaupés, tomar

chichas de seje, manaca o chontaduro y apreciar cerámicas y cesterías de todas las etnias. Las colegialas participan en el reinado etnocultural, que es ganado por la que demuestre saber más de medicina tradicional y juegos autóctonos, tirar con cerbatana, danzar y tocar algún instrumento musical indígena y, claro, hablar en lengua.

Hora de cumare y deekai

La profesora Claudia Chequemarca Pedroza se las ha arreglado para hacer tarjetas, bordar camisetas, fabricar elementos para recreación, elaborar muñecos de icopor y dictar cursos de plastilina, aprendiendo por sí

misma y de los libros, cuando la docencia le ha sido insuficiente. Por sus habilidades, su preparación y su iniciativa, este año la rectora Luz Janeth le propuso que se hiciera cargo del área de educación artística.

Esta hija de paisa y cabuco, egresada de la normal de Envigado y licenciada en Educación de la Javeriana, evocó sus tiempos de maestra principiante en los internados de San José y El Remanso, a muchas horas de Puerto Inírida, por el río Guainía. Recordó sus noches y días a

Romelio Valencia, curripaco, es el profesor de etnoeducación del colegio Los Libertadores



punta de mañoco, casabe y yucuta. Le pareció ver a las mujeres apretando el sebucán para extraer hasta la última gota de veneno de la yuca brava y recordó cómo las manos expertas amasaban el deekai para moldear el puali y el parrato. Concluyó que sus estudiantes no sólo debían dibujar planchas. “Tenemos que rescatar algo mucho más valioso, que es nuestra etnia, nuestra cultura, nuestra identidad”. Y entonces decidió que en adelante también iban a tejer en chiquichiqui, a elaborar collares, a moldear en barro y a trabajar con papel reciclado.

Para acercarlos al tema, los puso a elaborar collares, manillas y aretes con cuanto material encontraron en sus casas. Luego se fue donde el profesor Romelio y con él diseñaron el segundo paso: hacer lo mismo pero con materiales autóctonos que venían conociendo en la clase de etnoeducación.

Trabajar la cerámica era otro reto desconocido para Claudia, pero no para María Dasilva, artesana de la comunidad indígena de Coco Viejo. La insistente profesora convenció a María de que le enseñara los pasos básicos del trabajo con barro y fibra. Y hasta logró que por una sola vez fuera al colegio a mostrarles el oficio. Cada estudiante aprendió el proceso y lo dibujó en un afiche, otros

consignaron todo sobre la cerámica en un trabajo escrito.

Hare waicao

Andrea, la niña blanca de piel de ángel, Jessica, la personera mestiza, y Lady, curripaca de sonrisa eterna, están nerviosas. El profesor Romelio llega, saluda en curripaco, “Hare waicao”, y revisa los trajes con los cuales van a interpretar una danza indígena. Trajes de corteza como los que han hecho para los reinados del bambuco, del folclor y de Cartagena.

Recuerda que se crio en el pueblo y que sólo vino a descubrir su lengua ya adulto, cuando su oficio de docente lo llevó al internado de Punta Tigre, a tres días por el Isana, en la frontera con Vaupés y Brasil. Los niños no le entendían en español. “Yo dije, he perdido mi identidad, y me puse a practicar y practicar y en un mes ya me hacía entender”. Allí aprendió también a comer mico y cascaradura y a fabricar artesanías.

Durante los últimos años les ha enseñado a sus alumnos indígenas a sentirse orgullosos de hablar en sus lenguas, y a los muchachos colonos a respetarlas. También les ha revelado las cantidades y modos exactos para que sean una delicia el seje, el mingao y el ajicero. Y les ha mostrado cómo tejer la fibra,

“Aquí es difícil que un niño traiga una caja de plastilina, porque son muy pobres. Entonces qué hacemos, rescatamos la cerámica y trabajamos con el barro”.

producir tinturas y trabajar las cortezas de los árboles. Estas enseñanzas se articulan ahora al trabajo artesanal, para que los estudiantes entiendan el sentido de lo que están haciendo, el origen, la utilidad y el valor cultural de los objetos que fabrican.

Guainía: tierra de muchas aguas

La profesora Anny Mary Gaitskell está parada frente a la maíloca. Sus manos anglosajonas agregan pétalos de flores extrañas a la mezcla de agua y papel licuado. Decenas de ojos infantiles están puestos sobre la ponchera. Al fin, ella los autoriza y uno a uno van pasando por el bastidor a fabricar su hojita de papel reciclado. El trabajo, que es de artes, está siendo elaborado en la clase de ambiental. Por eso, cuando la campana suena, no importa; la tarea seguirá con la profesora Claudia.

Hacer artesanías con barro, semillas, fibra y papel reciclado



En el plan de trabajo del proyecto de educación artística los alumnos de 9° tejen en chiquichiqui y otros materiales

conllevaba preguntarse por la relación entre los niños y su medio ambiente, por el valor estratégico y el futuro de esta región selvática que es una de las mayores reservas de agua y recursos naturales del planeta. Así que muy pronto las profesoras de arte y ambiental se encontraron trabajando juntas.

Anny heredó el alma aventurera de sus abuelos ingleses, que huyeron a Colombia para vivir en paz su historia de amor. Ella *huyó* de Bogotá, estudió en Villavicencio y trabajó en proyectos ambientales en el Meta, antes de aterrizar en Inírida, donde descubrió su vocación pedagógica y

se enamoró de la región y de un puinave, con el que tiene una hija. Ahora, siente que educar valorando lo indígena no es sólo una alternativa, sino una obligación. “Yo aprendí que ellos tienen cosas muy buenas y que vale la pena rescatar sus ancestros”.

Waka wa lee

En la clase de sociales los estudiantes aprenden que no sólo los egipcios hicieron pirámides, también los mayas y los aztecas. Para comprenderlo, hacen la réplica de una pirámide con el mismo barro que moldean en la clase de artes. Otros niños uti-

lizan el barro y las semillas nativas para elaborar mapas de todas las regiones del mundo, utensilios de civilizaciones remotas y cuadros que imitan el Renacimiento o el Barroco.

Esta inusual forma de aprender sociales se debe al entusiasmo con el que la profesora Celmira Padrón se ha sumado al proyecto transversal de etnoeducación. Se crio en la comunidad del Cocco, con profesores colonos, pero su madre brasileña la arrullaba con canciones y mitos yerales y su padre, médico indígena, se aseguró de transmitirle el saber curripaco. “Fui preparada para ser una curripaca y me siento muy bien con mi cultura”.

Ella desarrolló desde muy niña una gran pasión por la lectura, la escritura y la transmisión de conocimientos. Por eso se hizo normalista y licenciada en Ciencias Sociales y se fue a enseñar por toda la ribera del río Guainía, en San José, en El Remanso, en Chorro Bocón, antes de volver al Cocco y a Inírida. Ha participado en la escritura de cartillas en curripaco, como *Waka wa lee* (Vamos a leer), la traducción de la Constitución a esta lengua y la sistematización del alfabeto y la cartografía curripaca.



Etnoeducación innovadora

Los niños pequeños de Los Libertadores no tienen libros para leer, pero los jóvenes de grado noveno están recopilando los mitos, leyendas e historias de la tradición indígena en la clase de artística. Los transcriben en hojas de papel reciclado, los ilustran y los empastan con cortezas de árbol. Así, los pequeños pueden iniciarse en la lectura conociendo sus propias tradiciones. Con la misma técnica hicieron una versión ilustrada de la Constitución.

Mirando esta proeza, la directora Luz Janeth no puede evitar una lágrima de emoción. Recuerda sus días de docente en el internado de Punta Tigre, donde conoció esos mitos y leyendas, que en la selva son realidades. Allí también supo lo que era llevar un hijo en el vientre y empezar a pensar en la forma de hacerlo feliz, como quiere que sean sus estudiantes.

Su iniciativa, su gestión y el apoyo permanente a sus docentes han sido claves para ir conformando un equipo que hace un trabajo transversal, con horarios, objetivos, instrumentos y planes complementarios. Está convencida de que así el colegio realmente les aporta aprendizajes significativos a los estudiantes. Claudia y los otros profesores comparten la visión. “Al hacer unos móviles, trabajamos

materiales del medio y tradiciones indígenas, entonces tiene que ver con etnoeducación. Las semillas las tenemos que extraer con suma responsabilidad, para no lesionar el medio ambiente, eso es Ambiental. Y los niños tienen que conocer dónde se producen esas semillas, quiénes las siembran, cómo viven esas personas, eso es Sociales”.

Museo y microindustria

Una idea que anima a los profesores y a la rectora Luz Janeth, es que las artesanías producidas por los niños puedan ser comercializadas y exhibidas en el museo que ya iniciaron y que será un sitio turístico de Inírida. “Ellos querían trabajar en la calle vendiendo alimentos y en otras actividades informales, para obtener algunos ingresos y comprar su ropa, su refrigerio. Entonces vimos la necesidad de inculcarles un pensamiento productivo y empresarial”.

Este año, paralelo al Festival Etnocultural, se realizó la primera feria microempresarial, para vender productos artesanales y comidas típicas elaborados por los escolares. Además, están produciendo tarjetas de navidad, agendas, cerámicas y bisutería con la intención de vender tanto en Inírida como en la feria artesanal de Bogotá, para que los niños tengan algo de dinero para su navidad.

Sin embargo, será necesario reinvertir parte de las utilidades en el proyecto, porque se está trabajando con herramientas prestadas por los profesores y el celador del colegio, no se cuenta con un horno apropiado y necesitan recursos. Efraín Bautista, ahora secretario de Educación del departamento, está a la expectativa. “Queremos que se haga un proyecto como tal, con un valor anual a invertir, y con eso podamos montar una pequeña empresa dentro de la institución”.

La microempresa es una alternativa riesgosa, pero Anny no le teme. “No me da miedo que los niños crean que pueden ser artesanos de profesión. La idea es que se capaciten pero no para buscar empleo, sino para ser generadores de empleo”. Celmira está de acuerdo. “Lo importante es que sepan qué es producir, qué es vender, qué es sostenerse: los valores, pero no descartando que se pueda comercializar”. Claudia es consciente de que apenas están empezando. “Estamos gestionando el apoyo del Fondo Mixto de Cultura, la Cooperativa de Trabajadores de Guainía y Artesanías de Colombia porque hay que pulir los productos y necesitamos ayuda para tecnificarnos y poder llegar a un mercado nacional o internacional”.

En Galapa, Atlántico

El efecto del afecto



Un experimento pedagógico alrededor del afecto y de la excelencia académica revive un colegio condenado por la violencia a la desaparición.

Sobre las baldosas teñidas de tiza de colores un grupo de niñas juega a la peregrina, que es como se conoce en el Caribe a la rayuela o golosa. Detrás de ellos, la flor de la cayena adorna el mural de los valores que preside el patio del colegio. Más allá, unas madres de familia empleadas por el colegio traba-

jan en la cocina y un grupo de alumnos en el salón de informática se capacitan para administrar más tarde negocios de artesanías para el Carnaval, o de reciclaje de papel, o de gestión agropecuaria.

Son alumnos del Colegio Departamental María Auxiliadora,

de Galapa, Atlántico, donde hasta hace apenas dos años el conflicto entre alumnos y entre docentes era de un nivel tal que la salida más sencilla era cerrar y refundar el colegio.

Galapa es un municipio satélite de Barranquilla donde reside una población flotante de trabajadores y de gente muy humilde que todos los días viaja a la zona industrial de la ciudad.

A pesar del fenómeno de la población flotante, en Galapa hay gran arraigo popular. De Galapa se dice que llegaron los primeros pobladores a Barranquilla a mediados del siglo XIX. De la vereda de Paluato, en Galapa, eran oriundos los indígenas mokaaná, los primeros pobladores de esta zona. Aquí quedan huellas culturales, arqueológicas y genéticas de su presencia. De hecho, muchas de las máscaras y de los sincretismos fantásticos que viven en el carnaval de Barranquilla se fabrican aquí, en Galapa. Pero en Galapa no hay una tradición agrícola porque

está ubicada en un microclima donde casi no llueve. Entonces toda la población tiene que trabajar en el vecino sector industrial de Barranquilla o buscar el sustento en la informalidad.

Una población tan voluminosa, de unos 35 mil habitantes y tan cercana a una gran capital, con un índice alto de marginalidad y pobreza, puede significar en términos de educación sólo una cosa: problemas. Los jóvenes galaperos oscilan entre el tambor tribal del *hip hop*, la pandilla y la dura realidad de sus familias. Sin embargo, estos jóvenes se están educando hoy entre el respeto a los derechos humanos, la solidaridad, la convivencia y el progreso a través de la técnica.

Las cosas no eran así en 2001. Los enfrentamientos entre pandillas, los robos y pequeños delitos, la violencia entre los mismos estudiantes y contra los profesores, habían hecho del colegio una institución inviable. Un estudiante consiguió una granada de gases lacrimógenos

y la hizo explotar en plena clase, afectando seriamente a sus compañeros. Dos muchachos de noveno, mal aconsejados por un delincuente adulto, penetraron la sede de la alcaldía y trataron de robarse los equipos de amplificación del municipio. Una fusión entre dos colegios cooperativos, uno de primaria y el otro de bachillerato, hecha hacia 1997 y de la cual nació el actual colegio, generó también una honda división entre el personal docente: se podría decir que había dos bandos irreconciliables y cualquier plan que uno de ellos quisiera trazar en lo académico o en lo administrativo, era irremediamente bombardeado por el otro.

La rectoría de entonces, con un estilo de gestión vertical y poco negociador, no era tolerante con ninguna de las partes sino que actuaba a punta de autoritarismo, siendo desconocida de plano por los alumnos y por los bandos de docentes. El resultado de todo esto fue un rechazo de la comunidad hacia el cole-



GALAPA, ATLÁNTICO

Municipio situado a unos 20 kilómetros hacia el suroccidente de Barranquilla. Sus actividades económicas son la agricultura y la ganadería. Muchos de sus habitantes derivan su sustento de la economía informal, la artesanía y el trabajo de obreros y oficinistas en Barranquilla. Debe su nombre al cacique galapa que dominaba los caseríos indios. Su población (1993), es de 16.873 habitantes.

COMPETENCIAS

Grados: 6°-7°. Grupo: Convivencia y paz, tipo de competencia: integradora. Estándar de competencia básica: "Comprendo la importancia de brindar apoyo a la gente que está en una situación difícil."

Grados: 6°-7°. Grupo: Pluralidad, identidad y valoración de las diferencias. Tipo de competencia: conocimiento. Estándar de competencia básica: "Reconozco que los derechos se basan en la igualdad de los seres humanos, aunque cada uno sea, se exprese y viva de manera diferente."



gio: los padres no matriculaban a sus niños o los llevaban a colegios de Barranquilla.

La única solución a la vista era cerrar el colegio tal como estaba concebido y volverlo a fundar, y hacia allá iba la secretaria de Educación del Atlántico, cuando un pequeño grupo de docentes conspiradores, liderados por la normalista Yadith Carrillo, propuso el nombre de Carmen de Manotas para la rectoría y así reorientar la institución.

Carmen venía de dirigir durante largos años otro colegio, el Francisco de Paula Santander, y el reto de enderezar el colegio de Galapa, aunque difícil, no le quedaba grande, gracias a su formación humanista y su inclinación hacia la tolerancia, el respeto por las diferencias, la solidaridad y la escucha. Ese fue el estilo con el que llegó a la rectoría, y se ha visto reflejado por la aceptación del colegio entre la comunidad: de 600 alumnos que había matriculados en 2001 se ha pasado en tres años a 2.670, en tres jornadas y cuatro sedes.

Los problemas de pandillismo, drogadicción, violencia y pequeña delincuencia han desaparecido o se han reducido a niveles

mínimos. Y el colegio lidera un plan educativo que ha tenido efectos de cohesión y de sentido de pertenencia entre la comunidad de padres de familia de Galapa: “el efecto del afecto”.

Alianza por el afecto

Este plan, liderado por Carmen de Manotas y por Yadith Castillo opera en tres frentes: uno, el trabajo en valores y derechos humanos con alumnos y padres de familia –a través de talleres y de las escuelas de padres–, cuyo objetivo es mejorar las competencias ciudadanas de los niños y sus familias para su futura vida en comunidad. El segundo, un trabajo de mejora en competencia lectora, un área poco atendida anteriormente,

con la conciencia de que entre más actividad de lectura tenga una persona, logra mejor capacidad de formulación de juicios morales. Y el tercero, un trabajo de educación en materia de medio ambiente y gestión social, con miras a crear una conciencia colectiva de autosostenibilidad y conservación de recursos en el futuro cercano.

Para alcanzar objetivos tan altos pero al mismo tiempo tan ideales y de alguna manera tan elusivos, Carmen de Manotas buscó el apoyo de la empresa privada y de entidades de punta en investigación educativa. Así, logró vincular financieramente el proyecto a una empresa privada del sector energético de la Costa, Promigás, y al Instituto Alberto Merani, de Bogot



Carmen de Manotas y sus alumnos. Las inscripciones subieron de 600 a más de 2600 desde su llegada a la institución.



tá, entidad de investigación y educación para niños excepcionales, que le proporciona el apoyo pedagógico y científico en el desarrollo de sus programas de educación.

Promigás no solo financia la intervención del Merani, sino que sus propios asesores han desarrollado uno de los programas de promoción de valores del colegio, bajo la coordinación de la secretaría de educación del Atlántico. Así mismo, adelanta una política institucional de apoyo a otros colegios de la Costa también en valores humanos y fomenta el interés de los futuros bachilleres en la agroindustria.

Víctor Rojas, el alcalde de Galapa, es también uno de los entusiastas del programa y está gestionando recursos en esa misma perspectiva.

Es que se trata de una comunidad muy deprimida, en donde parte de los niños muchas veces llega al colegio sin haber desayunado, y en donde las familias a veces no pueden cubrir la cuota de \$5.000 mensuales que pide el colegio por alumno. Se han vinculado entonces otras entidades como Almacenes Ley, que está desarrollando un programa de desayunos, y la alcaldía de Galapa, que facilitará fondos para la mejora de las instalaciones físicas, la capacitación de los docentes y la dotación de materiales, porque ha visto cómo a través de las mejoras en la calidad del colegio se consigue una notoria elevación de la calidad de vida de la comunidad. El “efecto del afecto” se ha sentido en una disminución de los niveles de violencia intrafamiliar y en un desarrollo de la conciencia de las familias hacia el municipio y sus raíces en él.

Los logros abundan

La meta inicial en esta transformación era cambiar el clima escolar: lograr una mejora en el ambiente y en las relaciones. Para medir esto se ha desarrollado un programa de monitoreo de la convivencia –que consiste en el seguimiento y medición de la ocurrencia de conflictos en el plantel–, a través de los profesores escolares, sus representantes estudiantiles y sus comités de mediación de conflictos. Además se ha incrementado el rendimiento académico mediante programas de aceleración del aprendizaje asesorados por el Instituto Merani desde Bogotá. Programas de educación para padres de familia, programas para romper la apatía de los estudiantes y lograr actitudes proactivas frente a la capacitación y la convivencia, programas de prevención de alcoholismo y de ejercicio de una sexualidad sana son liderados por la rectoría del colegio para lograr de sus alumnos unos ciudadanos productivos, formadores de familia y preservadores del medio ambiente.

La vinculación con un instituto como el Merani ha sido de capital importancia porque es un símbolo de la necesidad de cerrar la brecha social de oportunidades educativas en Colombia. El Merani –que busca transferir su esquema de aceleración del aprendizaje a distintos niveles

sociales— pone a disposición de un colegio popular como el de Galapa las herramientas pedagógicas desarrolladas en 20 años de investigación en educación alternativa y, a su vez, tiene la oportunidad de buscar niños excepcionales en estratos a donde antes no llegaba.

Además, el colegio tiene otras sedes. Tiene una sección de trabajo con niños y adolescentes especiales, que presentan algún grado de retardo mental. Tiene secciones de preescolar y primaria en las veredas de Paluato y de Ojo de Agua, donde se está adecuando como parque ecológico educativo para los niños una pequeña reserva vegetal conservada por el municipio al lado de un antiguo nacimiento de agua a donde tradicionalmente venían los galaperos a proveerse antes de la llegada del acueducto. Allí pasa su última etapa

como docente, entregada a los niños más pequeños y también los más pobres, María Aragón, una profesora boyacense que lleva 42 años de trabajo en las zonas bajas del río Magdalena.

Ejemplos

De regreso de mi paseo por las veredas indígenas de Galapa conozco a Uriel, el muchacho que penetró a la alcaldía de Galapa para robarse los equipos de ampliación del municipio. Esquivó una condena por robo gracias a su condición de menor de edad, pero el colegio no lo botó, ni lo discriminó, ni lo maltrató. Lo resocializó dentro de su misma estructura. Hoy, Uriel habla con tranquilidad de lo que hizo, de cómo lo hizo y de por qué lo hizo. Tiene absoluta conciencia frente a lo que le sucedió y está tranquilo. Capitalizó su expe-

riencia como enseñanza para su futuro. “Me sentía como en la película *Matrix*”, dice. “Una realidad paralela, un universo que parecía irreal. El universo del billete fácil”.

A su lado está Candy Pacheco, una mulata alta, de 19 años, que está terminando 11° y es la representante estudiantil ante las directivas del colegio. Candy es una niña de una familia extremadamente pobre, que permanece unida frente a las dificultades. Se expresa con absoluta pulcritud y elegancia en el idioma. A partir de su propia experiencia familiar, me da algunos consejos sobre cómo ser mejor padre: estar ahí, ser siempre un apoyo incondicional para los hijos; de la cantidad de tiempo se desprende la calidad. Me cuenta que después del colegio trabaja en un restaurante como mesera hasta las ocho de la noche. Luego estudia, y duerme unas cuantas horas antes de regresar al colegio a las 6:30 de la mañana. Es la primera alumna de su clase. Su rendimiento académico es excepcional y tiene claro que trabajando podrá pagarse su carrera universitaria como ingeniera de sistemas.

Ella será una de las analistas del saber humano con las que sueña formar el Instituto Merani desde su torre de marfil en Bogotá: uno de los personajes claves del futuro de Colombia.



En Pasto

El Principito

contra el mundo



Pese a las largas jornadas de trabajo, Judy y Madame siempre están de buen ánimo, dispuestas a aprender más.

En este colegio los profesores no son profesores, son compañeros de viaje y verdaderos amigos de sus alumnos, más de la mitad de los cuales estudian becados y, junto con sus compañeros, consideran la jornada escolar lo mejor de su día, y de sus vidas. Allí los estudiantes de muy distinto origen social, étnico y económico aprenden a enriquecerse con la perspectiva y la historia personal de cada uno. Esto lo logran profesores que crean un clima de confianza y de escucha atenta y lo transmiten con su ejemplo a los estudiantes.

En El Principito todo funciona en sentido contrario. Las diferencias sociales, económicas y raciales han desaparecido. Aunque es un colegio, no hay profesores sino personas que miran en una misma dirección, y sus discípulos –que provienen en buena parte de barrios marginales violentos– han sucumbido al afecto. Tampoco hay un rector, porque la dirección es compartida; se estudia lo que los alumnos desean y necesitan; no se habla de colegio sino de «viaje» y todos, maestros y discípulos, dividen sus vidas en antes y después de El Principito.

El resultado de semejante concepto de la educación es igualmente estrambótico: los 250 niños y adolescentes que llenan cada día los salones de El Principito ven con pavor las vacaciones, trabajan solos o en grupo con absoluta responsabilidad, se afanan por colaborar, consideran el colegio la mejor parte de sus días, se desesperan por aprender y encuentran tan normal que sus maestros lleguen a visitarlos a la casa como que les suelten de repente un abrazo apretado.

¿Qué está pasando? se preguntaron hace ya diez o doce años los supervisores de la Secretaría de Educación del municipio cuando evaluaron el colegio. Su conclusión fue que no cumplía las normas vigentes y por tanto no fue aprobado. Pero con la

aprobación de la Ley General de Educación, en 1994, la propuesta pedagógica del colegio fue acogida oficialmente.

Pese a su avanzado modelo pedagógico, los conceptos y la historia de El Principito datan de hace treinta años. Pero ahora esas tres décadas de esfuerzos están a punto de irse a pique, de desaparecer. Si ocurre, no sólo se perderá un plantel educativo más, sino que habrá finalizado uno de los aportes pedagógicos más originales e importantes de Nariño, al que deben un futuro distinto cientos de hombres y mujeres. El problema es que a partir del año anterior el gobierno municipal, por problemas presupuestales, redujo a la mitad el aporte que hace al colegio por atender población vulnerable y El Principito comenzó a naufragar; el número de becarios –que supera con creces al de los que pagan pensión– y la falta de sede propia se convirtieron en un grave lastre.

Volver, siempre volver

Yolanda Pantoja ya no asiste a clases en El Principito. Al no ser aprobados décimo y once por falta de recursos debió retirarse y ahora estudia en otro instituto, pero le resulta tan difícil desprenderse de su colegio, que al menos un par de veces al mes regresa de visita. Y no es la única, en realidad hace parte de un



▶▶ PASTO, NARIÑO

La capital del departamento de Nariño se acerca al medio millón de habitantes.

Situada al pie del volcán Galeras, en el frío y fértil valle de Atriz, funciona como centro comercial y de distribución de mercancías de primer orden para la región agrícola circundante, y mantiene también un importante comercio con el vecino país de Ecuador.

COLEGIO EL PRINCIPITO

Fundado hace treinta años. Tiene 275 alumnos y doce maestros. Atiende niños y niñas de transición hasta 9º grado.

COMPETENCIAS

Grados: 1º-3º. Grupo: Pluralidad, identidad y valoración de las diferencias. Estándar de competencia ciudadana: "Identifico y respeto las diferencias y semejanzas entre los demás y yo, y rechazo situaciones de exclusión o discriminación en mi familia, con mis amigos y en mi salón."



Uno de los grandes logros de El Principito consiste en haber hecho del juego su mejor vehículo de aprendizaje.

grupo de veinte muchachos y muchachas que siguen sin hacerse a la idea de que no regresarán nunca más a El Principito. Hay una especie de mutilación en el hecho de que ellos no se gradúen en “su colegio”. Ella cree que cada vez lo acepta mejor, aunque “ellos no”, dice mirando a los muchachos que conversan con Pacho, un joven profesor, veterano del colegio.

Yolanda no pasa necesidades, no corresponde a ese grupo que aparte del almuerzo en el colegio no prueba bocado. No, ella simplemente llegó porque a su mamá se le ocurrió que ese era el lugar adecuado después de un año de receso voluntario. El viento que despeina su pelo ne-

gro hace flamear la chaqueta de lycra. Excepto por unos toques rosados en las mejillas, como resultado del solazo del mediodía, es blanca como una porcelana. Recuerda. El primer día, antes de ingresar, se detuvo a contemplar el que iba a ser por lo menos durante los próximos diez meses su colegio, y no le gustó nada. “Lo miré de afuera y dije: No, no, no me gusta. Me quería regresar, pero, pues, decidí entrar, y ese primer día me gustó mucho. Al otro día ya quería volver rapidito. Es que los profesores se vuelven tus amigos; bueno, realmente no debería utilizar la palabra profesor. Ellos te dan la confianza para que te sientas bien. Les importa lo que sientes y lo que piensas, no es solo enseñar así y ya. Se interesan por ti, y eso es algo muy satisfactorio. A cualquier persona le agrada que alguien, aparte de la familia, se preocupe por uno”.

Una sorprendente reserva de alegría

Para Judy y Madame, El Principito en cambio fue como un regalo caído del cielo. Justo cuando su mamá no podía seguirles pagando la escuela, se enteró de que en un colegio estaban regalando becas. Era un milagro, y aun lo sigue siendo diariamente. De eso hace cuatro años de constante crecimiento y que quizá representen el hecho más importante de sus existencias, que no son en absoluto fáciles. Viven fuera de Pasto, y aunque de madrugada el frío cala hasta los huesos, Madame y Judy están bajo el agua helada a las cinco en punto. Media hora después llegan a la carretera con su madre, y a las siete se hallan a las puertas de El Principito, siempre sonrientes, contentas de otro nuevo día de colegio. Después de clases, a la una y media, salen hacia la bodega, donde comienza su labor como recicladoras. Al llegar cambian las sudaderas por ropas de trabajo, mientras Judy y su mamá comienzan un recorrido en zorra por las canecas de los barrios, los supermercados y los centros comerciales de Pasto hasta las seis o siete de la tarde, Madame se queda seleccionando la prensa, la cartulina, el archivo (papel blanco) y el plástico.

Una vez descargan la zorra se cambian y regresan a su hogar, muchas veces sin haber almor-

zado. Agotadas, pero sabiendo que la jornada aún no termina, –por el camino hay que cortar pasto para darles de comer a los curíes– hacen un último esfuerzo, y mientras mamá prepara algo de comer ellas hacen tareas. Cerca de las once, por fin, a dormir, porque hay que madrugar. Los fines de semana también hay que ir a la ciudad a reciclar, el descanso no existe en su vocabulario. Sin embargo, es imposible encontrar en ellas rastros de amargura o resentimiento; al contrario, hay en cada una de sus sonrisas una sorprendente reserva de alegría que aflora fácilmente.

“Aquí nunca nos han discriminado –dice Judy, acodada en el pasto, con una vieja sudadera

roja vuelta al revés– Nosotros no hemos tenido problemas ni con los profesores ni con los niños por ser tan pobres. Aquí eso no importa, importa es quién es la persona”.

Sí, a nadie le interesa que reciclamos –la apoya Madame, que es rubia y rosada como su hermana, y se le parece tanto que invariablemente acaban por preguntarles si son gemelas. Los profesores son chéveres, ellos están preocupados por la vida de uno. Están pendientes de qué nos falta, de qué problemas tenemos. Siempre nos felicitan por ayudar a mi mamá”.

Esos profesores, a quienes sus discípulos llaman por el nombre, han hecho de la educación per-

sonalizada un credo. En realidad son una especie de compañeros de viaje de sus alumnos, ya que solo así se entiende que ellos mismos decidieran bajar sus sueldos hasta el salario mínimo, para evitar que El Principito fuera cerrado hace un año. Desde luego no todos resistieron, algunos tenían familias que mantener y debieron dejar el colegio, abrumados de tristeza, con un regusto amargo. Así, de un solo golpe, la nómina se redujo en ocho profesores.

Cristian Flórez Revelo, uno de ellos, es educado en este cole-

El reciclaje, siete días a la semana, es la alternativa de supervivencia para Judy y Madame.



gio; luego estudió artes plásticas, pero regresó años después, fascinado con la perspectiva de poder continuar el proyecto pedagógico que a él le había dado una oportunidad excepcional de ser alguien. Cristian es ahora su representante legal y parece dispuesto a dejar la piel en su supervivencia. No puede, nunca pudo, olvidar el día en que Aida Figueroa, una de las fundadoras y alma de este plantel sui generis, no sólo lo admitió pese a sus antecedentes de inconstancia y deserción, sino que lo acogió y le demostró cuánto valía. Por eso, dentro de los principios del colegio se lee esta definición de su trabajo. “Somos un equipo de profesionales de la educación que como única alternativa para el desarrollo del hombre del mañana y de su región elige la

calidad en el sentir, en el pensar, en el actuar y en el comunicar, como única vía para la realización coherente de un espacio de desarrollo humano abierto a todas las etapas de la infancia, de la niñez y de la juventud”.

Una de las cosas que más impresiona de El Principito es la continua explosión de alegría de los alumnos, sin discriminación de edad. Quizá eso se deba a que allí todo funciona de otra manera. Es quizá el único colegio que ha hecho el pésimo negocio de dejar las pensiones de jóvenes con recursos para convertirse en refugio de los abandonados por la fortuna, con los onerosos costos que ello implica. Se les da almuerzo a los que no tienen cómo pagarlo, (muchos de los padres de estos ni-

ños son vendedores ambulantes, porteros, celadores) no se exigen más que unos cuantos cuadernos y bolígrafos y los libros, lápices de colores, marcadores y témperas los pone el colegio.

El Principito basa su filosofía educativa en la bella historia escrita por Antoine de Saint Exupéry, porque ella “encierra una concepción esencial con relación a lo que es el niño: el eterno viajero, ser imaginativo y singular, con formas de pensar y de sentir que le son propias y que recorre los otros universos para aprehender la realidad y relacionarse a través del afecto con las personas, los seres y las cosas”.

Saint Exupéry, que fue piloto aéreo, desapareció en un vuelo sobre Francia durante la segunda guerra mundial, pero nos dejó un legado inmortal con su obra. Ahora, muy lejos de allí, en Pasto, El Principito agoniza, y un puñado de hombres y mujeres lucha para que reviva, porque su legado, como el de su inspirador, debe permanecer. De ello depende el destino de muchos niños para quienes ésta no sólo es la única, sino la última oportunidad.



De la supervivencia de El Principito dependerá en gran medida en el futuro de estos niños en la sociedad.

En colegios de Bogotá

Hacia una cultura legal.. y bacana

A comienzos de este año las olimpiadas del colegio distrital Agustín Fernández, en Bogotá, tuvieron que ser suspendidas después de una batalla campal que se inició en las canchas deportivas, se extendió a los patios, pasó por delante de los impotentes profesores, eludió a los celadores, atravesó la avenida Séptima, se dispersó en corrillos por el barrio y terminó en 'tablas' sólo cuando las sirenas de la Policía anunciaron que el combate se había convertido en un asunto de orden público.

Rudol Márquez es el motor del Currículo de la Legalidad en el Agustín Fernández.



No hubo muertos. No hubo heridos. Sólo gritos, ‘pata’ y puños. Sin embargo, semejante ‘tropel’ es una muestra lastimosa de la cruz que carga auestas el colegio. “Aquí la gente se agarra por cualquier maricada, hasta por un bobo como Luis Benítez*”, reconoce una estudiante de noveno grado.

La resaca de aquel combate olímpico, en los días siguientes, fue distinta a las de antes, porque un grupo cada vez más grande de estudiantes empieza a ver con otros ojos el tema de la convivencia y el respeto por las normas y las personas. Sus comentarios ya no fueron la alabanza al ‘trompadón’ que mandó el *Caraballo* o el regocijo por el ojo negro que “se tenía merecido” el ‘mechudo’ de décimo. En cambio, han empezado a hablar de lo ‘boleta’ que es pelearse y de la falta de inteligencia y conciencia de los adversarios frente a los daños que le pue-

den causar al otro, a su familia, al colegio y a sí mismos.

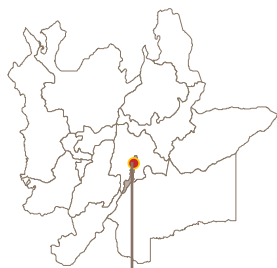
Dar y recibir

El motor de este cambio ha sido el profesor Rudol Márquez, un mediador convencido de la necesidad y la posibilidad de que centenares de niños y niñas de este colegio de la localidad de Usaquén, al nororiente de la ciudad, se alejen del filo de la navaja y exploren un futuro con menos riesgos. Como maestro de humanidades, pensaba que los sermones en clase y las suspensiones, aunque inevitables, no eran muy útiles para lograr un cambio significativo y sostenible en la cultura de ilegalidad y violencia de algunos de sus alumnos. Intentó imaginarlos en el futuro. Recorrió con escalofrío los riesgos que rondan a los jóvenes de estratos 1 y 2 en Bogotá. Entonces pensó que no podía quedarse tan tranquilo.

Aunque el manual de convivencia del colegio no había sido muy útil, fue allí donde encontró las alternativas. “Era un manual de principios, mas no de normas, entonces se generó un debate dentro de la institución sobre cómo cambiarlo para generar procesos de convivencia”. Le apostó a esta posibilidad y se puso al frente del grupo interinstitucional que se conformó para hacer la revisión del manual. El grupo logró hacer una propuesta interesante que, sin embargo, se quedó atorada en la telaraña administrativa y la fusión del colegio con otros dos.

Ley, moral y cultura

Mientras el colegio se dolía por la suerte de su manual, la Secretaría de Educación de Bogotá, bajo el gobierno de Antanas Mockus, pulía los términos de un convenio con el Centro Nacional de Información Estratégica.



BOGOTÁ
DISTRITO CAPITAL

BOGOTÁ, D. C.

La capital de Colombia tiene 6.823.337 habitantes y su base económica es diversa: industria, comercio y servicios de todo tipo. Su tasa de desempleo es de 18.2% y su cobertura educativa del 89.9%. Tiene 3.612 establecimientos educativos y 1.572.925 personas en edad escolar. La localidad de Usaquén tiene una población en edad escolar 101.140 niños y jóvenes y el 12,7% de este total es de estratos 1 y 2. Tiene 29 instituciones educativas oficiales y 236 no oficiales.



COLEGIO DISTRITAL AGUSTÍN FERNÁNDEZ

Institución educativa distrital (básica primaria y secundaria y media). Tiene tres sedes y cerca de 3 mil alumnos de estratos 1 y 2 principalmente. Sus familias tienen problemas de subempleo (informales) y desempleo.

COMPETENCIAS

Grados: 8°-9°. Grupo: Participación y responsabilidad democrática. Tipo de competencia: conocimientos: “Comprendo las características del Estado de Derecho y del Estado Social de Derecho y su importancia para garantizar los derechos ciudadanos”. Grados: 10°-11°. Grupo: Participación y responsabilidad democrática. Tipo de competencia: cognitiva, integradora. Estándar de competencia básica: “Análisis críticamente el sentido de las leyes y comprendo la importancia de cumplirlas, así no comparto algunas de ellas”.



El currículo de la legalidad le ha ayudado a María Alejandra Garzón a fortalecer la relación con su madre y su familia para salir adelante juntas.

gica (NSCI) de Washington para implementar en varios colegios públicos un programa denominado Currículo de la Cultura de la Legalidad, en el que también participaba Medellín. La experiencia había sido aplicada con éxito en Palermo, Italia, donde el alcalde Leoluca Orlando puso en marcha una estrategia para transformar la ciudad, permeada por la cultura mafiosa. También había sido implementada en otras ciudades golpeadas por la mafia, como Hong-Kong (China) y en Baja California (México).

Dos argumentos pusieron al Agustín Fernández en la lista de los nueve colegios escogidos. Por una parte, en la evaluación de competencias ciudadanas había figurado entre las instituciones con mayores problemas de convivencia; pero, a la vez, la reforma del manual de convivencia había sido registrada en la Secretaría como uno de los mejores esfuerzos distritales por darle un vuelco a la situación.

Los profesores seleccionados se capacitaron en Washington para conocer el contenido del currículo y manejar sus materiales de apoyo: la novela *El señor de las moscas*, de William Holding, y la película *Los buenos muchachos*, de



Martín Scorsese. Y tras una fase piloto de seis meses, en 2002, propusieron algunos ajustes al currículo, para adaptarlo a la realidad del país. Se vincularon, sobre todo, los derechos que consagra la Constitución de 1991 en aspectos como el de la diversidad étnica y cultural y los mecanismos de participación ciudadana. El proyecto arrancó en firme en 2003.

Clase y maestro chéveres

Para Juan Camilo Valencia, de noveno grado, “la clase es chévere y el profesor explica muy bien. Cada semana hacemos una mesa redonda y analizamos lo visto”. María Alejandra Garzón está de acuerdo: “Es super bacano porque nos incentivan los valores”. Miguel Camilo Barrios es más crítico. “Es chévere saber todas esas vainas sobre el Gobierno, para ver cómo es que nos controlan”.

Aunque hay un conjunto de aprendizajes organizados en sesenta capítulos y cuatro secciones, la idea no es que los estudiantes memoricen conocimientos. Se realizan mesas redondas, debates y videoforos, en los cuales se analizan el libro y la película. “El libro –dice Rudol– es propicio para trabajar sobre los valores del ser humano, la construcción de normas y las consecuencias que tiene romper esas normas en un grupo social”. La película, que es sobre el crimen organizado y la corrupción, permite dinamizar el debate sobre el respeto a la ley y los procesos de descomposición que genera su desconocimiento. Se hace una clase dinámica, combinando la parte teórica con una participación activa y sincera de los estudiantes. Al final, se les propone la realización de dramatizaciones sobre los problemas que viven en su vida cotidiana, en los que aplican técnicas de solución de

“Si uno no tiene reglas en la vida, la vida lo pisotea a uno. Y cuando uno quiere crecer, ya no puede, porque está en un círculo del que ya no puede salir”.

conflictos y debaten dilemas morales.

El maestro explica que el currículo se vinculó en los horarios del área de sociales de noveno grado, por la etapa de desarrollo moral en que están los estudiantes. “Son muchachos con un promedio de quince años. Y justamente las pruebas de competencias ciudadanas arrojan que en esa edad no tienen clara la parte de la normatividad y la ley. No han llegado a un desarrollo de la autonomía pero tampoco son absolutamente heterónomos”.

La idea es aprovechar ese momento de transición para fortalecer en los estudiantes los valores, con dos énfasis: la cultura de la legalidad, para prevenir en ellos la delincuencia y la corrupción, y el conocimiento y apropiación del Estado Social de Derecho, para desarrollar en ellos las competencias ciudadanas. Para lograrlo, el currículo empieza centrándose en los estudiantes como individuos con derechos y deberes, y explora su papel en la construcción de esas normas; luego los lleva a mirar cómo funciona la sociedad y

cuál es la importancia de que lo haga con normas; finalmente, les propone que conozcan el Estado, cómo funciona, cómo se relacionan los individuos con él, para qué sirven las leyes y por qué hay que respetarlas. “Lo que más me impresionó es que hay leyes que uno ni se imagina. Uno hace algo y cree que no está mal”, dice Gerson Guerrero, de 15 años, estudiante de décimo.

De lo dicho a lo hecho...

Hace algunos días, Andrés se paró frente al profesor Márquez, dio un giro, se rascó la nuca, parecía nervioso. Finalmente, se confesó: había perdido el libro de *El señor de las moscas*, propiedad del colegio. Tenía que reponerlo. A la siguiente clase llegó jubiloso, lo traía. Pero era un libro pirata. Rudol le explicó que no podía recibirle un libro ilegal para un proyecto que busca, precisamente, promover la legalidad. El chico respondió: “Y yo de dónde voy a sacar treinta mil pesos para comprar uno bueno”. Ahí va el asunto.

“Muchos de nuestros estudiantes viven en una cultura de la ilegalidad y no se dan cuenta de que en muchos casos el sustento familiar proviene de actividades ilegales, como la venta de productos piratas. Entonces ellos no reconocen esa ilegalidad de su familia, porque se les toca una parte fundamental de la

existencia. Hay que hacerles entender que esas acciones se convierten en una bola de nieve que va a afectar a la sociedad, y que el currículo no pretende juzgar sino formar”.

Para Lady Milena Vicente, de 14 años y noveno grado, el currículo ha sido contundente. “A mí me gustaba cuando presentaban a ese señor Escobar y mostraban todas esas casas que tenía. Me parecía que tenía un modo de vida muy bacano. Ahora sé que no es tan fácil como lo quieren mostrar, sino que hay desventajas y que si uno está en ese mundo tiene que meterse con la droga o prostituirse, y me parece feo”.

Miguel Camilo Barrios, quien es ‘metalero’ y artesano, afirma que el currículo lo ha llevado a modificar comportamientos como el de volarse del colegio saltando la pared. “Yo he sido casposito, terrible, pero hay que pensar más en el futuro. Trato de llevarme por una vía que no tenga tanta vaina, que pueda seguir sin peligro”. Sin embargo, cuando se le plantea la posibilidad de recurrir a algún ‘cruce’ para cumplir sus sueños, duda.

Rudol reconoce que al preguntarles a los estudiantes qué es legal, contestan bien, pero que lo complicado es que eso se refleje en sus acciones, porque en la práctica se les ‘salta el auto-



Miguel Camilo Barrios ha encontrado en las artesanías una forma de ocupar su tiempo libre y alejarse de situaciones de conflicto.



mático' y terminan actuando al contrario de lo que dijeron. "Los resultados no son visibles en el corto plazo, se verán en el mediano y largo plazos porque muchos estudiantes hasta ahora empiezan a cuestionarse y sólo después pondrán en práctica los aprendizajes".

Quizá por eso, la Secretaría de Educación del Distrito es muy prudente sobre los alcances del currículo. En una primera evaluación parcial, realizada con 320 estudiantes de ocho instituciones, sobre la primera sección del currículo, se encontraron resultados con puntajes de entre 40 y 100 por ciento, pero la Secretaría insiste en aclarar que sólo se trata de una evaluación parcial de contenidos y que no se han evaluado todas las dimensiones.

Del aula al barrio

Carolina Vergara y su familia acaban de cenar. Su padre está sentado justo al frente y ha empezado a leer. Ella le pide que le explique lo que pasó en Foncolpuertos. Él la mira con una sonrisa y empiezan a dialogar. "A mi papi también le gustan mucho esos temas. Nos sentamos a hablar sobre eso y duramos hartísimo tiempo". Esta costumbre, sin embargo, es más bien marginal. "A mí no me gusta hablar de esto con mi familia –dice Miguel Camilo– pero hablo con amigos que estudian Filosofía. Lo del currículo me ha generado curiosidad; quiero conseguir libros y leer". Y es que la cátedra plantea una dinámica para que la reflexión sea extensiva al entorno que habitan los estudiantes. Se les

pide a ellos que hagan entrevistas a personajes del barrio, conocidos que están o estuvieron en procesos de ilegalidad, autoridades locales y familiares. Con esto se ha logrado que los estudiantes reflexionen sobre temas como las pandillas, que es uno de los principales riesgos para ellos. María Alejandra Garzón tuvo dudas, pero logró superarlas. Su mamá es cabeza de una familia con cuatro hijos y está sin empleo hace varios meses. En medio de su desesperación, Alejandra llegó a pensar en soluciones por fuera de la legalidad, pero las desechó porque sabe que tarde o temprano pagaría las consecuencias. "En algún momento a todos nos toca enfrentar este tipo de situaciones, porque la corrupción nos rodea, pero es cuando hay que decidir y tener autonomía".

"Tiene que ser una clase práctica, en la que el estudiante empiece a mirar y a transformar su entorno de familia y de barrio", dice Rudol. Sabe que es necesario que el currículo atraviese las paredes del salón de noveno, se riegue por el patio, se meta a los otros salones, alcance la puerta del colegio, se vaya por las calles del vecindario y se multiplique en las casas de sus alumnos.

* Algunos de los nombres fueron cambiados para proteger a los menores.

En Inírida

Un colegio hace la radio de Guainía

Estudiantes y profesores del Custodio García Rovira mantienen desde hace seis años una emisora abierta a la región, a la comunidad y a la participación, en cuyo espacio se encuentran los temas escolares con la salsa, el vallenato y la poesía, y con programas de organizaciones comunitarias, mujeres, y grupos religiosos.



Le emisora es un instrumento de aprendizaje y participación para los estudiantes.

La mañana del 28 de marzo de 1998, los paujiles que surcaban el cielo de Puerto Inírida se sorprendieron cuando una voz tolimense atravesó el aire, anunciando el inicio de transmisiones de algo llamado emisora. Los pájaros importunados pensaron que era un simulacro de escolares y que pronto volverían a ser los únicos habitantes del cielo. Pero se equivocaron. Seis años después, todos los días a las ocho de la mañana, el joven Leonardo León afina la voz, abre los canales y se lanza al aire desde el modesto pero cómodo máster

de Custodia Stereo, radio escolar y comunitaria del Instituto Integrado Custodio García Rovira, y única emisora del departamento.

A la misma hora, el profesor Guillermo Pérez, dueño de aquella voz tolimense, le saca filo a las palabras y se lanza con una catarata de ideas que sacude a sus alumnos por los aires para mostrarles que hay opciones de vida mejores que raspar hojas de coca o meterse en la guerra que se esconde en la selva cercana y que de cuando en vez se deja

escurrir río abajo para romper a bombazos la placidez de la Inírida de curripacos, piapocos, guahíbos, mestizos y colonos de todas las latitudes y colores.

Casa de citas en el colegio

Por allá en 1996, Guillermo Pérez y otros profesores, aburridos de ver estudiantes boste-

zando y colegialas embarazadas, concluyeron que el colegio tenía que proponerle a Guainía una reflexión sobre su desarrollo regional y su identidad. La mejor forma de hacerlo, pensaron, era creando espacios de comunicación y medios de participación. Pero los estudiantes los aterrizaron: “Los profes pensando en cambiar el mundo y el colegio de cabeza”. Entonces decidieron mirar hacia adentro. “Empezamos a hacer talleres y encuestas y nos dimos cuenta de que los muchachos lo que tenían era deseos de hablar, sobre el uniforme, sobre los horarios, sobre el sistema de evaluación, sobre los profesores, sobre la novia, sobre el otro. Pero no tenían cómo ni dónde”.

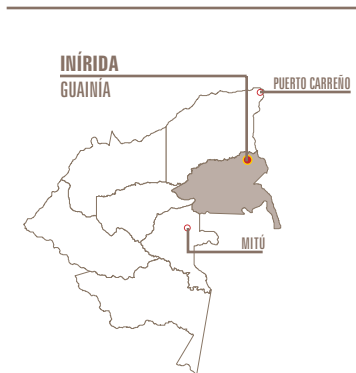
Fue cuando se inventaron la Casa de Citas, un espacio en el que convocaban a los estudiantes emproblemados, para que hablaran libremente de sus motivos. El nombre le hacía honor a la protesta de una madre indignada porque las niñas embarazadas no eran expulsadas del colegio “que se volvió fue una casa de citas”. Los primeros invitados fueron, por supuesto, las parejas en riesgo de embarazo, pero también los rajados, y los peleadores, y los melancólicos. La idea funcionó tanto que alguien propuso sacar micrófono y bafles al patio y dedicar el recreo a hablar de las cosas que suelen no hablarse. “Ponían música y decían cualquier cosa

sobre un tema, pero lo decían. Es que antes no lo decían”, recuerda Guillermo. Y así descubrieron las posibilidades pedagógicas de la radio.

Por eso, cuando el inquieto profesor se topó con una convocatoria del Ministerio de Comunicaciones para la asignación de emisoras comunitarias, soltó de nuevo su torrente oratorio y logró convencer al colegio de inscribirse. “La emisora nos permitía retomar la idea de que el colegio le propusiera algo a su departamento. ¿Para qué educamos a los muchachos: para ser traquetos, guerrilleritos, paracos, o industriales y agropecuarios? Se supone que educamos según para dónde vamos, pero es que nadie se había detenido a pensar cuál es el sentido de esta región. Y vimos la necesidad de dar una respuesta desde el colegio. Y la respuesta mínima era: vamos a educar para comunicarnos y para participar. Y para eso surgió la emisora”.

Manual para inventarse una emisora

Todos celebraron cuando les aprobaron la licencia de la emisora. Pero alguien olvidó decir que debían pagar millón y medio de pesos en un plazo de 18 días, recuerda Guillermo. “Entonces, formamos a los 565 alumnos y les dijimos: para tener la emisora necesitamos mi-



INÍRIDA, GUAINÍA

Capital del departamento del Guainía, con 30 mil habitantes aproximadamente, más cierta población fluctuante por actividades militares y comerciales. Su base económica principal es el comercio (la mayoría informal: ventas de comidas, mercancía pequeña y mototaxis), agricultura en conucos (parcelas), pesca artesanal y ornamental, siembra y raspado de la hoja de coca. Tiene problemas de desempleo, siembra de coca, presencia de guerrilla, conflictos étnicos y actividades económicas ilegales (explotación de oro, comercio informal, contrabando de combustible). Tiene cinco colegios oficiales.

INSTITUTO INTEGRADO CUSTODIO GARCÍA ROVIRA

Establecimiento público departamental (hasta grado 11º) con 730 alumnos en la jornada diurna y 220 en la nocturna. Los estratos predominantes de sus alumnos son 1 y 2, con mucha población indígena. Tiene 55 maestros.

COMPETENCIAS

Grados: 4º-5º. Grupo: Participación y responsabilidad democrática. Tipo de competencia: integradora. Estándar de competencia básica: “Participo con mis profesores, compañeros y compañeras en proyectos colectivos orientados al bien común y a la solidaridad”.

llón y medio. A cada uno le toca dar tres mil pesos mañana. ¿Sí o no? Y sólo 35 estudiantes no trajeron la plata”.

Ya con la licencia, llegó otra revelación: había un plazo de seis meses para salir al aire. Y no había ni equipos ni conocimientos de producción radial. “Logramos que la Unidad de Radio del Ministerio de Cultura viniera aquí y nos hiciera un taller de capacitación en producción radial”. Sólo faltaban los equi-

pos. “La Red de Solidaridad Social tenía un rubro de ayuda a poblaciones escolares de estratos 1 y 2 en zonas de conflicto.

Y como esto es todo eso, hicimos un proyecto y nos conseguimos la plata para lo básico: una consolita sencillita y un amplificador de dos amperios. Funcionábamos en un rincón espantoso y la gente se tenía que sentar en los burros de gimnasia, porque no había sillas”.

Empezaron transmitiendo de ocho de la mañana a cinco de la tarde, con uno que otro programa escolar, pregrabados envia-

dos por los ministerios y mucha música traída por los mismos estudiantes. Luego, Pérez y la profesora María Teresa Quintero crearon un informativo local que fue muy exitoso. Después convocaron a las iglesias y a las juntas comunales. Con el tiempo se fueron vinculando nuevos realizadores de distintos sectores sociales y se hicieron más cursos de capacitación, mientras la infraestructura empezaba a mejorar mediante la gestión de recursos. “Se presentan proyectos de inversión en el rubro de construcciones escolares o en el de aulas especializadas. La antena, por ejemplo,

La emisora debe cumplir un papel hacia la ciudadanía y otro hacia el colegio.



“La idea es que la gente participe, que interactúe. Uno sabe que le está sirviendo es a la gente y que esto es un bien de la comunidad”.

costó siete millones de pesos y la financiamos con el municipio, como elementos para aulas especializadas. Es que esta emisora es un aula especializada, un laboratorio de enseñanza, igual que el de física, el de química o el de robótica”.

Por eso ahora Custodia Stereo tiene sede propia en una esquina del predio escolar, con una moderna consola, equipos digitales de grabación y transmisión, estudio para media docena de invitados, sala de redacción, oficina administrativa y una potente antena, que le permite un cubrimiento de 45 kilómetros a la redonda para el 70 por ciento de la población departamental.

La radio como pedagogía

A veces, en las noches, Puerto Inírida se queda a oscuras y el silencio de la selva atraviesa el río para tratar de quedarse en las calles. La electricidad se ha ido. Pero un minuto después, Custodia Stereo vuelve al aire gracias a una pequeña planta eléctrica que le garantiza cuatro horas de transmisión en tinieblas.

Así se las arreglan para que, cada año, un grupo de entre diez y doce muchachos puedan ir después de clase a cumplir sus turnos detrás de la consola y el micrófono. Se ganan el puesto en un curso de producción radial, para el que este año se inscribieron más de sesenta estudiantes. Allí aprenden a manejar el control máster, a elaborar libretos y a hacer locución.

“La emisora debe cumplir un papel hacia la ciudadanía y otro hacia el colegio. Hacia el colegio el objetivo es pedagógico y formal, pero flexible”, afirma Guillermo. Y asegura que la radio fortalece las competencias comunicativas de los muchachos y mejora la participación y la convivencia. “La emisora sirve como proyecto de aula. Por ejemplo, las unidades de comunicación del área de lenguaje se hacen mediante un taller de producción radial”.

Alexander Rodríguez, estudiante de grado 11 vinculado al equipo de producción, es un ejemplo. “Gracias a esto he mejorado porque cuando ingresé a la emisora era malo para leer y para redactar. Su compañero Víctor Ruiz también ha aprendido muchas cosas. “Sobre todo, valores y respeto frente a la participación, a que haya diferentes puntos de vista”.

Sin embargo, pocos programas son hechos por realizadores del

colegio. “Debería haber más programas con profesores, con alumnos”, dice Sergio Gaitán, de décimo grado. Y Jenny Marcela Castaño, de noveno, agrega: “la emisora es del colegio y somos los de mostrar, pero necesitamos más apoyo. No falta el profesor que dice que esto es una perdedera de tiempo”.

Hernán Javier Ruiz, rector del colegio, reconoce que “no hemos aprovechado de la mejor manera la emisora para hacer programas institucionales, pero con los pocos que han surgido hemos tratado de hacer un trabajo bueno para fortalecer las competencias del plan de estudios”. Se refiere a los espacios radiales que se realizan sobre cada uno de los cuatro subproyectos del PEI: educación sexual, democracia, tiempo libre y medio ambiente.

En ese escenario, la propuesta de *Lecturas dirigidas* de la profesora Olga Lucía Granados es una innovación atractiva para sus estudiantes de biología y química y para algunos adultos. A través del espacio radial se profundizan los temas tratados en la clase de cada semana, mediante lecturas tomadas de libros de la biblioteca departamental y textos de internet. “Al principio a los chicos les daba pereza pero cada vez se interesan más, llaman a la emisora a hacer consultas y luego en clase discutimos las lecturas”.



Organizaciones comunales, iglesias e instituciones comparten con alumnos y profesores la programación de Custodia Estéreo.

lores que tenemos y los de otras culturas de la misma región, propender por una identidad”.

Las profesoras Elizabeth Castillo, del colegio Custodio García y Martha Toledo, del Luis Carlos Galán, se han sumado a este enfoque con la radio revista *Ámarru* (mujer, en curripaco), que tiene secciones de pedagogía, cultura, medio ambiente, mujer y niñez.

Promoción comunitaria

A las siete en punto del viernes, el estudiante Alexander Rodríguez suelta la pista antillana para calentar la noche lluviosa. La voz azabache del profesor Leyson anuncia que ha llegado la hora de la *Melosalsomanía*. “Se trata de llevarle a la gente un toquecito de alegría. La salsa aquí poco se escucha, pero poco a poco ha ido pegando”. Y es que algunos profesores han encontrado en la emisora una alternativa para proyectar su trabajo y sus capacidades hacia el conjunto de la comunidad.

Guillermo Pérez aclara: “hacia afuera tenemos un objetivo que es la promoción comunitaria. Si

tenemos un programa como *Amantes del vallenato*, eso no puede ser un *top* vallenato. Cualquier persona que ame el vallenato viene aquí con su carpapacio de CD, pone su música y cuenta por qué le gusta: que un día se enamoró con esta canción y que por esta otra le ‘cascaron’. Y a los ocho días otro, y después otro. O sea, si vamos a escuchar vallenato, hagámoslo con un sentido”.

Algo semejante piensa Jorge Gámez, gerente del Fondo Mixto de Cultura y realizador, con Luis Alberto Paul, del programa *Llano al atardecer*. “Los programas tienen que ser muy pedagógicos, por eso hemos ejercido una labor para afianzar los va-

Las organizaciones comunales acaban de lanzar el programa *Testimonios y otros demonios*, que dirige el profesor de artes del Custodio, Milton Sánchez Yamatui. “Queremos hacer uso de la radio para conversar y comunicarnos con la comunidad. Lo hacemos un grupo de docentes relacionados con trabajo comunitario: un profesor que trabaja con juventudes, otra que trabaja con mujeres y yo con acciones comunales”.

La Dirección de Juventud de La Cruz Roja, en cabeza de los profesores Pedro Pablo Rojas y Olga Lucía Granados, ha encontrado en la emisora un espacio eficaz para dinamizar el proyecto de *Promoción del respeto y la convivencia social* que adelanta con jóve-

nes de distintos colegios, como Lilia Patricia Vanoy que cursa décimo en el Luis Carlos Galán: “el programa da a conocer todas las enseñanzas del proyecto; por ejemplo, hablamos sobre los derechos humanos o la prevención de la drogadicción”.

Este perfil de promoción comunitaria ha alcanzado inclusive para llevar a la programación el debate religioso, que es esencial en la cultura guainiana. Cinco Iglesias aceptaron el reto de alternarse una franja diaria de 15 minutos, que ya se volvieron sesenta. William Martínez, pastor del Movimiento Misionero Mundial, piensa que “es una plataforma para dar nuestra opinión y hacer una radio mucho más abierta, con otros puntos de vista, para que la gente pueda tener más herramientas de juicio y tomar decisiones en cuanto a la fe, en qué creer o no creer. Eso es parte de la democracia”.

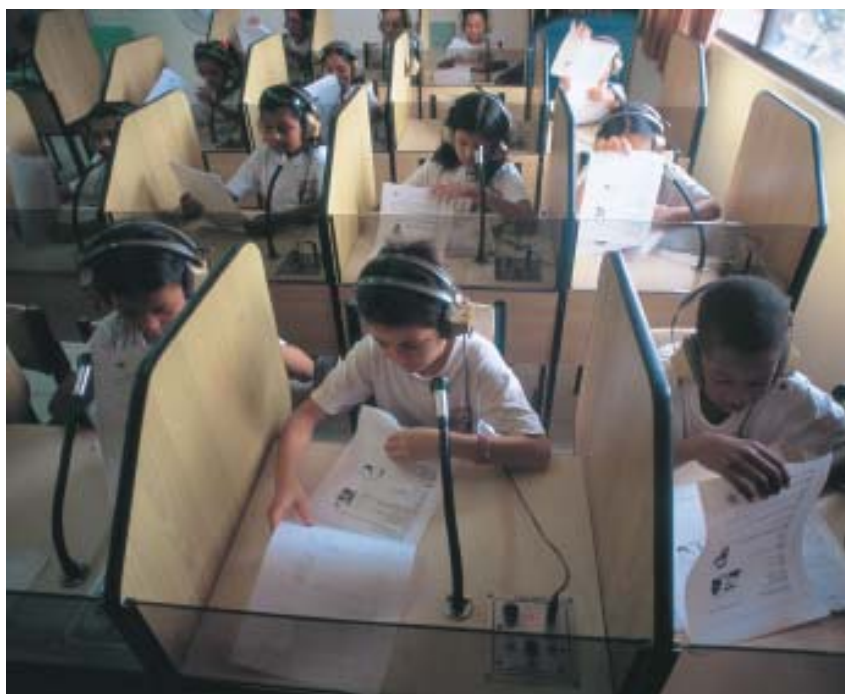
Aún así, Guillermo Pérez piensa que Custodia Stereo todavía no está madura y que le falta “hacer una vuelta”: generar en la comunidad procesos de pedagogía política, reflexión social y organización alrededor de intereses comunes. Para ilustrarlo, recuerda el caso de un abogado que no se atrevía a crear un programa de poesía porque en Inírida no había audiencia para eso. “Pues fórmula, créela, encuéntrala”, le dijo Guillermo. Y así nació *Raudales*

de poesía, un espacio que les costó muchos ‘madrazos’, pero que se sostuvo dos años al aire. “La emisora jugó este papel: un amante de la poesía asume un espacio para formar gente. El programa se convierte en material didáctico de los profesores, que mandan a los estudiantes a escucharlo y hacen concursos y crean círculos de lectores. El programa empieza en la comunidad, irradia a la comunidad y vuelve a la emisora a través de ‘chinos’ que van a hacer poesía en radio. Ese es el proceso que no se ha dado”.

Sin embargo, la emisora crece en audiencia, en llamadas, en comentarios de los habitantes y en horas de transmisión. A la vez, el secretario de educación

“Los muchachos desarrollan muchas más competencias si participan en un proyecto como este. Y se vuelven más conscientes de muchas cosas”.

del departamento, Efraín Bautista, revela el interés del nuevo gobierno en ampliar la sintonía y lograr que la emisora se integre más a las actividades y los procesos escolares en las comunidades distantes. O sea que los pajiles ya perdieron la esperanza de volver a ser los únicos dueños del cielo guainiano.





En Quibdó

El camino de la solidaridad

Yury Alexander Romaña es un joven de mirada triste, 17 años de edad, alto, delgado y tímido, que se ha dedicado a ser solidario y a enseñarle a profesores, padres de familia, políticos y ciudadanos a no ser insensibles ante las necesidades de los demás. Todo por su propia iniciativa.

La resignación y mansedumbre del ancho río Atrato contrasta con el torrente de inquietudes y las ganas de hacer cosas de una juventud quibdoseña que, pese a carecer de los recursos y comodidades de otras ciudades, se las ha arreglado para explorar diferentes propuestas sociales.

Uno de esos jóvenes es Yury Alexander, estudiante del colegio anexo a la Universidad Tecnológica del Chocó “Diego Luis Córdoba”, con 704 alumnos y algo más de cuarenta profesores, ubicada a dos cuadras del malecón, entre la Catedral y el Banco de la República. Allí la población escolar es en su mayoría negra, con presencia importante de indígenas chochos, waunaanes, emberas y katíos, y una minoría blanca, casi toda descendiente de ‘paisas’ del Eje Cafetero. Se la pasan riendo y jugando todo el tiempo; con cualquier cachivache hacen música y el menor gesto gracioso es motivo de fiesta repentista.

Líder natural

Yury Alexander es diferente. Serio, atildado, muy bien vestido, immaculado de pies a cabeza. Observador, camina despacio y escucha más de lo que conversa. Se las ha ingeniado para olvidarse de sus propios problemas y dedicarse a ayudar

a los demás a solucionar los suyos. Tiene ocho hermanos, su madre es enfermera y su padre estudiante de derecho dedicado a la política. Separados desde hace poco tiempo, su progenitor vive fuera de Quibdó y poco le ayuda a Yury Alexander.

Quiere ser médico y a eso le ayuda su historial de primeros puestos en rendimiento académico, pero su mamá no trabaja y a su tío-padrino, que les ayudaba, lo sacaron de la enseñanza por no ser licenciado.

La directora del plantel, Marlen Salas, lo define como un alumno con capacidad de cuestionamiento, analítico y lento, pero certero. A él recurren cada vez que se necesita coordinar algo con el estudiantado, les da a los profesores seguridad hablar con él y siempre ha representando a la institución muy bien, en numerosos eventos, como el reciente Consejo Comunal con el presidente Álvaro Uribe Vélez. Esperan mucho de él, lo cual no deja de ser incómodo pues su

única llegada tarde al colegio causó verdadero estupor.

Quibdó en llamas

El 11 de agosto pasado, hacia las 3:00 de la tarde estaba sentado bajo un caimito, observando a un pichí picotear una morita, cuando vio que se alzaba una humareda por los lados de Los Álamos, un barrio popular. De inmediato pensó que otra vez algún imprudente había provocado un incendio forestal y se dijo que debía acordarse de empezar una campaña entre los estudiantes para enseñarles a prevenir esa clase de incidentes fortuitos, que acabarían con fauna y flora.

Corrió sin pensar en nada y cuando llegó sintió una impresión tremenda, negativa: había mucho calor, la gente lloraba, los niños, desesperados, no sabían qué hacer ni para dónde ir y pedían comida y agua, que no había, la angustia agobiaba a los adultos, la incertidumbre a los



QUIBDÓ, CHOCÓ

Capital del departamento del Chocó. Tiene 99.126 habitantes. El 60 por ciento de la población adulta se dedica al magisterio o estudia para ser maestro. La pesca, el cultivo de plátano y los oficios varios también son fuentes de ingreso. El comercio está en manos de personas venidas del Eje Cafetero. No tiene alcantarillado. Cuenta con 121 establecimientos educativos y 34.404 alumnos (17.835 mujeres y 16.569 hombres).

GINNASIO DE EDUCACIÓN MEDIA Y PROFESIONAL

Anexo a la Universidad Tecnológica del Chocó Diego Luis Córdoba (primaria y bachillerato). Tiene 704 alumnos, 41 profesores de planta y 5 catedráticos externos.

COMPETENCIAS

Grados: 6°-7°. Grupo: Convivencia y paz. Tipo de competencia: integradora. Estándar de competencia básica: “Comprendo la importancia de brindar apoyo a la gente que está en una situación difícil (por ejemplo, por razones emocionales, económicas, de salud o sociales)”.

viejos. No pudo pasar porque habían acordonado el lugar pues muchos curiosos y oportunistas aprovecharon la tragedia para robar lo que pudieron, de manera que se devolvió muy inquieto a su casa.

Horas después supo que el incendio, originado en un corto circuito, había arrasado 200 casas de madera en las que vivían cerca de 300 familias muy pobres. No pudo dormir esa noche pensando qué harían esas personas para comer y dormir, dónde construirían su futuro.

Al día siguiente, trasnochado pero con la decisión y la energía que ya le habían ayudado a alcanzar el cargo de Personero del colegio, llegó a averiguar si en su colegio ya se estaba haciendo algo por los damnificados. Como no era así, pidió permiso a la directora para solicitar colaboraciones en dinero a los alumnos y los \$132.500 recolectados se los entregó a las familias de tres compañeritos que habían sido afectados por esa catástrofe.

Visitó a sus familias y vio que no tenían ropa ni comida, por lo que fue al comercio, a otros

colegios, golpeó puertas y así pudo surtir a las familias de los tres niños y a otras personas. Eso sí, cuidó de llevar muy bien el registro de lo recogido, y pidió que se nombrara una comisión verificadora, para que hubiera transparencia.

Pero fue más allá, habló con sus sesenta amigos del grupo Juntos Construyendo Futuro, con los 18 personeros de otras instituciones y con otros líderes jóvenes de Quibdó y los comprometió a ayudar directa y personalmente a los niños de sus colegios, a sus familias y a la comunidad damnificada por el incendio. De esta manera se generó una cadena de solidaridad que movilizó hasta a psicólogos para atender a los afectados, a padres para ofrecerles trabajos varios a los adultos, y a la co-

munidad que llevó sábanas, implementos de aseo personal, frutas y juguetes a las víctimas de la conflagración.

Un camino recorrido

Esta no era la primera vez que Yuri Alexander, el Personero estudiantil, tomaba la iniciativa. Sin orgullo, sin ánimo protagónico ni deseo de figuración, este joven de mirada larga dice que su colegio le dio las herramientas suficientes para proyectarse a la comunidad y fortalecer sus competencias ciudadanas, la cuales le sirvieron como carta de presentación para que sus compañeros lo eligieran en su cargo.

Desde esa posición ha trabajado en la propuesta *En mi colegio se forma en valores*, que le ha per-



Yuri Alexander dice que su colegio le dio herramientas suficientes para proyectarse a su comunidad.



Cada iniciativa de trabajo Yuri Alexander la consulta con sus compañeros para lograr su respaldo.



mitido organizar desde el campeonato de microfútbol hasta los foros *Por la Vía al Mar*, con asistencia de representantes de todos los colegios de la localidad; la elección de *El Mejor Profesor* en cada plantel, a través de los Consejos Estudiantiles; la campaña de la *Vacuna Contra la Intolerancia* (una gota de néctar de borojó que se toma el profesor o estudiante que se enfurece por algo); o el *Plan Padrino*, donde los alumnos de grados superiores se encargan de monitorear el desempeño escolar de los de cursos inferiores, ayudándolos en sus dificultades.

Gracias a él, los recreos ya no son sólo para comer y jugar, sino también para dialogar y emprender iniciativas que tengan que ver con su entorno y con las necesidades de estos jóvenes.

Estrategias

¿Cómo lo ha hecho? Admite que muchas de sus directrices han sido tomadas del Manual de Convivencia que rige la normatividad del plantel, que los enseña a aprender haciendo y a ser constructores de su propio aprendizaje. Pero, además, se la ha jugado convenciendo primero a sus mejores amigos para que aprueben y se involucren en sus propuestas, reclutando afectos, buscando que la directora comprometa a profesores y padres de familia, y aprovechando su trabajo con el grupo Juntos Construyendo Futuro.

Su forma de encarar el trabajo se manifestó en el momento de su triunfo. Viendo cómo en toda elección el derrotado desaparece de escena o se convierte en

opositor, cuando le ganó el cargo de Personero a Christian Manzo buscó y logró que eligieran a su contendor presidente del Consejo Estudiantil y ahora trabajan en equipo, manteniendo satisfechos a los seguidores de cada uno. Ambos ganamos, dice sin emoción alguna, y agrega que cada vez que tiene una iniciativa, la consulta y concilia, hasta hacerla real, o la abandona si no cuenta con el respaldo de sus compañeros.

El resultado ha sido la integración interescolar, la socialización entre alumnos de los diferentes grados, la confianza de los padres de familia, el apoyo de profesores y directivos, y la simpatía ciudadana por los logros de este muchacho de 17 años de edad y un gran camino recorrido de solidaridad y responsabilidad ciudadana.

Yuri afirma que muchas de sus directrices han sido tomadas del Manual de Convivencia, que los enseña a aprender haciendo y a ser constructores de su propio aprendizaje.

En San Andrés

Los ciudadanos del paraíso



En una casa a cinco minutos del aeropuerto de la isla, cinco maestras formadas en la pedagogía Waldorf educan a 45 niños de múltiples credos (Testigos de Jehová, adventistas, bautistas, católicos y budistas), etnias (árabes, raizales y colombianos de diferentes regiones) y condiciones económicas.

Ligia Zapata, líder de este proyecto, entendió que esta pedagogía podría integrar a niños de tan diversos orígenes en el aula, para dar ejemplo de que las diferencias entre las culturas, tan marcadas en la Isla, pueden llegar a convertirse en un proceso de enriquecimiento mutuo.

Hola. Yo soy Alejandra. Tengo nueve años y desde que me acuerdo estudio en la Escuela de Noel, en San Andrés, Colombia. Si ir a la escuela resulta aburrido para muchos niños, para mí y para todos mis compañeros es lo mejor, por eso quiero que la conozcan.

Empecemos por el principio. La maestra Ligia, la directora y fundadora, llegó a San Andrés hace como diez años porque a su esposo, que es psiquiatra, le salió un trabajo aquí. Para ese entonces tenían dos hijas pequeñas, que pasaron sin éxito por varios jardines y colegios de la isla. A ella no le gustaba la forma en que educaban a sus hijas y como ya había tenido una experiencia con una escuela Waldorf en Medellín, decidió crear una, por allá en junio de 1999.

Ella tenía muy clara la capacidad de esta pedagogía para integrar niños de diferentes estratos sociales al aula, sin necesidad de que hubiera un modelo rígido. Además, los conflictos que veía entre niños raizales y continentales le dieron a pensar que con esta pedagogía la situación podía mejorar.

Arrancar con el colegio no fue fácil. Montó inicialmente una guardería con la ayuda de una maestra adventista y dos padres de familia que le colaboraron con la elaboración del PEI. Muy

pronto recibió la aprobación de la Secretaría de Educación.

La mayor dificultad se presentó con algunas corrientes religiosas de la isla, porque los pastores son recelosos de que su gente se abra a cosas diferentes. Comenzaron a decir que en la escuela se enseñaban cosas extrañas y entonces los padres empezaron a retirar a los niños. Ese año, que fue el tercero de la escuela, se retiraron más o menos 25 niños y sólo quedamos quince. Este hecho alejó a la comunidad raizal de la institución, pero los que permanecemos somos testigos de lo que se hace y nos hemos encargado de limpiar el nombre de la Escuela de Noel en la comunidad.

En el momento la escuela llega sólo hasta tercero de primaria porque no hay maestros suficientes. Cuando el proyecto se iniciaba, organizaron un seminario de un año de capacitación para ellos, con profesores que vinieron desde Medellín para formarlos en la pedagogía Waldorf. Eran dieciocho maestros pero finalmente quedaron sólo cinco en la Escuela de Noel, que viajaron luego por toda Colombia en busca de capacitación.

La maestra Ligia dice que una de las cosas que plantea la pedagogía Waldorf es permitir a cada uno ser él mismo. Por eso no hay uniformes en nuestro



SAN ANDRÉS

El Archipiélago está ubicado a 480 millas al noroeste del territorio continental de Colombia, en el Mar Caribe. Tiene menos de 45 kilómetros cuadrados y alberga por lo menos 80.000 habitantes. La población del departamento ascendía a 57.324 personas en 1993, de las cuales el 42,6% se definió como raizal (24.444 personas).

El archipiélago tiene una menor proporción de niños y jóvenes entre 5 y 17 años (25%) y de jóvenes de 8 a 23 años (10%) que el promedio nacional. La población escolar está cerca de los 22.000 niños y jóvenes de 5 a 23 años de edad, con un 70% de ellos entre 5 a 17 años.

LA ESCUELA DE NOEL

Atiende niños desde los 18 meses hasta los 10 años de edad en los niveles párvulos, preescolar y básica primaria hasta el tercer grado. El plantel está integrado por cinco maestras y 45 niños y niñas.

COMPETENCIAS

Grados: 1°-3°. Grupo: Convivencia y paz. Tipo de competencia: comunicativa y emocional: "Expreso mis sentimientos y emociones mediante distintas formas y lenguajes (gestos, palabras, pinturas, teatro, juegos, etc.)". Estándar de competencia ciudadana: "Comprendo la importancia de valores básicos de la convivencia ciudadana como la solidaridad, el cuidado, el buen trato y el respeto por mí mismo y por los demás, y los practico en mi contexto cercano (hogar, salón de clase, recreo, etc.)"





Una de las labores cotidianas en la escuela es la de limpiar la playa.

colegio: “Aquí se trabaja la individualidad, no la colectividad”, dice ella.

Así son las clases

La maestra Esperanza es de Medellín pero lleva varios años con nosotros, y hace la clase de una manera especial. Durante tres o cuatro semanas trabaja una misma materia, luego esa materia se va y despertamos otra. Después viene una nueva materia por otras tres semanas. Vamos de matemáticas a lenguaje, de allí a ciencias sociales y luego a ciencias naturales. Es decir, nunca vemos dos materias al tiempo.

Una vez le oí decir a la maestra Esperanza que el señor Steiner pensaba que cuando se le daba intensidad a una sola materia se ahorra más tiempo, porque todas las energías de los niños estarían puestas en esa sola materia. Decía que para la pedagogía Waldorf es muy importante que los niños durmamos los conceptos y luego los recapitulemos. Yo creo que esos conocimientos y conceptos están dormidos, están tranquilos, y cuando los vuelvo a retomar lo hago con más interés.

Las clases se dividen en tres momentos: el primero es el despertar de nosotros hacia el conocimiento, que se da por me-

dio de un juego rítmico, de un poema o de una canción que cantamos para concentrarnos. Después, en la segunda fase, recordamos lo que vimos el día anterior; se trata de despertar las ideas centrales, o conceptos como dice la maestra, que trabajamos en la jornada anterior. Finalmente se retoma el concepto para continuar avanzando en él, y trabajamos en el cuaderno, donde se desarrolla una actividad propuesta por la maestra. El cuaderno es elaborado por nosotros con colores y crayolas, con la idea de que haya mucha vida en él, al menos hasta el cuarto grado. Nuestros cuadernos no tienen rayas y son completamente en blanco, luego cada uno se encarga de que, día tras día, éste se vaya convirtiendo en una obra de arte.

Cada una de estas épocas está acompañada por un poema, una canción, un ejercicio físico y un dibujo en el tablero, que siempre guardan una relación con el tema que estamos viendo. Es aquí cuando les voy a contar lo que más me gusta a mí: el arte. En la Escuela de Noel apoyan las clases con elementos artísticos. No nos enseñan por medio del arte sino que nos enseñan con arte. La maestra Esperanza dice que el arte nos

hace ser lo que cada uno es y que nos saca lo que tenemos dentro.

En matemáticas, por ejemplo, la maestra tiene que ser muy creativa para enseñarnos a multiplicar mientras nos reímos, cantamos y disfrutamos de la escuela. Por suerte, aquí en San Andrés somos muy buenos con el ritmo y desde muy pequeños, incluso en la iglesia, entonamos canciones y las acompañamos con las palmas. Esto es muy importante, pues los ejercicios que trabajamos muchas veces tienen que ver con la música y el ritmo.

Para la maestra Esperanza lo importante de las artes en nuestra educación es que integran el sentimiento, el hacer y el conceptualizar. Ella dice que en la medida en que estas tres acciones estén en equilibrio nosotros vamos a ser niñas y niños sanos. Niñas y niños que sentimos pero que somos capaces de poner ese sentimiento en nuestro pensamiento. Por eso podemos resolver los problemas desde el sentir pero también desde el pensar. Ella nos dice todo el tiempo que el arte nos mejora la cabeza y el corazón, y eso evita que seamos demasiado impulsivos.

En la playa

Nosotros trabajamos en nuestra propia huerta y aseamos el colegio todos los días, pues creemos que es importante recuperar los trabajos de la vida cotidiana. También trabajamos manualidades y así encontramos la importancia y el valor del artesano, de aquel que trabaja un telar, y valoramos la labor que implicó el proporcionarnos una prenda de vestir, por ejemplo. Porque tú no tienes que ser siempre un profesional, puede que te inclines por ser agricultor, artesano, músico o poeta.

Además, nuestro colegio adoptó una playa en la que hacemos trabajos de recolección y clasificación de basuras, antes de meterlos a disfrutar del mar. Nosotros sabemos por qué las separamos y

clasificamos y ya es un hábito que ponemos en práctica tanto en la playa como en nuestras casas. Las maestras dicen que todo esto se hace para fortalecer nuestros valores y para que seamos mejores ciudadanos.

Es el trabajo de los profesores y lo agradable de la pedagogía lo que hace que aprender sea una actividad tan placentera para todos los niños de la Escuela de Noel. Cuando aprendemos, cualquiera que sea la materia, estamos contentos y a la hora de recordarlo lo hacemos con gusto; por eso no se nos olvidan las cosas. Además, trabajar con la música, la pintura y el juego nos ayuda a usar nuestra cabeza y nuestro corazón de una manera distinta a como lo hacen los niños de otras escuelas de la isla. Por eso la maestra Isa-



Niñas y niños trabajan en su propia huerta, como una manera de recuperar los oficios cotidianos.

En la Escuela de Noel no enseñan por medio del arte, enseñan con arte.

bel dice que de acá ella va a sacar cantantes, pintores y hasta gobernadores y presidentes de Colombia.

Libertad, respeto y afecto

Yo pienso que la escuela está marchando muy bien. Se los digo porque he visto cómo llegan los niños los primeros días. Al comienzo les gusta la pelea y no quieren respetar las diferencias de los demás; hasta los he visto darse golpes, andar muy inquietos o no poder prestarle atención a la maestra. Pero poco a poco y con el trabajo en el colegio, esos niños se vuelven tranquilos y amorosos; claro que las diferencias se presentan, pero lo increíble es que en muy corto tiempo, estas diferencias son resueltas sin agresión, porque las maestras nos enseñan a trabajar en grupo y nos muestran cómo hablar en vez de pelear.

En esta escuela respetamos la naturaleza y las cosas que nos

La pedagogía Waldorf permite a cada uno ser él mismo, por eso no hay uniformes en nuestro colegio: "Aquí se trabaja la individualidad, no la colectividad".



rodean: las sillas, las plantas del jardín, el agua, los animales, todo lo que hace parte de esta isla. Es algo que hacemos diariamente y que se va convirtiendo en un hábito. La maestra Esperanza dice que un buen ciudadano se forma con una disciplina de trabajo, con un ritmo. Pero el ritmo no es sólo cantar, bailar o tocar el tambor, también es ser organizada con las labores y las asignaciones que nos manda la maestra. Ella dice que eso nos va formando como buenos ciudadanos, para que cuando seamos grandes lleguemos al trabajo a la hora que es, sin estar buscando pretextos para salir antes o llegar después.

En la Escuela de Noel sabemos desde muy pequeños que no estamos solos y que de nosotros depende que ésta funcione o no. Conocemos las normas, sabemos para qué existen y por qué

importa cumplirlas, pero nace de nosotros mismos el respetarlas. Somos personas libres pero tomamos decisiones con responsabilidad porque sabemos lo que somos. La maestra Ligia dice que si uno se quiere a sí mismo, no con egoísmo sino con altruismo, es difícil que vaya a agredir o a molestar a otra persona. Si desde pequeña me enseñaron que yo me tengo que cuidar, que yo tengo que quererme y respetarme a mí misma, entonces también voy a querer a las personas que me rodean. Aquí somos personas que amamos al planeta tanto como a nuestros semejantes, que nos conservamos, nos valoramos y nos cuidamos.

Por eso, cuando termine de contarles esta historia y apague la luz de mi cuarto, me voy a dormir con ganas de que sea mañana, y pueda volver a la Escuela de Noel.

En Quindío

Los estudiantes son los maestros



En cinco de los doce municipios de Quindío, el tema del sexo es algo que ha perdido ese matiz de secreto, vergüenza y tabú, para ser tema normal de conversación entre adolescentes, quienes viven su sexualidad libre de prejuicios y actúan en algunos casos como orientadores de sus propios padres y familiares.

Cuando Marisol García, en grado 11 de la Ciudadela Educativa San Bernardo, del corregimiento Barcelona, de Calarcá, llegó a su casa y comentó en tono neutro que venía de una charla donde le habían hablado de masturbación, consoladores, homosexualismo, lesbianismo, condones, VIH/sida, aborto, derechos sexuales y planificación, su padre se sonrojó y, despacio, para no llamar la aten-



QUINDÍO

Su capital es Armenia, a 40 minutos en avión de Bogotá y tiene alrededor de 600.000 habitantes. Es un departamento agrícola en el que predomina el cultivo del café, además del sorgo, plátano, soya y cítricos; también se practica la ganadería y el comercio. El proyecto se desarrolla también en Calarcá, a media hora de Armenia, con cinco centros educativos y un promedio de 3.500 alumnos y 72 profesores; La Tebaida, a 15 minutos de Armenia con seis instituciones educativas, 8.200 alumnos y 237 profesores. Quimbaya a 35 minutos de Armenia, tiene siete zonas educativas con 36 instituciones, cerca de 6.300 alumnos y 130 profesores. Circasia está a 10 minutos de la capital tiene cinco centros educativos y 3.000 alumnos.

COMPETENCIAS

Grados: 6°-7°. Grupo: Convivencia y paz. Tipo de competencia: conocimiento, integradora. Estándar de competencia básica: "Comprendo la importancia de los derechos sexuales y reproductivos y analizo sus implicaciones en mi vida (por ejemplo: el derecho a la planificación familiar)". ■

ción, se escondió en el baño, mientras su mamá quedó pálida y sin palabras.

Como su corto monólogo no tuvo interlocutor, comió y se puso a hacer tareas. Al otro día, en la tarde, la mamá se sentó nerviosa a su lado y con voz insegura le preguntó si eso del sida no era de homosexuales y prostitutas y Marisol le dijo que las amas de casa también estaban expuestas, según la cadena de transmisión.

Eso empeoró las preocupaciones de la señora, quien se paró trémula y buscó al esposo para decirle que tenían que escuchar a la niña. Él, contrariado y sin poder mirar a los ojos a su hija, escuchó que el VIH era el virus, sin síntomas, y el sida era la enfermedad, que no era contagiosa, sino que se transmitía. Ese fue el primer paso de una serie de charlas que aún no termina, que Marisol le da a una audiencia a la que se han sumado tíos, primos y hermanos.

Antecedentes y cobertura

A finales de 1999, tras el terremoto en el Quindío, surgió un proyecto con énfasis en la prevención del VIH/Sida, que fue aprobado a finales de 2001, con una duración de tres años.

Coordinados por la Corporación Ser Humano, dirigida por

Diego Arbeláez, y financiados por la Unión Europea y por Save the Children Reino Unido, los colegios comenzaron a trabajar sobre el derecho a vivir una sexualidad responsable y saludable, evitando el riesgo de contraer enfermedades.

Para estructurar el proyecto se hicieron encuestas en colegios oficiales mixtos y en casas de la juventud de Armenia, Calarcá, La Tebaida, Circasia y Quimbaya, entre alumnos de grados 8°, 9° y 10° (jóvenes entre los 12 y los 18 años), donde se les interrogó sobre sus condiciones básicas de vida (con quién viven, estado civil y actividades), sobre el consumo de alcohol y otras sustancias, sus vivencias y opiniones sobre la sexualidad, sus conocimientos sobre métodos anticonceptivos, infecciones de transmisión sexual, prácticas sexuales, relaciones de género y derechos sexuales, basados en la cartilla *Conocimientos, actitudes y prácticas frente a la salud sexual y reproductiva de los y las adolescentes en el departamento del Quindío 2002*, elaborada por la Corporación Ser Humano, dentro del marco del Proyecto Jóvenes en Acción por la Vida.

Al tabular la información detectaron una gran desinformación sobre temas de sexo, lo que motivó discusiones y recomendaciones que desembocaron en la formación de profesores y



alumnos sobre esos temas. Estos, una vez estuvieron preparados y con el material didáctico que les ofrecieron, se dedicaron a dar charlas a grupos de estudiantes y de jóvenes no escolarizados, quienes a su vez multiplicaron esos conocimientos entre todo tipo de personas de cada localidad, generando una cadena informativa que han dado en llamar metodología *Para a Par* porque la idea es que niños y jóvenes formen e informen a a otros más o menos de su misma edad, pues hablan su mismo lenguaje y se tienen más confianza entre ellos.

A julio de 2004 han logrado llegar a una población de 31 mil jóvenes escolares y no escolares de cinco municipios de ese departamento. Sin que estuviera previsto, el programa se desbor-

dó, extendiéndose a hogares, a adultos que necesitan de la orientación sexual que nunca tuvieron, y así, de manera abierta, se ha logrado quizá una superación masiva de ese que podría llamarse analfabetismo sexual.

A los de 9º en adelante les hablan de todas las posibilidades del sexo, sin inducirlos a nada, sino mostrándoles ambas caras de la moneda, haciéndolos reflexionar sobre las consecuencias y dejando que cada uno tome su propia decisión. La razón de evitar consejos es que de pronto tomen el camino equivocado y después los culpen a ellos; sólo se limitan a enseñar a evitar, a tomar precauciones, a cuidarse, a respetar su cuerpo y a respetar el de los demás congéneres.

Con la metodología de *Para a par* los estudiantes del Quindío promueven la educación sexual entre sus compañeros y sus familias.



Sexo respetuoso

Óscar Andrés Holguín, 19 años, 11º, también de la San Bernardo, de Calarcá, habló con un amigo que andaba con una y otra mujer, le hizo saber todo lo que había aprendido y este se rio de él. Una noche llegó con la novedad de que no había sido capaz de tener relaciones sexuales con una novia que acababa de conquistar hacía una semana, porque le dio cargo de conciencia aprovecharse de ella y porque, además, de hacerlo, sabía que en adelante debería usar condón. El mismo Óscar Andrés decidió tener novia estable, y a una señora amiga de la casa, de 40 años, con seis hijos y esperando el séptimo, la instruyó sobre la planificación, sorprendido de que ella no supiera nada de eso.

Situaciones prematuras

Alba Lucía Ocampo, 17 años, de grado 11 en la Institución Educativa Santa Teresita, de La Tebaida, no ha tenido relaciones sexuales. Por eso le aterra que condiscípulas suyas de 12 años de edad vivan en unión libre con muchachos. Alba Lucía y su grupo hablaron con algunas de ellas sobre la necesidad de que hubiera compromiso mutuo

con sus parejas, pero las muchachas no volvieron, alegando que eso era su problema, que no se metieran en sus vidas, que se manejaban como quisieran. Recurrieron entonces a las visitas domiciliarias para enseñarles cómo prevenir enfermedades y planificar el embarazo a una edad conveniente. Cuando hablan con sus compañeros y les insinúan formalizar la relación, se disgustan, pero han logrado

que muchas tomen más en serio estas relaciones prematuras.

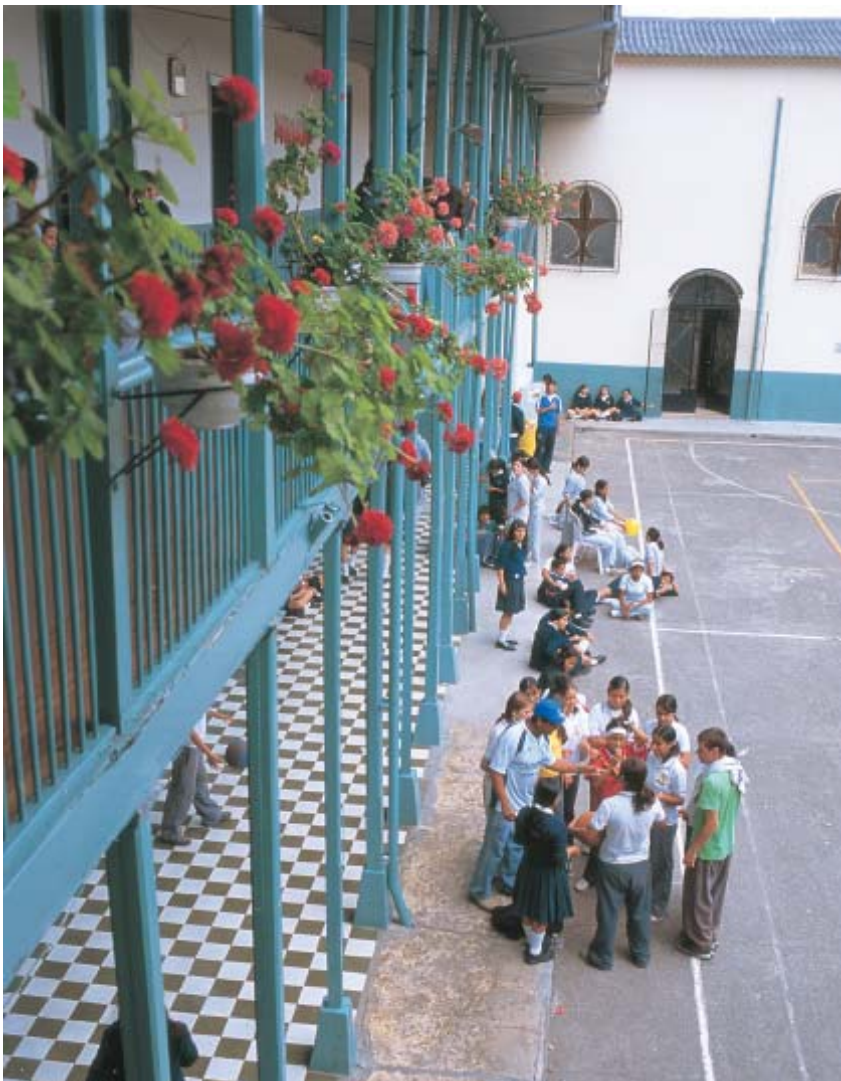
José Aldemar Ochoa, 16 años, del Instituto Tebaida, reconoce que antes él y sus amigos veían a las mujeres como objetos sexuales, hablaban de sus atributos físicos de manera grosera, pero desde que empezaron a capacitarse, ven las cosas con madurez y respeto. También hablaban de la masturbación

como chiste, pero ahora lo asumen como una conducta de cuidado y responsabilidad. Ya decide cada uno cómo manejar su vida sexual.

Solidaridad y resistencias

Sariti Marín, 17 años, 10° del Instituto Quimbaya de esta ciudad, cuenta que le ha servido tanto este proyecto a ella y su familia, que recientemente una prima suya, de 30 años, resultó con sida, pero como todos ya sabían de esa enfermedad, la aceptaron, la apoyan y no le tienen platos aparte ni la aíslan. Ella estaba muy deprimida, pero gracias a la familia, vive normal. “Si hubiera tenido la información que yo tengo ahora, dice Sariti, seguro que no tendría sida, porque en la edad adulta repercute lo que se hizo en la juventud”.

Para Camilo Andrés Vallejo, de 18 años, 11° en ese mismo instituto, lo más importante es que en su casa hay diálogo y se habla de sexo sin miedo ni pena. De alguna manera está educando a sus papás, que cada rato le hacen preguntas a las que él casi siempre contesta con solvencia. Otras veces tiene que preguntar e investigar, de manera que se ve



31.000 jóvenes escolares de todo el departamento se han beneficiado del programa.

obligado a conocer y profundizar más. Y no se queda ahí, habla con todos los que quieran escucharlo. El único problema son los adultos cerrados que lo interrumpen diciéndole: “ve este pelado, soy 30 años mayor que vos, ¿le vas a enseñar a tu papá a hacer hijos?”.

Convivencia y respeto

Julián Esteban Marín, 15 años, 10º, del Instituto de Educación Media Técnica Luis Eduardo Calvo Cano, de Circasia, se interesó por la forma como le hablaban, suave, de tú a tú, sin hacerlo sentir ignorante ni mal. Le parece cómico el caso de que al comienzo de los encuentros se creía que a los enfermos de sida había que discriminarlos. Luego entendieron que no, pero a los dos años supieron que habían convivido con un joven que tenía sida y con quien coincidían en las reuniones de Jóvenes en Acción por la Vida. No sabe qué se hizo. Para él algo muy importante es que ahora conoce mejores aspectos de las mujeres, como sus reacciones y las ve con más respeto.

Diana Carolina Jaramillo, 18 años, 11º, del Colegio San José, de las hermanas Vicentinas, de Circasia, de la primera reunión salió corriendo a su casa a decirles que no siguieran utilizando las mismas agujas para las inyecciones, porque por esa vía

podría transmitirse el sida. En el pueblo hay cerca de cincuenta madres menores de edad y un día una muchacha de 13 años le solicitó información sobre métodos de planificación, porque mantenía relaciones sexuales con el novio y no tenía a quién acudir para informarse.

Compinchería intrafamiliar

A Carolina Cruz Villada, 16 años, 11º, del Colegio Teresita Montes, de Armenia, lo que más la ha beneficiado es que se generó, mediante el tema de la sexualidad, una especie de compinchería con su mamá y a su hermana de 15 años la mantiene al tanto de todo, para que haga respetar sus derechos de mujer. Con sus compañeros todo ha sido positivo: ya no hay desinformación, han evitado embarazos no deseados y ha comenzado a protegerse de enfermedades de transmisión sexual. En lo personal se siente preparada para tener una pareja estable y planificar si va a tener hijos o no.

Jimmy Villanueva, 17 años, 11º del colegio Rufino José Cuervo Sur, de Armenia, ya tiene su propia técnica. A quienes se resisten a hablar de sexo, los coge desprevenidos y se pone a hablar, sin aludir a nadie en particular. Nunca falla. Después lo buscan y abruma a preguntas, hasta que terminan formando



El proyecto ha ayudado a disminuir la cantidad de embarazos no deseados y a proteger a los jóvenes de las enfermedades de transmisión sexual.

grupos de información. Se declara formador e informador de sus papás y de sus hermanos, sobre todo de su hermana de 11 años.

De esta manera sigue regándose por el Quindío una nueva forma de ver las relaciones afectivas y sexuales de hombres y mujeres y un conocimiento que les ha traído respeto, comprensión, bienestar, seguridad y acercamiento entre los jóvenes y entre ellos y sus mayores.

En Turbaná, Bolívar

LOS NIÑOS que derrotaron la corrupción

Mediante un programa de aprendizaje en participación ciudadana los niños de la Institución Marco Fidel Suárez resolvieron un caso de corrupción administrativa y crearon un programa de limpieza de desechos animales y reciclaje de basuras. Fue una tarea escolar que limpió al pueblo en todo sentido, moral y físicamente, y está en vías de lograr un verdadero cambio cultural en esta región de la Costa.





En Turbaná, un pueblito pequeño vecino de Cartagena, una tarea escolar sobre salubridad pública terminó arrojando de sus cargos a un grupo de funcionarios corruptos que desangraba el hospital local. Además, a partir del trabajo de los niños del colegio local se creó un programa de reciclaje de basuras y limpieza de las calles que constituye un verdadero cambio cultural para los habitantes de la zona.

Por ello las nuevas generaciones que vivan en Turbaná ya no tendrán que lidiar con el problema de las basuras y los desechos de los innumerables burros que se usan como medio de transporte en estas veredas, porque se logró un cambio de conciencia y de actitud en la totalidad de los estudiantes de bachillerato del lugar hacia la importancia de la higiene y los riesgos de la contaminación para la salud pública.

Fue un ejercicio de participación ciudadana en los asuntos públicos, liderado por alumnos de octavo a décimo grado de la Institución Educativa Marco Fidel Suárez de Turbaná. Y fue Soledad Román, hoy como ayer, la presencia oculta tras de esta especie de regeneración de la salud pública cerca de Cartagena. Pero no se trataba del fantasma de la Soledad Román de El Cabrero, la que acompañó a Núñez en la soledad del poder hace un siglo largo, sino de la *seño* Soledad Leo-

nor Román Leygues, una maestra cartagenera de Sociales que creó un proyecto de educación en participación ciudadana para sus alumnos del Marco Fidel.

Soledad Román, una hermosa treintañera que divide su tiempo entre el colegio, un postgrado que adelanta y el cuidado de su anciana madre, concibió el proyecto a partir de los esquemas de gobierno escolar y participación activa de los estudiantes en temas como la resolución de conflictos, la convivencia escolar y la investigación. Decidió que los alumnos deberían poder identificar y trabajar problemas de la comunidad donde viven. Creó el proyecto y lo llevó a Funcicar, Fundación Pro-Cívica de Cartagena, para obtener apoyo.

Preguntando se llega lejos

Bajo la orientación de la rectora del colegio y de todo el grupo docente, se creó en el segundo semestre de 2003 un esquema de investigación social que nada tiene que envidiar a una facultad de Ciencias Sociales. Con las herramientas académicas y teóricas adecuadas, tales como formularios de preguntas tabulables para encontrar tendencias, los grupos de muchachos salieron a las calles de su pueblo a identificar cuáles eran las mayores carencias y las necesidades más sentidas de la comunidad con el fin de ejercer presión



▶▶ **TURBANÁ, BOLÍVAR**
Municipio vecino de Cartagena, a unos 40 kilómetros al suroccidente por la vía al mar. Tiene unos 20.000 habitantes. Sus actividades económicas son la agricultura, el comercio en pequeña escala y muchos de sus pobladores trabajan como obreros u oficinistas en Cartagena.

INSTITUCIÓN EDUCATIVA MARCO FIDEL SUÁREZ
Tiene 600 alumnos en varias jornadas.

■ **COMPETENCIAS**
Grados: 10^o-11^o. Grupo: Participación y responsabilidad democrática. Tipo de competencia: conocimiento. Estándar de competencia básica: "Comprendo que cuando se actúa en forma corrupta y se usan los bienes públicos para beneficio personal, se afectan todos los miembros de la sociedad".



Soledad Román decidió que los alumnos deberían poder identificar y trabajar problemas de la comunidad donde viven.

sobre las autoridades en su calidad de ciudadanos libres y con derechos.

La idea de Soledad era darles a los niños conciencia de su carácter de ciudadanos y de los derechos y deberes que ello implica frente a la sociedad. Pero los niños no sólo iban a descubrir su carácter de ciudadanos, sino que iban a llenarse del poder que implica el ejercicio de la ciudadanía.

Muy pronto regresaron los niños con una situación claramente

identificada en su investigación social: el mayor problema que enfrentaba Turbaná en esos momentos era la salud pública. Se detectaron dos tendencias: una, los altos riesgos derivados del mal manejo de desechos animales y basuras orgánicas, y dos, las deficiencias en la atención al público en el hospital local.

Liderados por su profesora de Sociales, los niños emprendieron la segunda parte de su proyecto, que consistía en medir y diagnosticar esas carencias y proponer soluciones a las autoridades competentes, soluciones en cuya aplicación los mismos niños pudieran participar. Un grupo se dedicó al tema de la contaminación por basuras y el otro al de la calidad de la atención en el hospital local.

Cuál no sería la sorpresa de los niños del segundo grupo cuan-

Los niños se enfrentaron a un caso de corrupción que afectaba al hospital de Turbaná, en especial a su sala de partos.

do a la tercera visita al pequeño hospital del municipio se encontraron con un letrero que decía “Prohibido el paso a particulares”. Repentinamente, su presencia y sus preguntas se habían vuelto incómodas para los funcionarios del hospital. Interrogando a los usuarios y a algunos de los funcionarios, los niños averiguaron que una de las razones de la baja calidad de los servicios, desde hacía un tiempo, era la pérdida de algunos equipos del hospital.

Por aquella época había comenzado a funcionar en Turbaná una clínica privada que servía como EPS: la clínica Polivana. Al mismo tiempo que la Polivana medraba, el hospital público parecía entrar en agonía por falta de fondos y mantenimiento inadecuado. Se perdieron algunos equipos de oxígeno, y otros destinados a la sala de maternidad nunca llegaron. La gestión de los niños comenzó a levantar inquietud entre la comunidad de Turbaná, que es un pueblo muy pequeño, de unos cinco mil habitantes. La gente comenzó a hablar y a rumorear. La situación llegó al límite cuando un muchacho herido a bala en un hecho aislado murió entre la ambulancia del hospital local entre otras cau-

sas porque hubo demoras en su traslado a un hospital de Cartagena por falta de dinero para la gasolina.

La comunidad comenzó a presionar y los niños elevaron derechos de petición para que se les permitiera entrar al hospital a continuar sus averiguaciones. Pronto se hizo evidente que había un vínculo entre un concejal del municipio, el gerente de la clínica Polivana y la administración del hospital público. No sólo era posible que se hubieran desviado equipos y dotaciones del hospital público a la clínica privada, sino que había un evidente desfavorecimiento hacia el hospital para canalizar la atención al público afiliado a las EPS a través de la clínica. El caso no se pudo probar judicialmente, pero los niños lo presentaron en la Fundación Pro-cívica de Cartagena y la historia pronto saltó a los periódicos locales.

El periódico El Universal de Cartagena cuestionó la crisis del hospital de Turbaná y el caso comenzó a ser incómodo para las autoridades de salud del departamento. La comunidad y los rivales políticos de los personajes implicados aumentaron su

presión sobre el alcalde y sobre los mismos involucrados. Antes de que se cumplieran seis meses de iniciada la investigación de los niños, la clínica Polivana había desaparecido del pueblo y con ella el gerente y los administradores del hospital.

Hoy el pequeño hospital está recuperado y trabajando a todo vapor gracias a nuevos equipos y donaciones que permitieron reequipar la sala de maternidad, una de las damnificadas por la pérdida de materiales.

Ojo con los burros

Entretanto, los niños destinados a trabajar en el asunto de la contaminación encontraron que uno de los principales problemas

de salubridad pública de Turbaná era la abundancia de burros. Hay por lo menos uno por cada tres casas, y comparten con los habitantes, por ejemplo, el patio trasero o la huerta. La acumulación de excrementos afectaba entonces la salud de las personas. Aparte de eso, los niños encontraron que las costumbres locales en cuanto a manejo de las basuras aumentaban los riesgos de salud porque no se aislaban debidamente los desechos ni se clasificaban en orgánicos o inorgánicos: algo muy común en la Colombia actual.

Los niños aportaron como solución una campaña para mantener los burros en condiciones más higiénicas y crearon también programas de recolección de basuras entre ellos mismos,

Los alumnos del Marco Fidel Suárez han diseñado programas para manejar los problemas de salubridad derivados de la abundancia de burros y el mal manejo de las basuras.





La institución educativa Marco Fidel Suárez fomenta en sus alumnos la formación de habilidades y competencias para su futuro como ciudadanos.

para dar el ejemplo. Además, organizaron turnos de reciclaje de basura los sábados, para recorrer las cuadras de la pequeña población y enseñar a la gente cómo clasificar la basura y cómo reciclar y mantener higiénicamente a sus animales. El éxito de la campaña se dejó ver al poco tiempo en las onduladas calles de Turbaná.

Resultados

El ambiente en el colegio Marco Fidel Suárez es de alta motivación, orgullo y gran autoestima. Los estudiantes son conscientes del poder que tiene la ciudadanía cuando está bien preparada para enfrentar los problemas por la vía pacífica, del poder de la preparación académica y de los instrumentos y métodos de la ciencia. Aunque se trata de una comunidad de clase media baja todos luchan por un futuro mejor; el personero estudiantil del colegio, por ejemplo, es un mu-

chacho brillante que tratará de estudiar mecatrónica en la Universidad Nacional y mientras tanto se gana la vida ayudando a estibar gaseosas en la pequeña distribuidora de su tío.

El cambio cultural logrado por los muchachos de Turbaná en su comunidad es una demostración de que hábitos insalubres que han prosperado por décadas y hasta por centurias en esta región, pueden ser fácilmente derrotados. Al igual que la corrupción y la violencia, nuestros principales lastres como país.

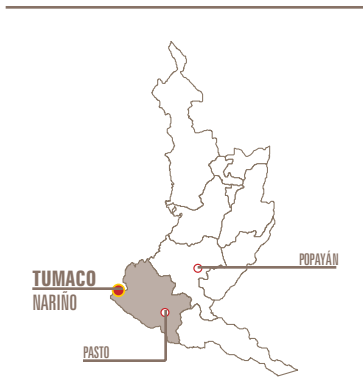
En Tumaco

Los multiplicadores de paz, ejemplo del mundo



Karla esperó ansiosamente cumplir quince años para convertirse en multiplicadora, desde entonces no ha dejado de trabajar un momento.

En medio de la violencia y el hambre un enjambre de adolescentes lucha por construir un futuro. Ellos son los Jóvenes Constructores de Paz, el programa auspiciado por Plan Internacional que ha sido reconocido por la Unesco, como una de las estrategias más innovadoras del mundo.



TUMACO, NARIÑO

Puerto sobre el Pacífico localizado sobre una isla de origen aluvial con una población de 115 mil habitantes (1993) mayoritariamente de raza negra. El desempleo, la insalubridad, la violencia intrafamiliar y la generada por los paramilitares y la guerrilla, son los más graves problemas que afronta. La base económica de la región la constituye la explotación forestal, seguida de la actividad agropecuaria, la minería, el comercio, la pesca industrial y la actividad portuaria.

COMPETENCIAS

Grados: 4°-5°. Grupo: Convivencia y paz, tipo de competencia: emocional, integradora. Estándar de competencia básica: "Reconozco cómo se sienten otras personas cuando son agredidas o se vulneran sus derechos y contribuyo a aliviar su malestar".

De modo inesperado, el Océano Pacífico se las arregla para entrar hasta el centro de Tumaco. A pocas cuadras de Viejo Caldas con Sucre, justo en el corazón del puerto, estalla un laberinto de casitas lacustres, estrechas, de madera despintada, bajo cuyas callejuelas oscila el Pacífico, aunque no se ve. La capa de basura es tan compacta que resulta imposible ver el agua.

En esta especie de Hong Kong negra conviven cientos de familias. Las mujeres, esbeltas a fuerza de penurias, a veces de sorprendente belleza, y los hombres, largos, recios, se ven extrañamente sutiles en medio del paisaje desarraigado. En esa colmena caliente y húmeda residen Karla*, y unas cuadras más adelante su amiga Judy; las dos son constructoras de paz. Eso significa que su misión es transformar su entorno—incluida su propia familia—, algo admirable si se conoce el duro medio en que se abren paso día tras día. Por fortuna ellas están decididas a luchar hasta vencer, con la sólida convicción de los corazones jóvenes.

"Hubo una temporada por donde yo vivo—recuerda Karla—, que llegaron unos señores que mataban a la otra gente—hay un matiz, una inflexión que quiere disminuir la crudeza de la palabra "mataban", como si ella sintiera vergüenza al pronunciarla. Esas personas llegaron al



No obstante su juventud, los multiplicadores de paz representan quizá la única esperanza para cientos de niños y jóvenes tumaqueños.

barrio a molestar a los bazuqueros, a los que consumían droga, a los que veían perdidos, sucios, mal vestidos. Entonces, en temporadas, uno se levantaba para ir al colegio y ya miraba a un muerto ahí, a la salida del "cucho", lleno de sangre, lleno de puñaladas. En plena calle. Y a veces adentro mismo, entre ellos se mataban. Uno estaba bien tranquilo y se escuchaba la bulla. Y los niños estaban ahí, y los miraban cómo peleaban".

Es que frente a la casa de Karla hay una "olla" (venta de bazuco), y a lo largo del día, en medio del apretado ir y venir de los pobladores del barrio, desfilan compradores roídos por la droga y vecinos de mirada extraviada que se reúnen a fumar bazuco en el "cucho", un callejón aledaño tan estrecho que no cabrían dos personas al tiempo. Los clientes importantes tienen derecho a "soplar" en la sala, diminuta y

roñosa, amoblada con restos sustraídos a la basura. El aire es turbio, químico; el lenguaje, carcelario. Daira, de once años, cubierta con un viejo vestido de tela a rayas diagonales, cruza entre los fumadores, llevando en brazos a Yerson, su hermanito de tres. Su madre, que dejó de vender droga tras una condena de cinco años, solo les visita esporádicamente, pues teme que vuelvan a encarcelarla.

De modo que, aparte de ver por el niño, Daira es responsable por la tienducha que encubre el negocio de su padre. “Siempre con el niño, siempre atendiendo la tienda: esa niña no tiene descanso. A veces me la robo, y la traigo para acá, aunque sea un ratico; a que vea algo distinto” comenta Karla.

Esta muchacha, Karla, que es tan solo cuatro años mayor, ha

hecho por Daira y los otros niños de la cuadra más que nadie. Tuvo que aprender a conocerlos, a usar su risa atiborrada y franca para hacerse su amiga; descubrió que los motivos de conflicto eran múltiples, desde una simple apuesta callejera hasta un chisme, era como moverse en un campo minado.

Como si eso no bastara, el escenario se enrareció aún más con la llegada, hace tres años, de los paramilitares. Hasta entonces la guerrilla dominó solitaria, pero los “paracos” no sólo venían a acabar con la guerrilla sino a hacer “limpieza”, y para ello traían, además de armas, los bolsillos llenos de dinero. Entonces Tumaco comenzó a experimentar dos nuevas lacras: la prostitución infantil y las desapariciones forzadas. Por ello abundan los embarazos precoces y, claro, las muertes. Recientemente, los invasores de un terreno en las cercanías de la ciudad, descubrieron aterrados, al intentar montar sus viviendas, que bajo la tierra había cerca de 200 esqueletos humanos.

Voluntades y sonrisas

Ante esta realidad, y sin arrojarse en lo más mínimo, Karla,



No importan la pobreza ni las condiciones adversas, Esther halla la manera de trabajar en sus réplicas.



El programa es una nueva experiencia que ha despertado en todos, jóvenes y adultos, la esperanza de un futuro mejor.

junto con sus compañeros, puso en práctica lo aprendido en el proyecto de Constructores de Paz. Toda su creatividad e ingenio se enfocaron en activar “los potenciales afectivos, éticos, morales, de comunicación y de valores” en los niños y niñas de la humilde Avenida Ferrocarril.

Para trabajar con ellos cuelga en las paredes de la salita comedor de su casa carteles y fotos para realizar allí talleres y otras actividades a través de las que les transmite una forma diferente de hacer y pensar la vida. Separado por un muro y una cortina está el lugar que hace de habitación y cocina, donde de alguna manera se las arreglan

para compartir y subsistir Karla, su madre y sus siete hermanos.

Sin embargo, quizá su más poderosa arma haya sido el respeto, aun por aquellos que parecen fatalmente condenados por las circunstancias. Con eso y amor los cautivó de tal modo que si bien aún no se puede hablar de una victoria definitiva es innegable que los niños de la Avenida Ferrocarril tienen hoy una expectativa de vida que lentamente gira hacia la luz.

El efecto multiplicador

Las historias de sus compañeros de equipo no son muy diferentes, excepto porque ellos han estado sometidos, en muchos casos, a la violencia de sus hogares y a aquella otra de la cual casi nadie ha escapado en el ve-

Su misión es transformar su entorno y su propia familia. Ellas están decididas a luchar hasta vencer, con la sólida convicción de los corazones jóvenes.

cindario: el hambre. Ellos saben que ir a clase sin nada en el estómago puede agredir tanto como la paliza cotidiana, y que la imposibilidad de ver un médico puede ser una amenaza de muerte.

Sin embargo, todos trabajan con decisión y entusiasmo en el programa Constructores de Paz, que la Ong Plan Internacional Canadá – Programa Colombia, está desarrollando en el puerto, a la cabeza de Marta Espinoza, una socióloga valluna, tan tozuda e infatigable como sus pupilos. Desde hace un par de años ella y su equipo de facilitadores han logrado poner en marcha el programa en siete colegios de esta pequeña localidad nariñense de algo más de cien mil habitantes.

Plan, una organización de desarrollo comunitario que actúa en Colombia desde 1962 y se financia con aportes de quince países de Europa y Asia, no tiene filiaciones religiosas o políticas, y trabaja para mejorar las condiciones de vida de los niños y niñas marginados en los países en vías de desarrollo.

La labor en Tumaco no ha sido sencilla, pero el espíritu de trabajo parece propagarse entre los jóvenes, que se convierten en multiplicadores de lo aprendido en sus barrios. Han logrado que la comunidad admire a los constructores de paz y los apoye en lo posible, y ese es un incentivo más para la nueva hornada de los nacientes líderes.

La actividad de los maestros facilitadores que trabajan con Marta ha servido para mejorar el clima de convivencia en algu-

nas áreas de Tumaco y está produciendo sorprendentes efectos en las familias de los jóvenes constructores de paz. En general las relaciones entre padres e hijos y entre éstos y sus hermanos, antes malas o incluso nulas, han cambiado positivamente. Esther cuenta entre sus recientes triunfos un trato mucho más cordial y respetuoso con su padre. Quizá él haya acabado por admirar a esa hija que dedica todo su tiempo libre a inculcar afecto y valores a los niños de su cuadra.

que permite que sus nacientes industrias piscícolas, artesanales y avícolas funcionen como relojitos.

Para los padres, aun los que no participan activamente, es evidente el cambio y, prácticamente sin excepción, han acabado apoyando el proyecto y estimulando a sus hijos para que se unan a los multiplicadores, pues a ellos se les nota la fe en sí mismos y en el futuro del pueblo.

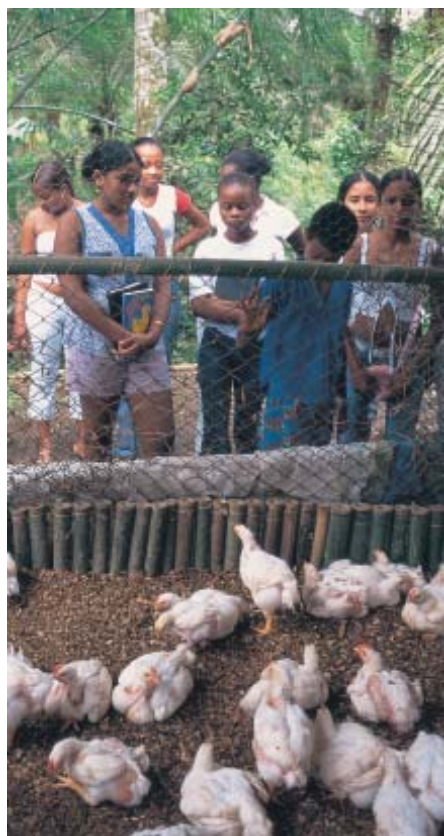
Voluntad de pioneros

¿Qué es lo más sorprendente de los constructores de paz tumaqueños?, ¿su fe, su disciplina, su optimismo, su entrega, su inteligencia? Estos equipos juveniles, que han ido multiplicándose apenas en el último año y medio de forma geométrica —el próximo grupo lo conforman sesenta muchachas y muchachos, que su vez replicarán cuadruplicando la cifra— le han declarado la guerra a la violencia en todas sus expresiones. Están saturados de ella, no sólo porque la padecen sino, sobre todo, porque tienen claro que no deja más que destrucción a su paso, y ellos son precisamente todo lo contrario: constructores. Por eso trabajan esforzadamente para llegar a ser los pioneros de un país en el que la vida tenga el alto significado que ellos le dan.

La paz es una empresa

Pero eso no es todo. A cuarenta minutos de allí está dando estupendos resultados, en todos los aspectos, un proyecto de microempresa conformado por niños, jóvenes multiplicadores y padres. Allí tienen cultivos de peces en estanque, pollos creciendo en gallineros y talleres de artesanías. La acogida es sorprendente, y la mayor preocupación de los participantes consiste en darle continuidad, pues en poco menos de un año se ha convertido en parte central de su quehacer cotidiano. De hecho, desde que se iniciaron las actividades en el pueblo han desaparecido algunas costumbres, entre ellas los corrillos juveniles en las esquinas, que fueron remplazados por una diligencia

La responsabilidad de sostener sus propias microempresas sirve también para crear nexos más fuertes en la comunidad.



* Los nombres han sido cambiados para proteger a los menores.

En El Carito, Córdoba

El tejido del futuro

Al pie de la gran Ciénaga del bajo Sinú, una maestra recupera las tradiciones de sus indígenas y las proyecta a un horizonte pacífico mediante un audaz modelo educativo que les muestra a los niños sus raíces y abre un futuro económico a una nueva y a la vez antigua artesanía.

Desde el aire, el Sinú se ve como una serpiente ocre de anillos y meandros que se desliza dándole vida a uno de los valles más fértiles del mundo. Selvas, ciénagas y suelos albergaron una cultura que fue capaz de manejar los ciclos de inundación y drenaje del gran río y fertilizar la tierra a su antojo como si fuera dueña del poder de sus dioses. Sus herederos, los campesinos sinuanos, todavía están allí:

Marta Páez Madero y su abuelo don Cayetano Oquendo, campesino de 94 años, entretienen la memoria de las tradiciones sinuanas.



su música de gaitas, sus artesanías de caña flecha, de barro, de fique y sus tradiciones pesqueras vienen de esos ancestros.

Mucho ha cambiado el valle desde entonces: la selva fue derribada, las carreteras obstruyeron las ciénagas, la ganadería extensiva ocupó la sabana, la represa de Urrá cambió los ciclos del río y la reproducción de las especies acuáticas se afectó gravemente. Sin embargo, hay personas que no olvidan ese pasado, clave para entender nuestro presente y dibujar el futuro, y se aferran tenazmente a esas raíces, tratando de transmitir las a las nuevas generaciones y lograr minimizar o adaptar positivamente los efectos de esos cambios.

Una de esas personas es Marta Páez Madero, una educadora con alma de poeta que luego de estudiar arte y ciencias sociales y hacer vida urbana en Bogotá y Montería con su esposo, el artista Alfredo Torres Ibáñez, decidió regresar a El Carito, su pueblo natal, pocos kilómetros al sur de Lórica, a las orillas del caño El Bugre o Caño de Aguas Prietas, oscuro río que se une a las aguas del Sinú a la altura de las escaleras del mercado viejo de Lórica.

Una vez allí y prácticamente con las uñas crearon una Casa de la Cultura en donde a través de exposiciones y ciclos de danzas y música han creado nuevos vínculos entre la población



y sus raíces, buscando que el impulso migratorio no se lleve a los pobladores a engrosar los barrios periféricos de Montería, Cartagena o Medellín.

Y han tenido éxito. En una región con una tradición tan rica, donde están los artesanos de caña flecha de Tuchín, los ceramistas de San Sebastián y de Momil, los narradores y músicos de San Andrés de Sotavento, los gaiteros y tejedores de San Jacinto y de Morroa y los músicos de Ovejas y de Sincé, la familia Torres Páez ha logrado rescatar los valores propios de los antiguos habitantes del caño Bugre y reubicarlos dentro del concierto cultural del río Sinú, cuyos habitantes han exportado a todo el mundo expresiones tales como el sombrero sinuano, la música de gaita y de fandango, la cerámica, las mochilas jacinteras y las hamacas multicolores.

Nuevas formas de tejidos, puntadas y nudos hacen evolucionar esta antigua y anteriormente desaparecida artesanía de la mochila sinuana.



EL CARITO, CÓRDOBA

Es un corregimiento del municipio de Lórica, departamento de Córdoba, con alrededor de 5.000 habitantes. Su actividad económica principal es la agricultura (el cultivo del maíz), la pesca y en menor grado la ganadería.

COMPETENCIAS

Grados: 6°-7°. Grupo: Pluralidad, identidad y valoración de las diferencias. Tipo de competencia: cognitiva. Estándar de competencia básica: "Reconozco que pertenezco a diversos grupos (familia, colegio, barrio, región, país, etc.) y entiendo que eso hace parte de mi identidad".



Alrededor de los abuelos, los niños de El Carito y los pueblos vecinos recuperan su historia ancestral: sus raíces en la cultura del maíz y de las ciénagas.

¿Cómo lo lograron?

Alfredo dicta talleres de pintura y escultura, hace murales callejeros y esculturas públicas sobre las tradiciones maiceras de la región, y Marta investiga y recupera tradiciones artesanales y exhibe el resultado de su trabajo en los salones de la precaria Casa de la Cultura que dirige.

Dentro de ese proceso, a Marta se le ocurrió rescatar el saber

ancestral de los abuelos y unirlo a la habilidad y creatividad de los niños para potenciarlo y hacerlo crecer.

Del fondo de sus recuerdos de infancia asomó la imagen de su abuelo tejiendo con palma una mochila. El viejo, en su memoria, estaba sentado debajo de un techo de palma, al pie de su cosecha de varias cargas de maíz, vestido de blanco, con sus sandalias *trespuntá*, su tabaco cordobés torcido por él mismo y su sombrero *quinciano*, y gastaba sus horas muertas fabricando la mochila en la que cargaría sus provisiones y su tabaco a cada día de labor en el campo.

Sin embargo, la imagen de esas mochilas no coincidía en la memoria de Marta con las mochilas que ella conoció en su vida de estudiante y que estuvieron tan de moda en las universidades colombianas en los años setenta y ochenta: no tenía nada que ver con la mochila de San Jacinto, multicolor y de fique, ni con la de la Sierra de Santa Marta, con intrincadas figuras y colores, llenas de significados, ni con la mochila wayuú, fuerte como el pueblo que la creó, ni con el apretado tejido de las hamacas de Morroa, la tierra de las mejores hamacas del planeta. Era un tipo de mochila y un tipo de tejido desaparecido por

A Marta se le ocurrió rescatar el saber ancestral de los abuelos y unirlo a la habilidad y creatividad de los niños para potenciarlo y hacerlo crecer.

completo. Habló con los abuelos del pueblo, y obtuvo la siguiente historia.

En la región del bajo Sinú, hasta hace no mucho tiempo, tal vez menos de medio siglo, toda la vida giraba alrededor del río. No había carreteras. El transporte de bienes y ganado se hacía navegando las ciénagas: la de Sincé, la de Betancí, la de Ayaapel, la Grande del bajo Sinú. Era la época del hombre caimán, pero de una región diferente a la de Plato, Magdalena, con tradiciones diferentes y músicas diferentes: hombres que contaban cómo habían hecho amistad con un manatí y cómo un pescador había muerto fulminado por el rayo en medio de la ciénaga y había quedado pequeño como un antebrazo. El ganado se transportaba en largas jornadas de vaquería a través de las sabanas que bordean los caños y las ciénagas, se embarcaba en barcas que se impulsaban con pértigas por las pandas ciénagas hasta los puertos de Lorica o de San Bernardo del Viento, desde donde se exportaba por mar hacia Cartagena o hacia el Urabá. El Carito es un

pueblo de menos de cien años, que nació como una parada de los vaqueros que venían arreado puntas de ganado por las sabanas bajo un sol implacable, y encontraban un refugio debajo de un gran árbol de carito en donde pronto hubo un refugio en donde pernoctar o tomar un refrigerio antes de seguir. Allí también podían embarcar el ganado hacia Lorica por el Caño Bugre. Así nació el pueblo: un pueblo de vaqueros y navegantes, de cantores y de poetas.

El hombre de entonces vivía por completo de la naturaleza que lo rodeaba. Era la cultura del maíz: los ciclos de invierno e inundaciones daban también los ciclos del cultivo, que todavía se conservan en toda la región. Su casa estaba hecha con techo de palma y varas de carito. Su hamaca era de palma seca y tejida. Su cigarro, del magnífico tabaco negro que crece en esta región; sus sandalias, del cuero del ganado que pastoreaba; su sombrero, de las matas de cañaflecha que nacen en los pantanos; los colores de las figuras geométricas del sombrero, de la tinta de bija hecha de fango y fijadores vegetales heredada de los indígenas. La gaita con la que hacía música era hecha de caña, de boquilla de cera de abejas rematada con el cañuto de una pluma de pato de las ciénagas. Y su mochila... de la corteza de los árboles que crecen al borde de las ciénagas,

los cuales hay que derribar, descortezar, dejar secar, curar al sol y luego cortar en fibras de menos de un centímetro de ancho antes de tejer.

Por lo complicado de este proceso de obtención de la fibra natural, la mochila de tejido vegetal desapareció: era mucho más fácil tejer en fique la mochila de San Jacinto, que tiene una puntada amplia y fácil de hacer.

Sin embargo, los viejos no olvidaron la manera de tejer en fibra vegetal y cuando Marta Páez los buscó y les pidió que se volvieran profesores a los noventa años, accedieron felices.

Tejedores de historias

Fue así como los alumnos de cuarto a undécimo grado de la Institución Educativa El Carito trasladaron sus aulas a las casas de sus abuelos. Después de algunos pasos de experimentación, Marta decidió remplazar la corteza de los pantanos por el fique, un material barato y fácil de conseguir, y los abuelos pronto le dieron su visto bueno al ver que podían hacer las mismas puntadas y lograr las mismas figuras con el fique que con las antiguas cortezas secas.

Se produjo entonces, hacia 2001, un milagro de comunicación. Los abuelos, aislados en sus recuerdos y cansados luego de



medio siglo y más de trabajo en la agricultura, la pesca o la ganadería, volvieron a vivir y a sentirse útiles. Y los niños, mientras aprendían a tejer, abrieron un espacio de diálogo con sus abuelos, por donde fluyeron no sólo la técnica del tejido y el rescate de una tradición, sino todas las historias que puede contar un abuelo: cómo era la región antes de la época de los aviones y las carreteras, cómo era el ritmo de vida del vaquero, del cazador, del pescador; de dónde vienen las músicas del fandango y de la décima improvisada y recitada con cadencia de ingenio, rima y chisme, de dónde la picardía y la hospitalidad y la curiosidad por el mundo que siempre muestra el sinuano.



Y también las historias tristes: las razones de la violencia, las luchas por las tierras, por defender las ciénagas y los caños de quienes quieren desecarlas para volverlas pasto... la época en que el mercado de las escalinatas de Lorica era una feria de la abundancia por la riqueza de este río corto, denso y excepcional.

Se cerró así una brecha entre generaciones, y los niños, que de todas maneras habitan un mundo globalizado, que oyen *hip hop* y bailan *rap*, tienen además una herramienta de individualización y de particularidad cultural: su raíz genética y cultural, su historia, la explicación de su razón de ser como habitantes del Sinú. Eso les ha dado motivos para amar su tierra, para no marcharse de ella cuando se gradúen, o para volver a trabajar por ella cuando hayan estudiado. La mejor respuesta sobre esto es de Mario Moisés, un muchacho de 14 años que puede tejer una mochila en dos o tres días y venderla en Lorica en 30 mil pesos: “nunca voy a dejar de ser tejedor, voy a tener esta actividad como pasatiempo y como fuente de ingresos paralela” ¿Y qué vas a estudiar? “Ingeniería de sistemas”.

Manos ancianas conducen a manos jóvenes en la confección del “crecido”: un nudo que no sólo permite afirmar el suelo de la mochila sino también el alma.

Tradiciones productivas

Asistir a un recreo en la Institución Educativa El Carito es como ver un grupo de arañas infantiles: muchos tejen mientras hablan, mientras estudian otras materias. Como es una labor mecánica, que una vez se interioriza y se domina se puede hacer casi sin pensar, los niños tejen mientras están en otras clases, o mientras ven televisión, o leen. Pero tienen metas más allá de las tareas, y miden su tiempo libre en términos de lo que pueden tejer, y lo ven como tiempo útil y no como tiempo de ocio perdido frente al televisor. Lo único difícil es comenzar la mochila, con dos o tres nudos maestros que le dan el centro: luego viene un tejido concéntrico, con nudos llamados “crecidos”, que le permiten llegar al borde, de donde se yerge para formar las paredes y más arriba, la sujeción en cuatro fuertes manillas.

Al principio, los niños siguieron estrictamente las indicaciones de los abuelos sobre el tipo de nudo y de trenzado tradicional. Pero luego fueron cambiando e innovando: nuevas formas de mochilas, carteras y bolsos han ido apareciendo. Además, nuevas figuras y adornos han enriquecido esta tradición que estuvo a punto de desaparecer. Lo que sigue es incorporar la rica imaginería del sombrero sinuano, que lleva en sus costados

grifos y figuras geométricas heredadas de los sinúes, a la nueva-antigua mochila sinuana: investigar cómo la bija, tintura de barro y vegetales que le da el típico color ocre a la fibra de caña flecha del sombrero sinuano, puede incorporarse al fique y darle más elegancia y variedad a la mochila de El Carito.

Por ahora, la mochila se ha convertido no sólo en fuente de aprendizaje y conexión con las raíces culturales de las familias de El Carito, sino en fuente de ingresos adicional y en enseñanza viva de amor por el trabajo. Niños de los pueblos vecinos ya están comenzando a tejer también, y todo parece indicar que un nuevo producto entrará a disputarle el mercado a las tra-

dicionales artesanías del cercano municipio sucreño de San Jacinto, que en el fondo tiene las mismas raíces culturales e históricas.

Desde luego, la mochila sinuana no puede verse fuera de un contexto que incluye la tradición del fandango y la gaita, del sombrero sinuano, de las cerámicas de San Sebastián y de las pinturas primitivistas de la familia de Marcial Alegría. Es un elemento cultural más, similar a la chicha de tres tipos que se produce en la región —una bebida suave, como el masato sabañero, sin altos contenidos de alcohol— que simboliza las raíces naturales de la gente de esta región: el río y sus productos, la vida vinculada a la naturale-

za, la necesidad de tener con ella una relación sostenible. La mochila, al igual que los cuentos de los abuelos, enseña a estos niños por qué deben luchar por no olvidar sus tradiciones, y por qué estas tradiciones los deben llevar a luchar por la conservación de las ciénagas y su comunicación por caños con los ríos, porque sin ellos, la cultura del ganado y de la carretera nos dejará a todos sin agua y sin pescado. Y sin recuerdos.

El hábito de tejer salió del colegio para colarse en la vida cotidiana de los niños a todas horas. No sólo convierten sus horas muertas en ocio creativo sino que pueden ganar dinero ocasional con la venta de las mochilas.

Los niños, mientras aprendían a tejer, abrieron un espacio de diálogo con sus abuelos, por donde fluyeron no sólo la técnica del tejido y el rescate de una tradición, sino todas las historias que puede contar un abuelo.





En Caquetá

El otro **alcalde** de Florencia

Un inusitado proceso de aprendizaje ciudadano ha echado a andar el alcalde de la capital del Caquetá al promover la elección y constitución de una alcaldía infantil paralela, con gabinete y todo, recursos y metas.

El pequeño aeropuerto Gustavo Artunduaga flota entre la evaporación del último aguacero. En uno de los ángulos de la pista se puede apreciar una casamata, y unos metros antes un soldado armado, vigilante junto a una mesa en la que el suboficial registra en un cuaderno, a manera de recepción, los documentos de identificación de cada pasajero.

Tras pasar ese requisito y luego de quince minutos a través del polvo rojo del camino, el bullicio irrumpe y sumerge al visitante en Florencia, una ciudad que en pocos años se ha hecho populosa. Un flujo continuo de desplazados ha obrado dos fenómenos: el milagro de una fusión étnica singular y la tragedia del desarraigo violento. Que Florencia es una ciudad refugio

Una sesión del gabinete antecede a las acciones que van a emprender los funcionarios más jóvenes del país.

lo prueba Las Malvinas, una invasión que bate todos los récords nacionales en espacio y tiempo. Se hizo en una noche. Centenares de familias desplazadas, un ejército nocturno y mudo que plantó sus carpas de plástico y estacas de guadua en cuestión de horas. Al despertar, los estupefactos florencianos descubrieron que su ciudad se había duplicado mientras ellos dormían.

La ciudad ha ido creciendo en la herradura que forma la Cordillera Oriental, cuyo piedemonte la abraza, como protegiéndole con su poderoso brazo verde esmeralda. Hacia el sur la herradura desaparece, se transforma en una densa llanura imposible de abarcar con una sola mirada. Florencia se expande como una ameba en medio de esas dos superficies. Una parte trepa las estribaciones de la cordillera y la otra se dilata por la llanura.

La imaginación al poder

Su alcalde, Arnoldo Barrera Cadená, doctor en Filosofía y Letras, ha hecho su vida como periodista. Es un humanista manejando la capital más importante del suroriente de Colombia, una de las zonas más ricas y conflictivas del país.

Fue él, precisamente, quien tuvo la audaz idea de armar un gobierno paralelo de niños, que hablara el lenguaje de los infantes y tradujera sus necesidades sin distorsiones. “Lo primero es que yo no concibo a los mayores hablando con propiedad en nombre de los niños –dice con esa manera pausada de exponer el asunto desde su ángulo, que suele ser juicioso. Yo concibo a los niños hablando desde su propia vida y desde su óptica; hablando de lo suyo, de sus problemas, sus esperanzas, sus ilusiones. En segundo lugar, tampoco concibo que sectores como los niños, los jóvenes o los ancianos estén lejos del gobierno, que no conozcan nada de él y continúen viéndolo como algo lejano, solo accesible a algunos apellidos, a algunos adinerados, o a astutos de la vida”.

Con esos parámetros inició un proyecto a la vez pedagógico y utópico. ¿Un alcalde para los niños? ¿Investido de poderes reales y con acceso a partidas económicas? Sonaba un poco loco, pero estaba decidido, y además su propio gabinete lo apoyaba de forma irrestricta. Con ellos acordó que esa sería la mejor forma de celebrar El Día del Niño.

El Decreto Pedagógico No. 01, del 13 de mayo de 2004, establecía el Programa de Gobierno paralelo del otro alcalde en Florencia, un niño cuyo pasatiempo es



FLORENCIA, CAQUETÁ

Es la capital del departamento del Caquetá y la ciudad más importante del suroriente del país. Tiene 150.000 habitantes e ingentes recursos de todo tipo: hídricos, (que están entre los más altos del país) geográficos, agrícolas, pecuarios. Es, a pesar del conflicto que la rodea, un polo de desarrollo cada vez más importante.

COMPETENCIAS

Grados: 8°-9°. Grupo: Participación y responsabilidad democrática. Estándar de competencia ciudadana: “Participo o lidero iniciativas democráticas en mi medio escolar o en mi comunidad, con criterios de justicia, solidaridad y equidad, y en defensa de los derechos civiles y políticos”.



leer al poeta García Lorca y jugar basquetbol. Uno de los puntos de aquel Decreto propone “Promover capacitaciones extraescolares para la prevención de la prostitución infantil, la drogadicción temprana, el abuso sexual contra los menores y otras problemáticas que aquejan a nuestra sociedad”. No obstante ser una ciudad pequeña padece muchos de los males endémicos de las grandes capitales.

“Obviamente –señala Luis Eduardo Delgado, un antropólogo nariñense que hace veinticinco años arribó a Florencia para quedarse unos días y hoy es el asesor del Alcalde– el niño alcalde y su gabinete no hubieran sido posibles si no hubiéramos confiado en los personeros estu-

diantiles, que son líderes elegidos por votación popular en sus respectivas instituciones. Nosotros los llamamos y les dijimos: Jóvenes, hay esta oportunidad, hay que escoger un candidato de cada colegio dentro de las comunas; les explicamos el proyecto paso a paso y, sin siquiera haberse reunido previamente, se encargaron del resto. Fue una sana competencia donde los veedores del proceso eran ellos mismos, por eso los candidatos fueron tan bien escogidos”.

Fue una gran colada, curso por curso, plantel por plantel, comuna por comuna: Sur, Norte, Oriental y Occidental. Un grupo de veinte de muchachos y muchachas trabajó hasta conseguir que los mejores elemen-

La opción pedagógica de acercarse al trabajo del alcalde y sus secretarios es un recurso invaluable para el aprendizaje de ciudadanía.

tos compitieran por la Alcaldía Infantil de Florencia. Bajo su supervisión se hicieron elecciones en cada salón de clases y finalmente en cada plantel. En ese proceso, con los accidentes naturales de una campaña, los aspirantes enfrentaron una serie de pruebas en las que tuvieron que aplicar toda su inteligencia, creatividad y carisma.

Nelcy Cuéllar, Secretaria de Educación y Cultura, destaca el acierto en la escogencia: “con base en el Mandato Pedagógico del Niño Alcalde, que se distribuyó en todas las escuelas y colegios, estamos desarrollando tareas para remediar las necesidades de las comunidades estudiantiles, como los reductores de velocidad frente a algunos centros educativos; el problema de los niños desplazados; la recuperación de los parques y la creación de otros nuevos. Porque esas son las prioridades que ellos han determinado, como niños que son”.

El pacto

El Gabinete del Alcalde Infantil refleja perfectamente la diversidad étnica y cultural que compone la ciudad: sólo tres de sus diez miembros son nativos del

departamento; incluso el propio alcalde, que nació hace doce años en Manizales y llegó aquí hace cuatro, es un ejemplar típico de ese crisol.

Federico Alzate Quintero, el primer Alcalde Infantil de Florencia, tiene clara conciencia de eso y de otros sorprendentes asuntos. Su mirada transparente y ese halo infantil que todavía perfila sus rasgos, encubren una inteligencia y un carácter imprevistos en un niño.

Federico recuerda cómo hasta el final de la contienda electoral estaba convencido de que no

podría ser el alcalde, y lo había aceptado de antemano, sin resentimiento: “Catherine fue una de mis contrincantes. Pensamos que ella me iba a ganar, que iba a ser la próxima Alcaldesa, todos creíamos eso. Es que hasta casi al final ella parecía la ganadora – dice volviéndose a mirar a una Catherine morena y fina como una etiope, con dos moñitos en el pelo ensortijado y unos aretes de chaquiras blancas.

Ahora que sus contendores son sus propios colaboradores, él, más que nadie, sabe que ninguno de los miembros de su gabinete está allí por marrullas o influencias de ninguna especie. “Un día que llegamos adelantados, entre todos los candidatos, que éramos cinco, hicimos

un pacto: el que quedara de Alcalde iba a elegir a los otros concursantes como parte de su Gabinete. Por eso Catherine es Secretaria de Gobierno”.

Apenas desde mayo de este año ocupan sus cargos y los últimos treinta días han estado dedicados a planear lo que harán en los próximos meses, que es mucho. Todo tiene que estar listo para octubre, quieren ir al Foro Nacional de Educación a exponer su trabajo y por eso se preparan a fondo.

“Ya llegamos hasta octubre, porque pensamos cerrar esta etapa con el Foro Nacional de Educación –explica Federico desde su silla, con los pies, que apenas alcanzan a rozar el piso

La colaboración femenina es fundamental en el gabinete de Federico Alzate.



de tableta, balanceándose suavemente—. Ojalá vayamos... Queremos que Colombia conozca el trabajo social que estamos realizando y que sepan que es igual de peligroso caminar por Florencia que caminar por Bogotá. Queremos cambiar esa visión que tienen los colombianos, queremos demostrarles que Florencia tiene otra cara y que parte de esa cara somos nosotros, los niños”.

Obras son amores

Pero mientras tanto el alcalde tiene que duplicarse para seguir asistiendo al colegio y responder con sus compromisos. Y como obras son amores, a estas alturas ya se empiezan a ver los primeros resultados. Por ejemplo, con la colaboración de la diócesis de Florencia, en septiembre se trajeron niños de

todo el departamento, para que conocieran su capital. La ciudadanía apoyó la idea dándoles alojamiento en sus casas durante dos días. En cuanto a los parques, que ya casi habían dejado de ser para los niños, hicieron visitas en julio para evaluar su situación, hacer un balance de los daños y saber cuánto valdría su recuperación. Ahora esos trabajos están en marcha y terminarán a comienzos de noviembre. Otro tanto se ha hecho con las escuelas y se espera que pronto se consigan recursos suficientes para colaborar en su restauración.

El gabinete también se ha reunido en audiencia pública dos veces con los niños desplazados. La primera se hizo con el propósito de conocer sus inquietudes, y en la segunda alternaron de una manera más relajada durante todo un día.

Además, el alcalde y su gabinete también han participado en un Consejo de Política Social y en tres del gabinete municipal. Esto no excluye que, por su lado, realicen sus propios consejos de gobierno infantil. Federico y su gabinete no deben estarlo haciendo mal, puesto que él mismo asegura que “los niños están satisfechos con nosotros y se sienten muy bien representados”.

Y es que en su brevísima carrera política Federico Alzate ha enfrentado auditorios muy diversos. De un momento a otro pasó de las lecciones de biología a explicar, en los salones de otros colegios, cómo gobernaría. Después debió hacer lo mismo con los vecinos de su comuna, ante un jurado. Esa experiencia le ha permitido desenvolverse sorprendentemente, hasta el punto de improvisar ante auditorios atestados de padres de familia, durante casi media hora y con absoluto éxito.

Tres burros y tres vacas

Este alcalde de doce años y su gabinete —él es el mayor— son actores y promotores de una nueva idea de país, y se lo toman en serio. Una vez elegidos, cada secretario tuvo una induc-



El salón de clase se ha transformado en un inestimable laboratorio de paz.

ción hecha por su homólogo mayor, de modo que no solo tuvieran muy claras sus obligaciones sino la forma de llevarlas a cabo. Alcanzar todas sus metas seguro que no va ser nada fácil, pero es en el proceso de cumplir esos compromisos donde se hace un inestimable aprendizaje de democracia, ética y administración.

No obstante lo nuevo de esta experiencia, el ejemplo empieza a cundir por toda la ciudad: barrios de diversas comunas se interesan por saber más y han empezado a formar juntas infantiles de acción comunal, aplicando los mismos mecanismos de selección. Es un comienzo

prometedor, sobre todo para una comunidad que no se extraña cuando los tanques de guerra circulan estrepitosamente alrededor de la plaza de Florencia, al anochecer, de regreso del combate.

Sin embargo, eso no los intimida. Después de la sesión, pasadas las cinco de la tarde, descienden del piso noveno de la Alcaldía, salen por la parte trasera del edificio y, siempre en grupo, se encaminan hacia el Parque de San Francisco, donde Federico se posesionó el primero de mayo pasado ante cientos de estudiantes que abarrotaban la plaza. Ahora el Gabinete Infantil va en busca de *vacas* y *burros*, unos

refrescos mezcla de ponche y santillana, de salpicón y avena. A esta hora el parque se convierte en un hervidero de colegiales y del aire tibio y cargado brotan uniformes, gritos, balones, jovencitas, mochilas, enamorados, bicicletas, empanadas. Sin prisa, el Gabinete se va acomodando en las sillitas alrededor del kiosco, y mientras espera tres *burros* y tres *vacas* hablan de lo que hablan los niños cuando no tienen que pensar en nada importante.

En el parque San Francisco, lugar de su posesión, el alcalde y su gabinete se refrescan tras una larga sesión.



Breve diccionario curripaco

(en orden de aparición)

Seje:	Palma semejante al coco, cuyas semillas carnosas son utilizadas para hacer una bebida. La pepa sobrante se usa en la producción artesanal.
Manaca:	Árbol cuya semilla es utilizada en la elaboración de productos artesanales.
Cabuco:	Hijo de indígena y colono (a).
Casabe:	Torta, generalmente redonda, hecha con harina extraída de la yuca brava o mandioca, base de la dieta indígena de la Amazonia
Mañoco:	Harina grumosa obtenida de la yuca brava, se adiciona a diversos alimentos y bebidas.
Yucuta:	Bebida hecha con base en mañoco.
Sebucán:	Colador hecho de hojas de palma entretrejidas, que se utiliza para exprimir la yuca rallada y eliminar así su zumo venenoso.
Deekai:	Barro utilizado en la fabricación de objetos domésticos de las etnias amazónicas.
Pualí o budare:	Vasija utilizada para secar el casabe y el mañoco en un horno.
Parrato:	plato indígena
Chiquichiqui:	Fibra extraída de la corteza del árbol del mismo nombre, con la cual se fabrican y adornan distintos objetos domésticos.
Hare waicao:	Buenos días, en lengua curripaca.
Cascaradura:	Pez muy pequeño de aspecto grotesco y no consumido por la mayoría de las comunidades.
Mingao:	Bebida resultante de combinar el seje y la yucuta.
Ajicero:	Especie de viudo de pescado con abundante ají (típico en la región). Se acompaña con mañoco.
Waka wa lee:	Vamos a leer, en lengua curripaca.
Yeral:	Pueblo indígena brasileño.

El equipo editorial

Bernardo González, editor

Comunicador social de la Universidad Javeriana. Es editor y escritor y se ha especializado en temas de desarrollo social y político, democracia y derechos humanos. Trabajó como fotógrafo y realizador de video y desde hace quince años se dedica a escribir, diseñar y editar libros y otras publicaciones, así como recientemente al desarrollo de contenidos y sitios para Internet. Desde 1993 es socio de Formato Comunicación Diseño, la firma que tuvo a su cargo el diseño y producción de este libro.

Fernando Chaves Valbuena, periodista

Comunicador social de la universidad Externado de Colombia. Trabajó por ocho años en el área gráfica del diario *El Espectador* y como corrector, redactor y coordinador editorial de revistas en la Editorial América. Durante los últimos diez años ha trabajado en numerosos proyectos de comunicación educativa y de desarrollo social en medios impresos, radio y televisión. En 2000 recibió el primer premio en el concurso "Bogotá, historia común" con la obra *Soledad anónima*.

Hollmann Morales, periodista

Filólogo de la Universidad de La Habana, especializado en literatura hispanoamericana e historia del arte. Ejerce el periodismo desde 1980 en revistas como *Cromos*, *Semana*, *Diners* y periódicos como *El Colombiano* y *El País*. Autor de *Antología de los poetas de Piedra y Cielo* y *A puro pulso*; coautor de *Las mejores anécdotas del mundo*, *Anécdotas y curiosidades de Colombia*, y *Frases célebres para reflexionar*.

Andrés Ramírez Lozano, periodista

Comunicador social y periodista de la Universidad Javeriana. Se ha desempeñado en diversas áreas de la comunicación, desde agencias de publicidad interactivas, hasta el la redacción y edición de publicaciones para diferentes medios de Bogotá. Actualmente hace parte del equipo de la Oficina Asesora de Comunicaciones del Ministerio de Educación Nacional.

Myriam Amparo Ramírez, periodista

Periodista del Inpahu. Desde 1984 se ha desempeñado en radio, prensa y televisión en medios como RCN Radio, *El Tiempo*, *El País*, *Aló*, *Cromos*, *Noti8*, y los programas de televisión *Moda*, *estilo & pasarela* y *Magazín Caracol*. Coautora de *Las mejores anécdotas del mundo*, *Anécdotas y curiosidades de Colombia*, y *Frases célebres para reflexionar*.

Gustavo Reyes, periodista

Periodista y escritor, ha trabajado particularmente en prensa y televisión desde hace tres décadas. Ha fungido también como corresponsal, guionista, presentador, editor y profesor universitario.

Carlos Mauricio Vega, periodista

Egresado de la Universidad Javeriana, es escritor, periodista y montañista. Ha sido cronista viajero, colaborador y editor de diversos medios escritos como las revistas *Diners*, *Credencial*, *Semana*, *Cromos*, *Cambio* y el *Correo de la Unesco* y los periódicos *El Espectador* y *El Tiempo*. Ha sido profesor y ha ejercido el periodismo literario: es autor de los textos de los libros *Erwin Kraus, el camino de la montaña* de Samper Editores y de *Alta Colombia* de Villegas Editores.

Julián Lineros, fotógrafo

Estudió producción de cine y televisión en la Universidad Nacional pero ha ejercido sobre todo como reportero y editor gráfico en las revistas *Semana*, *La Nota Económica*, *Cromos* y *Caras*. Actualmente dirige la página *fotored.com*. Con su trabajo ha ganado los premios Simón Bolívar en 2002 y Cemex de Nuevo periodismo en 2004.

Alfonso Reina, fotógrafo

Se inició en la fotografía a comienzos de la década de 1980 en la revista *Cromos*, con la que viajó por toda Colombia haciendo reportajes. En 1988 trabajó con el diario *La Prensa* y en 1990 volvió a *Cromos*. En 1994 se unió al equipo de la revista *Semana* y en la actualidad trabaja como fotógrafo independiente para varios medios.

Joana Toro, fotógrafa

Hizo estudios de diseño gráfico en la universidad Jorge Tadeo Lozano comenzó su vida laboral en el periódico *El Tiempo*, donde trabajó por tres años. En 2003 trabajó en las revistas *Cromos* y *Shock*. Actualmente trabaja con la revista *Semana* y con *semana.com*.

Este libro se terminó de imprimir en los talleres de Grupo OP Gráficas, en la ciudad de Bogotá, Colombia, en octubre de 2004. Su texto se compuso en la fuente Schneidler Lt BT de 10.5 puntos y los títulos en Jenkins v.20 y Zurich Con BT.

"Somos un equipo de profesionales de la educación que como única alternativa para el desarrollo del hombre del mañana y de su región elige la calidad en el sentir, en el pensar, en el actuar y en el comunicar".

Cristian Flórez Revelo,
profesor del colegio El Principito, de Pasto.

"Si uno no tiene reglas en la vida, la vida lo pisotea a uno. Y cuando uno quiere crecer, ya no puede, porque está en un círculo del que ya no puede salir".

Alejandra Garzón, noveno grado, colegio distrital Agustín Fernández, de Bogotá.

"Prohibido decir que no soy capaz".

Lina Marcela Atehortúa, 11 años,
de la escuela San Lorenzo de Aburrá,
en Medellín.



Organización Corona S.A.

